



ENCUADERNACION
VERONICAS
MURCIA

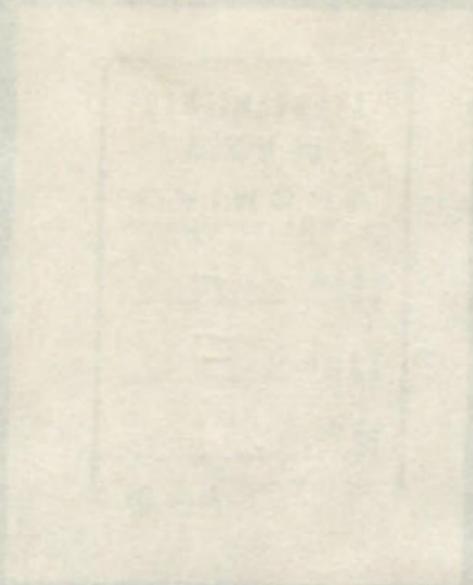
AYUNTAMIENTO
DE MURCIA
ARCHIVO

EST^E 7

TAB^A F

N.º 11

Mod. 39 78



Patria chica

VICENTE MEDINA



AYUNTAMIENTO
DE MURCIA

ARCHIVO

EST^e

Y

TAB^a

F

N.^o

11

e Vicente Medina

ESÍA Volúmen de 512 páginas. Contiene toda la labor poética del autor hasta 1908. En doce juicios críticos de escritores ilustres.

CANCION DE LA HUERTA Aires murcianos - Ilustraciones fotográficas de paisajes y costumbres de la huerta, tomadas del natural por el mismo autor.

LA CANCION DE LA VIDA Poesías con autobiografía.

ALMA DEL PUEBLO Primeros ensayos poéticos.

LA CANCION DE LA MUERTE Cuadros en prosa - Páginas de intenso pesimismo.

ABONICO Poesía - Las cartas del emigrante Nuevos Aires murcianos.

CANCIONES DE LA GUERRA Poesía. Piadosa lamentación, queja angustiada, protesta airada contra la locura sangrienta de los hombres. Esto es este libro.

TEATRO

El Rentó

La sombra del hijo

El alma del molino

! Lorenzo . . . !

OBRAS DRAMÁTICAS INÉDITAS

La pena duerme

La copla triste

El calor del hogar

En lo obscuro

Los pájaros

La fiesta del mar

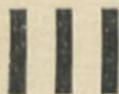
El canto de las lechuzas

PATRIA CHICA

Colección
de las
Obras Completas
de

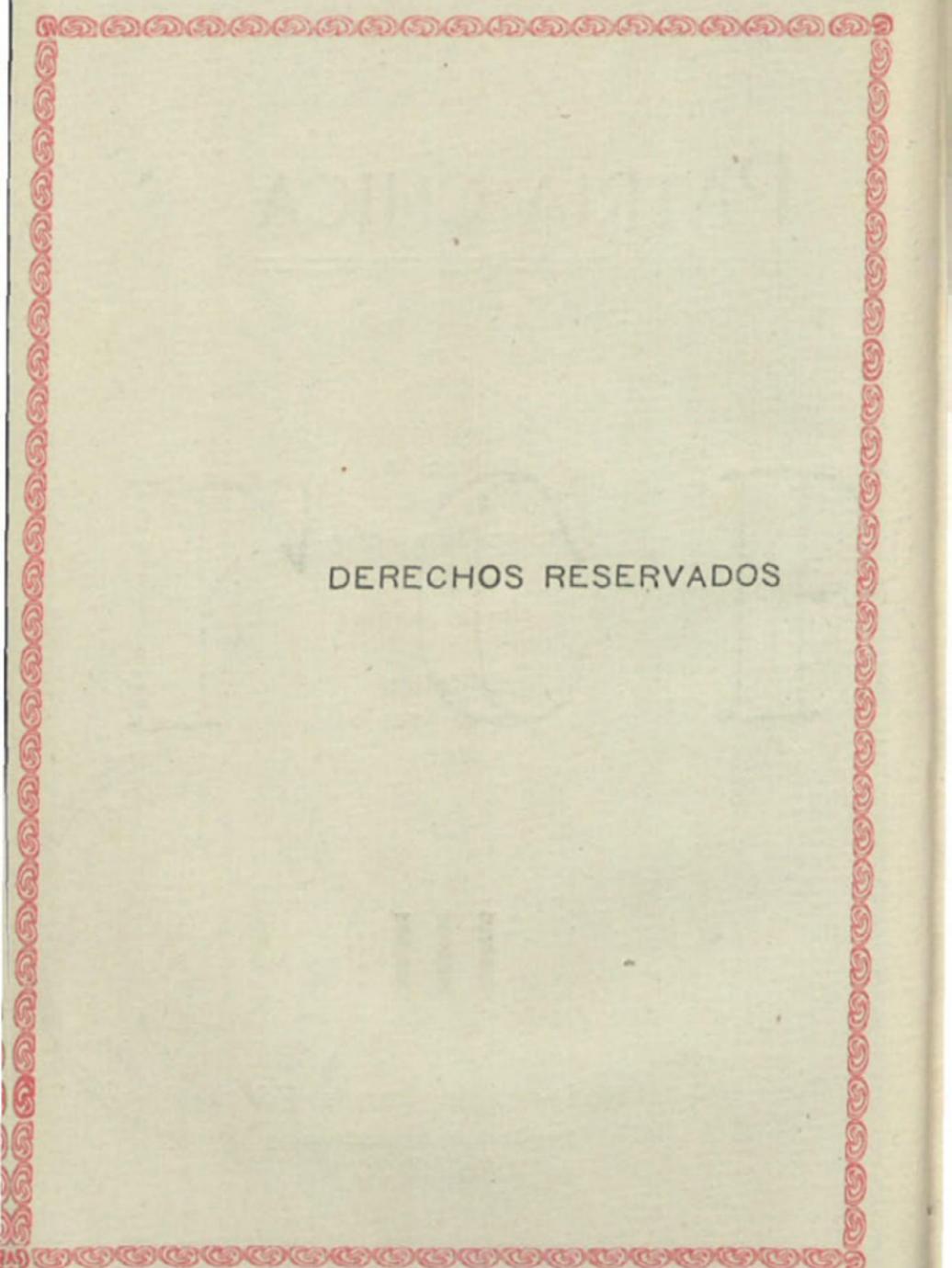
VICENTE MEDINA

Editadas
por el propio
autor

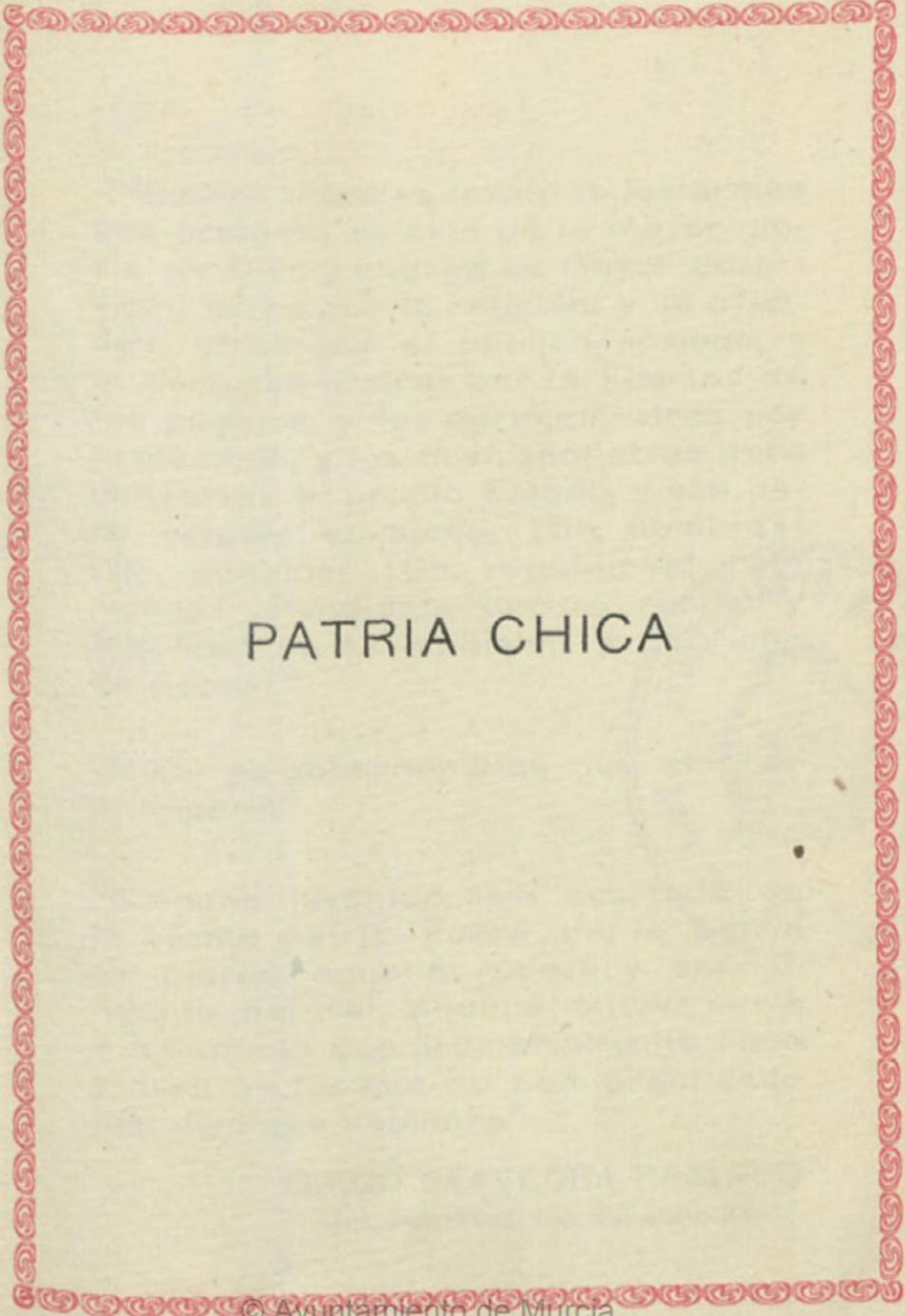


Rosario de Santa Fé
República Argentina
Año 1920

R. 6706



DERECHOS RESERVADOS



PATRIA CHICA

PATRIA CHICA

¡Oh, hombres!

“Muchas veces se levantan las armas con pretexto de celo de la mayor gloria de Dios y causan su mayor deservicio; otras por la religión, y la ofenden; otras por el público sosiego, y le perturban; otras por la libertad de los pueblos, y los oprimen; otras por protección, y los tiranizan; otras para conservar el propio Estado, y son para ocupar el ajeno. ¡Oh, hombres! ¡Oh, pueblos! ¡Oh, repúblicas! ¡Oh, reinos! ¡Pendiente vuestro reposo y felicidad de la ambición y capricho de pocos!”

.....
 “Mejor es gobernar bien que ampliar el imperio”

.....
 “Ninguna juventud sale acertada de la misma patria. Fuera de la patria se pierde aquella rudeza y encogimiento natural; aquella altivez necia é inhumana que ordinariamente nace y dura en los que no han practicado con diversas naciones”

DIEGO SAAVEDRA FAJARDO
 (Insigne murciano del siglo XVI)



Patria chica y

patria grande

CUANTO más tiempo transcurre, es más fuerte mi sentimiento de la patria chica de chico. Y esto lo observo en mucha gente. Hombres y mujeres alejados de su terruño, evocan y recuerdan con una verdadera delectación su tierra, su infancia y mocedad, sus travesuras, sus amores... y muchas de estas personas suelen ser cosmopolitas y antipatriotas...

En otro libro titulado "Patria grande", manifiesto mi sentimiento contrario a la patria-estado, a la patria-redil, a la patria-dogal.

Yo amo mi patria (y la veo patria-gran-

de y la idolatro y la venero y hasta la adoro) cuando la veo a través de sus valles, de sus montañas, de sus viejos pueblos llenos de carácter, de sus pobladores típicos... Y cuando la veo a través de sus costumbres originales y de sus monumentos y de su arte genuino y de su habla... Y entonces, sin advertirlo casi, agrándase mi patria chica y no solamente la siento en toda España, sino que se extiende y pasa el mar y a pedazos y a pedacicos me la veo aparecer por todo el mundo...

Y aqui me teneis que, yo que combato la patria en lo que creo que es aberración, y yo que aconsejo no combatir por patria alguna, para que haya paz en el mundo, mirando y considerando la patria desde el punto de vista que os acabo de decir, soy el hombre más patriota que darse puede. Tan patriota que no solo veo mi patria a pedazos y a pedacicos por todo el mundo, sino que creo que el hombre lleva su patria en sí y que, cuando la ama de verdad, la va sembrando por todas partes, como siembra hijos... ¡como todo amor siembra!...



Pero si miro la patria a través de mercachifles, o de políticos logreros, o de reaccionarios hipócritas de mal corazón, me

sucede el fenómeno contrario: la veo em-
pequeñecerse y reducirse a una cosa mez-
quina y sórdida... Y entonces la detesto
y no quisiera acordarme de ella. Y hasta
la patria chica, tan incondicionalmente
amada, me produce enojo y despego cuan-
do me la imagino, como la grande, en ma-
nos de fariseos y mercaderes...

Y cuando hablamos de volver a la patria
yo siempre digo: "Sí... pero y la gente?"

Y no me refiero a toda la gente; pero
hay gente tan mala en el mundo que, por
causa de ella, llegamos al aborrecimiento de
la gente y a veces, con injusticia, al aborre-
cimiento de toda la gente...

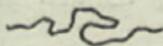


Pero el sentimiento de la patria chica de
chico, perdura: y amamos nuestra tierra
como verdadera madre, porque aquella sí
nos ha parido a la vida... y a la alegría
inocente de la infancia y al amor y al en-
canto de la juventud...

Sin piedad mandas tus hijos
a la guerra a que se maten...

¡Cómo se conoce, patria,
que no eres tú quien los pare !

No! Es que esa patria de los chanchulle-
ros y del entorchado y del máuser, no nos
ha parido!



¡A la huerta!

ME he acostado temprano con la ilusión del día de mañana... ¡Oh, deseado domingo! ¡oasis encantador en este árido desierto de los días de la ciudad, abrasados por la fiebre de los negocios, de las luchas políticas, por el cálido huracán de los guarismos, de la falta de tiempo para todo, del vértigo de estos relojes que coñren desalados!... Desierto de esta caravana febril de humanidad moderna que hace su penosa jornada a través de una ciudad como ésta, la antigua Cartago, en donde no escasean Arsenal, buques blindados, cañones monstruos, formidables fortalezas y sonos de cla-

rines, en un paisaje hostil, de montes pelados, a falta de árboles verdeantes, de pájaros cantores y de aguas corrientes y cristalinas...

Aquí tenemos el levantino y sereno mar azul, bello, tranquilo como un lago... Entra arrullador a nuestro hermoso puerto natural y parece decirnos persuasivo: "Miraros en mi espejo, yo soy grande y soy sereno y amplio". Pero nosotros no oímos la voz del mar y sí la de nuestras pasiones pequeñas y mezquinas. Y a este mar libre, de generosa doctrina, lo hemos acaudillado también a nuestro servicio de guerra y hemos bordeado toda la costa de fortificaciones y hemos escalonado centinelas prohibiendo la vista del mar... Y en la antigua Cartago, puerto de mar famoso, los pobres locos soñadores que acarician la ilusión de una confraternidad universal, no pueden, porque lo impiden los centinelas, en el paso al Arsenal, en el paso a los Castillos, o en el paso a las baterías, acercarse a la costa buscando un refugio de intimidad y descanso, para escuchar con toda el alma en dulce recogimiento aquella voz persuasiva que llega a todas las playas del mundo... ¡para contemplar estáticos en muda adoración la redentora inmensidad azul que acerca

les hombres a los hombres y confunde las razas con las razas!...



Por eso: porque los soñadores no podemos acercarnos aquí al generoso mar, me he acostado con la ilusión del día de mañana. Mañana domingo hay trenes baratos para los toros de Murcia... Debían de ser trenes económicos domingueros para el esparcimiento popular lejos de las ciudades; pero en fin, son **trenes de toros**. Aprovechemos la coyuntura: ya que no a este mar de las aguas límpidas, vayamos al otro de los verdes follajes, de los pájaros y de las flores, de las rumorosas aguas de los ríos... ¡Vayamos a la huerta!... También es rentadora... ¡madre amantísima!... ¡regazo soberano!

¡Oh, huerta mía!... ¡madre!... ¡amor!... ¡aduermeme!



Y he ido a la huerta: los frescos húmidos cañaverales se inclinan suavemente sobre el tren y lo acarician, los frondosos huertos rebordan sus tapias descollando la gallardía de las palmeras y el perenne verdor de los naranjos; los parrales cuelgan su espléndido dosel de pámpanos y racimos a la puerta de las casitas y barracas; al amparo de la patriarcal higuera descansa la

yunta rumiando la jugosa copa del panizo, el morisco huertano, puesto en cuclillas, limpia de chinas y yerbajos su bancal; y las mozas de alto seno, negros ojos, y vivos colores en las mejillas, os ríen ingenuamente...

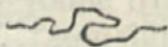
También nos habla la huerta: nos habla con el discreto rumor de sus follajes, con el pío, pío, dulce de sus pájaros, con el murmurio de sus acequias y brazales... Y nos dice la huerta: "Venid a mi! soy tibia, soy fecunda, soy honesta!... Venid, espíritus humildes huidós de los falsos convencionalismos sociales, cansados de las babeles populosas... Venid, hombres amantes de la tierra, de la pródiga inagotable tierra... Venid a comer las frutas ópimas de la tierra y hundid en ella vuestros brazos amasándola con vuestro sudor y haciéndola carne con vosotros mismos!..."

Y durante el domingo piadoso he gozado de la huerta: me he tendido a la sombra de sus árboles, me he arrobado escuchando los ruisñores, he comido las frutas perfumadas y jugosas, he bebido el agua cristalina en el hueco de mis manos, y me he deleitado ante los pintorescos cuadros de costumbres...



Yo volveré a tí, huerta amada, huerta

poética... Yo volveré a tí multiplicadas veces a descansar mi espíritu del loco atisigo de las babilónicas ciudades, y a recoger tus pintorescos cuadros para llevarlos allende el mar a otros espíritus nostálgicos que sueñan melancólicos contigo..... ¡que sueñan con los bellos luminosos rincones de la lejana patria!...



La canción de la huerta



EL mozo me ha dicho con expresión de acendrada ternura:

—Vivir lejos de aquí!... No me apañaría... ¡me entraría murria y me moriría de tristeza!—Después ha añadido, con elocuente ademán, tendiendo el brazo hacia el interior del huerto: — ¡Este es mi mundo!

A poco de separarme de él, le oigo can-

tar dulce y apasionadamente, entre la espesura de naranjos:

Mi barra está en la huerta
y en la huerta está mi novia...
¡es el mentarme la huerta
como mentarme la gloria!



Yo soy, en mi cariño por la huerta, como quien está locamente prendado de su amada y os habla de ella con pasión a todas horas y os muestra su retrato delicadamente como una reliquia...

Porque la adoro, os hablo a todas horas de la huerta, de mi amada, con sus ímpetus pasionales, con sus ternuras, con sus melancolías, y os cuento las cosas, para toda ilusión, como ella me las cuenta, imitando su habla dulce...

Porque la admiro, os muestro sus retratos que, enagenado, tomé yo mismo de su belleza, y de los cuales, jamás ninguno me pudo dar toda la verdad, la adorable visión de todo su encanto...

¡En mi pasión por ella, en mis ansias de Naturaleza y verdad, la quisiera poseer



BALNEARIO DE ARCHENA, DONDE COMENCÉ
MI CARRERA LITERARIA VENDIENDO DIARIOS
Y REVISTAS.

© Ayuntamiento de Murcia



VICENTE MEDINA Y SU FAMILIA CON EL TRAJE REGIONAL.

© Ayuntamiento de Murcia

toda y dárosla entera en mis libros, que fuesen como exquisitos frutos de ella misma!...



Proscrito de la huerta, en la lucha por la vida, vuelvo a la tierra que me vió nacer, ávido de contemplar sus paisajes alegres... sus barracas ocultas en el follaje como nidos de ruiseñores... sus ancianos típicos, a la sombra del parral... sus mozos rondeantes y sus mozas candorosas y rientes... ¡Vuelvo ansioso de embriagarme en los tonos vivos de las vistosas mantas y de los multicolores refajos huertanos...



En una de las casas del pueblo, alegre y pintoresca en su interior, con su fresco tinajero, sus rezumantes cántaras y sus múltiples lejas recargadas de limpio vidriado, me rodean, movidos de gran curiosidad, parientes y amigos de la infancia, todos huertanos humildes, a quienes, en cuatro palabras y a la manera de ellos, les relato el argumento de una de mis poesías.... Todos, viejos, mozos y zagales, me entien-

den sin trabajo y sonríen con ingenuidad, exclamando algunos: “¡Mesmicamente lo que pasa!... ¡propiamente lo cuenta, que se está viendo!...”—Pues vamos a hacer un cuadro—les he dicho—que represente lo que acabo de contar.

Se han reído todos ruidosamente, se ha movido bulla, y los que pasaban, a la sazón, por la puerta de la casa y los demás vecinos de la calle, han acudido a la algarazara y han engrosado el corro, llenos de mayor curiosidad todavía...

Luego, indicados por mí los que habían de servirme para la improvisada escena, se han excusado, especialmente las mujeres, con lo ligero de su atavío:—Así? ¡Como voy tan bonita!—Pero han accedido a pocos ruegos, venciendo lo que era, más que otra cosa, natural cortedad; han escuchado, atentos y graves, la explicación de lo que había de representarse; han penetrado con facilidad suma en el sentir de sus papeles, y la escena viva, con sus personajes auténticos, huertanos humildes, ha quedado retratada.



Al alborar el día, he partido a ver a mi Amor...

Mi Amor me ha recibido sonriente, soberbio de hermosura con sus galas primaverales.... Me ha colmado generoso, de agasajos y caricias, brindándome, espléndido, ricos pomos de exquisitas frutas, ramilletes de perfumadas flores, pajarillos de mágico cantar, frescas y cristalinas aguas...

Tierno y virginal, murmurador e insinuante, mi Amor, por la alfombrada senda, ha guiado mis pasos a la entoldada orilla del río, entre las rumorosas cañas y los blancos álamos... me ha conducido, lenta y dulcemente, por los encantadores quijeros de las serenas azarbes.... me ha encaminado a los callados huertos de naranjos en flor... me ha llevado ante la aldea de casitas blancas y viejo campanario.... me ha detenido a contemplar en éxtasis la magestad de las altivas palmeras, reinas del horizonte.

Y mi Amor, con un arrullo tierno y melancólico, me ha cantado añoranzas..... ¡Amor mío!... ¡Huerta mía!...

He pasado ante la casa en donde nací... está lo mismo que entonces... ¡firme en su sencillez y humildad!... ni siquiera fué nuestra!...

Como una pareja de enamoradas golondrinas, mis padres, de recién casados y por un modesto alquiler, hicieron allí su nido... ¡Eran tan felices como pobres!...

A los pocos días de haberse casado, con absoluta fe en la vida, volvían a sus tareas de obreros humildes: mi padre echaba camino de la sierra a trabajar de bracero; mi madre tornaba al taller de sastre donde trabajaba de oficiala...

Toda aquella fe en la vida y aquella felicidad, qué lejos!...

La casa en donde nací, me produce la melancólica impresión de un nido de golondrinas deshabitado, frío... ¡sin aquel calor de jóvenes enamorados esposos y de hijos!...



A la caída de la tarde, he ido al campo-santo: he querido visitar aquellos muertos que viven en mí...

El viejo sepulturero cava una fosa... Al entrar yo, me ha mirado con indiferencia, como si no me hubiese conocido... ha debido de pensar: "Todos han de venir..." Espera al que han de traer... ¡la húmeda tierra volverá al hoyo sin secarse!...

Me he parado ante los nichos: en uno de ellos hay trazada piadosamente por mi hermano, una inscripción sencilla, negra.

Me he abstraído profundamente, mirando aquel nicho que guarda la mitad de mi vida... Cuando más embargado me en-

contraba en los tiernos recuerdos de mi niñez, cuando evocaba el hogar paterno tranquilo y feliz, y en él a mi madre embelesada en sus hijos, dichosa con la sombra del esposo, se me ha acercado el sepulturero y reconociéndome ya, sin duda, me ha dicho sosegadamente:—Qué ¿vienes a ver al padre?—Sí, a verlo he venido: mi padre está allí... ¡en aquel nicho de la negra inscripción!... Se ha velado la dulce evocación riñente, con un telo de lágrimas... ¡se ha desvanecido el ensueño de color de rosa, en la negra realidad del feliz hogar deshecho... ¡de la triste viudez de mi madre!

.....

He ido a visitar aquellos muertos que viven en mí... He querido saber en dónde enterraron el ensueño de mi juventud, y le he preguntado al sepulturero por **ella**...

—**Ella**... no recuerdo...

—;Pero aquel hombre que me arrebató su afecto, aquél que tan pronto la olvidó por otra, olvidó hasta su nombre? no ha puesto en donde **ella** descansa una inscripción siquiera?

—No sé... busca!..

Rusco vanamente: ni una flor. ni una cruz, ni rastro... ¡**ella** está solo en mí!



He salido del camposanto entre las pre-

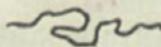
cursoras sombras de la noche, estrechando antes afectuosamente la callosa mano del viejo sepulturero... ¡aquella mano que tocó los venerados huesos de mi padre... los adorados huesos de ella!



El crepúsculo impregna la huerta con su infinita melancolía, y al pasar, a mi retorno, junto a las tapias del huerto, oigo al mozo que canta de nuevo, con un dejo de arrulladora tristeza:

Cuando mi horica me llegue,
quiero morirme en mi tierra...
¡verla, al cerrarse mis ojos,
y tener mi hoyico en ella!

Mi alma se estremece... ¡La copla del mozo es mi propio sentir!... Yo me voy repitiéndola calladamente, como una cosa que se acaricia, y me parece que la huerta también, en la calma del crepúsculo y correspondiendo al delicado afecto, repite con sus ecos infinitos, dulcemente, la canción añorante...



El rento

Año (1900)

LOS huertanos que llevan en arriendo tierras de riego pagan alrededor de 55 pesetas por tahulla al año, corren de cuenta de los amos las contribuciones y las aguas. Antes la renta era menor, pero los arrendadores que se dice, o sea los colonos, pagaban las contribuciones, y a los amos una gallina por tahulla cada rento o sea cada año.

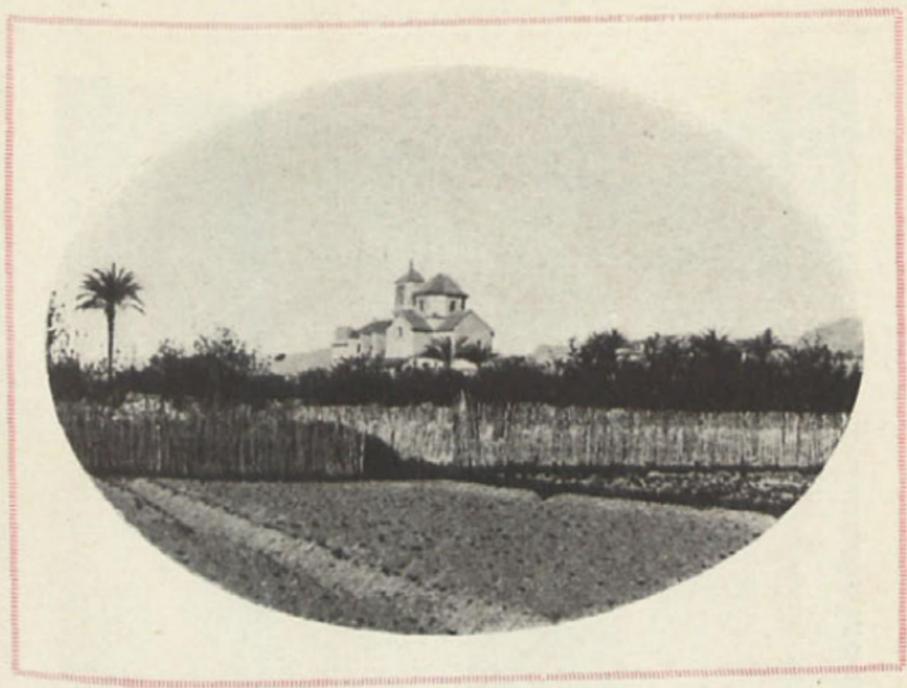
Los arrendadores (o arrendatarios) son casi subpropietarios, valga la frase. Tomaron en arriendo aquellas tierras los abuelos, los bisabuelos tal vez, y pasaron de padres a hijos como cosa de la familia, fraccionadas, repartidas buenamente... Los

amos encuentran aquello muy lógico y, a fuerza de costumbre, reconocen en ello casi un derecho. Como natural consecuencia, los **arrendadores** construyen sus casas en la tierra arrendada como si ésta fuese de su propiedad, establecen norias y ceñas para la elevación de aguas, hacen aprovechamiento y mejora de terrenos, plantan arboledas previo un simple permiso... al hablar de las tierras arrendadas, suelen decir "Mis tierras".

Estos **arrendadores**, generalmente amantes de la tierra, no lo pasan del todo mal. Salvo enfermedades en los árboles, heladas, pedriscos, o inundaciones, no sufren otras calamidades... aun éstas, algunas veces, las tienen en cuenta los amos que toleran pacientes los retrasos del rento. Los amos tampoco ponen alzas al rento aunque las tierras ganen en valor, porque este valor lo alcanzan a costa del trabajo y de los sacrificios del colono.

El arrendador trabaja las tierras por sí, metiendo jornaleros cuando los necesita; se ayuda con la cría de algún ganado caballar, ovejas y cerdos, pero muy pocas cabezas, solo para aprovechar algunos pastos y las frutas desechadas.

Las tierras producen, son pródigas... son una verdadera bendición cuando se les da



LA IGLESIA DE MI PUEBLO
Y LOS HUERTOS.



CASITA DONDE NACIÓ
VICENTE MEDINA.

© Ayuntamiento de Murcia

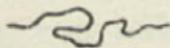
el cultivo y el abono que necesitan... "Es una tierra agradecida" dice el huertano. Las tierras en blanco dan hermosas cosechas de trigo, de maíz, de legumbres, de hortalizas... En unos tres años, las tierras en blanco se ven convertidas en huertos encantadores de frondosos árboles... Los huertos rinden mucho: los ácidos (naranjas, limones) alcanzan precios altos, sobre todo cuando el colono tiene algún desahogo y puede esperar guardando la fruta en los árboles. Pero son contados los que pueden hacer ésto; la mayoría toma dinero a cuenta de la cosecha cediéndola por un tanto o a un precio fijo que siempre resulta mucho más bajo que el corriente. Aquí de la necesidad de bancos agrícolas, desconocidos en absoluto en esta región. Resulta de ello, que empresas extranjeras de exportación, y desalmados usureros del país, realizan pingües ganancias, mientras el huertano arrendador arrastra una existencia pobre, que no llega a la miseria, gracias a que trabaja mucho y hace una vida sobria. Es una lástima: los amos de las tierras, salvo excepciones, no tiranizan con la renta (aunque si con otras cosas a que ya llegaremos) pero no se preocupan de la vida de sus colonos, que son sus brazos, que son su vida. Estos amos viven en la ciudad.

muchos en Madrid: son diputados, senadores, influyen en la vida pública... ¡pero que rara vez los oiréis en el Senado o en las Cortes pedir algo en beneficio de los que les votaron para que llegaran a los elevados puestos, y de los que cultivan sus haciendas doblándolas en valor y haciendo de ellas ramilletes de flores!

Aquí de los amos: falta instrucción en la vega, mucha instrucción; faltan escuelas agrícolas que traigan adelantos de otros países, faltan bancos agrícolas y, lo que es más esencial, faltan establecimientos de salud, médicos y farmacias, unos y otros, buenos, humanitarios, económicos.

Aquí de los amos, aquí de sus tiranías exigiendo en las elecciones el voto al arrendador como cosa de feudo, exigiéndole que le visite un médico a quien quiere favorecer, que lleve los asuntos a un abogado preferido, que se abastezca de tales o cuales establecimientos, que pertenezca a tales o cuales cofradías... Aquí del rento ignominioso, despótico, no el que se paga por San Juan, sino el otro: el que se paga a todas horas, en todo momento, con gavelas morales y materiales, con la propia vida. Parece que la mayoría de los amos, más que por la renta que dan las tierras las tienen porque dan siervos. ¡Ay del co-

lono que contraría al amo en unas elecciones, en un capricho!... será arrojado de las tierras, sin piedad... ¡de las tierras florecidas con el sudor de toda su raza de siervos!... ¡Cuántas veces, en medio de esta exuberante vega, que es la confirmación más hermosa y más rotunda de la vida perennal, he oído decir al arrendador, al siervo: "Lo ha dispuesto el amo y hay que sucumbir".



Los jornaleros

(Año 1900)

GANAN de cinco a seis reales de jornal, trabajan de sol a sol; tienen una hora para comer y media para almorzar; en el verano, una hora de siesta y media hora para merendar; echan dos cigarros de mañana y dos de tarde; se les dá vino durante la faena.

No hacen éstos jornaleros vida tan miserable como los de Elda (Alicante) de que ya se ocupó "El Globo" (año 1898) pero poca diferencia va.

Generalmente se casan jóvenes, recién

licenciados del servicio militar activo, los que van a filas; los otros antes, y se cargan de familia muy pronto. A los treinta y cinco años de edad muchos tienen seis hijos sacados adelante como Dios quiere. De aquí su mayor miseria.

En la necesidad de aprovecharlo todo, los pequeñuelos no van a la escuela porque hay que echarlos de seis años en adelante a los caminos a recoger basura, o a la sierra, por **albardín** (especie de exparto) y por **leña** (monte bajo). Debido a esto, la instrucción escasea, la ignorancia cunde. Además, con la prematura excesiva tarea, no se hace bien su desarrollo físico y se crían raquíuticos y enfermos.

Estos hombres, con hábitos morunos, viven casi de fruta; así, el invierno es fatal para ellos. Por la carencia de labores en esta época del año, no hay donde **echar un jornal** y **en la huerta no hay donde arriarse**. Es decir, no existe aquella bendición de fruta con que tantos matan el hambre. En el verano, con una fritada de pimientos y tomates, con una cesta de higos, se vive. Entonces pueden ir las mujeres a espigar a los rastrojos, se recoge un celemín de trigo, de cebada... Pero en el invierno, ¡ni leña para calentarse!

En el invierno, en algunos pueblos, no

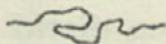
hay más recurso para los jornaleros que la lía: fabricación de sogas de esparto y de albardín. Esto rinde muy poco. Un individuo a quien le cunda mucho puede sacar una peseta por todo un largo día de tarea.

Esta industria exige algunos reales para adquirir esparto o albardín, o tener quien adelante este material. Además, se dá el caso de no hallar quien tome las lias después de hechas. Los que las compran, son exportadores al por mayor que las llevan a otros mercados, y algunas veces no hay demanda. También, por desdicha, las pobres gentes se ven forzadas a darlas a como quieren los que las toman y **sin ver un cuarto**, pues casi todos estos exportadores compran pagando en especie, pan, aceite, arroz, patatas, ropas, calzado... — con lo que realizan un doble negocio.

Hay espectáculos tristes, crueles: De pueblecillos inmediatos, andando un par de leguas de mal camino, han llegado ancianos, niños, pobres mujeres, enlutadas algunas, con su carga de sogas a la puerta del exportador en cuyo dintel se detienen tímidos, encortados... Plañen lástimas: allá en el desamparado hogar han quedado unos con hambre, otros enfermos, en la esperan-

za de lo que darán por las lías... Pero el comerciante está malhumorado, sale a la puerta y los mira como cosas, parece que no los ve, luego vase dentro sin decirles palabra, se sienta al hogar y pasan las horas... Los infelices que van con las lías, salieron al amanecer, de sus casas, y, a veces, se pone el sol sin que el comerciante les haya hecho caso; entonces se rebelan, aullan su dolor, su desesperación horrible, y bien el exportador toma al fin la mercancía con malos ademanes, pagándola de cualquier modo, o bien los despide irritado:

—Hoy no tomo sogas, ¡ahorcarse con ellas!



Un año de sequía

(Año 1900)

El Boletín eclesiástico de esta diócesis, publicado ayer, recomienda al clero, en vista de la sequía que nos aflige, que en todas las misas que las rúbricas no lo estorben, se diga la oración "ad petendum pluvia".

(De un diario de la provincia)

SE han hecho rogativas en Murcia al bajar de su santuario, en procesión y según costumbre tradicional, la Virgen de la Fuensanta. Ese mismo día llovió algo, atribuyéndolo la fé sencilla de las gentes

a la divina influencia de la imágen. Lo triste para la fé y para los pobres campesinos, es que desde entonces (hace ya dos semanas) solo han caído algunas gotas de lluvia.

En Totana hicieron lo mismo, acudiendo todos los habitantes del pueblo llenos de fervor religioso a **La Santa** (Santuario de Santa Eulalia) cuya imágen bajaron, en procesión también, a la iglesia del lugar, haciendo solemnes rogativas para que lloviese.

En Molina tienen en rogativa la Virgen de la Consolación.

En Cieza, acuden con devoción profunda al Santo Cristo del Consuelo que se venera en una ermita.

En muchas partes de esta provincia es de tradicional costumbre la bendición de los campos. Se practica el día de San Marcos, saliendo la parroquia en procesión con cruz alzada por en medio de los campos floridos... Cuando hay sequía, a la vez que se celebra este acto religioso, se implora del cielo el beneficio de la lluvia.



La abundancia de tierras de regadío en esta región, quita importancia a los daños

de la sequía; estos, sin embargo, son grandes en las tierras de secano y se dejan sentir hasta en las mismas de riego. Han mermado muchos manantiales y pagan con creces los huertanos la escasa recolección: cada hora de agua cuesta en algunos puntos de 6 a 7 pesetas. Además, algunos árboles frutales de la huerta, a los cuales no les falta el riego de pié, han tenido gran escasez de flor a causa de la sequedad atmosférica.

La temperatura excesivamente primaveral de los últimos días de Marzo, adelantó el crecimiento de las mieses y aumentó sus necesidades de humedad, haciéndose más sensible la sequía de lo que hubiera sido en otra ocasión.

Se ha encarecido el pan que ha subido 5 céntimos en hogaza de dos libras. La fanega de trigo se vende de 11 a 12.50 pesetas y de 6.50 a 7.00 la de cebada.

En los secanos cuyas tierras son fuertes es en donde más se dejan sentir los desastrosos efectos de la sequía. Tales son en la parte de Cieza los parajes Venta del clivo, Fuente del judío, extensas llanuras de Cajitán, La Herrada, El Horno, La macetúa, El Quintó y El Madroñal. El tanto por ciento de baja en la cosecha de granos en estos puntos, será aproximada-

mente un ochenta en las cebadas y un cincuenta en los trigos.

Lo mismo se puede decir de Caravaca, Mula y puntos cercanos: llanos de Yechar y Anquibla, cañada Marón, campos de La Páira, Retamosa, Chorrillos, Campotejar y otros.

En el partido de Benizar, Pliego y La Alberquilla, los pocos terrenos que hay de riego, serán de seco el verano próximo, si no aumentan las lluvias el caudal de las fuentes que se ha quedado en lo último.

En Moratalla, partidos de San Juan, Bejar, El Robleo y otros, apenas si los cereales pregonan la escasez de agua, por tratarse de terrenos altos y frescos en donde se siembra tarde; los simenteros, especialmente los trigos, se conservan en buen estado. En cambio en los pastos se hace sentir notablemente la sequía: los campesinos se preocupan de los ganados que constituyen parte principal de sus haciendas, resulta un problema de imposible solución el sostenimiento de los averíos o animales de labranza, y puede llegar el caso de que, inútiles éstos, si persiste la sequía, no puedan terminarse las labores de los barbechos.

En la parte de Totana, se consideran perdidas las dos terceras partes de la cosecha

que en buenos años sube de seiscientas mil a setecientas mil fanegas de grano, casi todo cebada.

En el campo de Cartagena hasta Campo Nubla, tierras de Fuenteálamo, Pozo estrecho, La Palma, Pacheco, Albuñón etc., ocurre otro tanto.

La base de la cosecha de cereales en toda la región murciana era grande, tanto que, si hubiese llovido lo necesario en los primeros días de Abril, hubiera sido un año de hermosa abundancia.

Para las cebadas ya no hay salvación aunque llueva todavía. Los trigos aun tienen raíces profundas y frescas que pueden aguantar algo. La insignificante lluvia de estos últimos días los ha resucitado un poco.

Pero se pierden las esperanzas: el viento favorable a la lluvia es Levante y reina Noroeste, o sea de arriba, como aquí dicen.

Los augurios de los labradores son pesimistas: prevén un año de miseria, de hambre...



Las tierras de secano se dán a rento: de tres a seis duros al año cada fanega. Se dan a medias: el amo de la tierra paga la

mitad de la simiente, de la escarda y de la siega; el colono labra y hace la trilla, además, quedándose en cambio con la cosecha de paja a más de la mitad del grano recogido. Se dán a terrajes: de cada cinco o seis cargas de miés, según lo convenido, una, libre, es para el amo de la tierra.

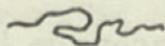
Yo creía que los amos rebajaban o perdonaban los rentos en años de gran sequía o calamidades de otra especie, pero me aseguran que no. Lo más que hacen es aplazarlos del mes de San Juan a Noviembre, si hay buena cosecha de panizo (maíz) y cáscara (pimiento); si no, los dejan para cobrarlos al San Juan siguiente.



Un pobre labrador me ha dicho:

— Mire usted: por lo pronto, de los trigos hay media cosecha perdía... con los primeros calores se corrieron, se alantaron y ahora que por la sequía no tienen jüo, se arroyan y están como quemáos... Aunque llueva, con tó y con ello, las espigas se quearán en la mitá o menos y ya nos conformaremos si al remate tenemos un peazo e pan... De las cebás y avenas,

hay sin remedio tres cuartas partes perdidas, por lo de ser matas de menos fuerza y haber chupao menos al principio... Luego tiene usté que, si de aquí al día 28 ó 30 no llueve, no hay remedio... ¡viviremos tós como Dios quiera!... Cuando hay cosecha, el molinero dá, cobrando quince celemines de trigo por cá doce que tiene la fanega... abora, ni pa robarnos nos quieren dar!... Si es que no guiela entavía pa colmo de males, este fresquico que ha vuelto sostendrá algo los sembraos; pero si a la entrá de la otra luna no llueve, ¡no hay más que tó se vá y tos nos perdemos!



Alma murciana

CREO que en el habla de un pueblo se refleja poderosamente su alma.

En el habla dulce de mi tierra, con alegre bullir, como el agua pura de una fuente, fluye el alma sencilla...



No es ambiciosa ni aventurera el alma murciana: vive feliz al colorcico de la tierra, tierra cálida, fecunda y hermosa, y el huertano, sobrio y humilde, aspira modestamente a un mediano pasar, y pide tan solo "salú que dé Dios".

El huertano siente por la tierra un acendrado afecto y la cuida delicadamente, en muchos casos con un desinterés de idólatra!... Durante las horas de ocio, la contempla con silencioso arrobamiento, urgándola cariñosamente para limpiarla de piedrecitas que arroja a la linde, y quitando de los árboles los tallos secos y los retoños inútiles que se tragan el precioso jugo...

Dicen los huertanos:

— ¿Ande vas el domingo?

— ¡Ande he de ir!... a mi güerto!... es mi recreo!... allí se me pasan las horas muertas, sin sentir! ¡le tengo un apego tan grande y está tan hermoso, que en él se me quitan las penas!

El huerto!... El huertano se mira en él... ¡hecho una maceta de flores lo tiene! Al abrigo de sus tapias cubiertas de jazmineros, debajo de sus orientales palmeras y de sus naranjos llenos de azahares, se celebran los íntimos alborozos de la familia, y también en la consoladora quietud del huerto busca el huertano apartado refugio para su dolor y sus tribulaciones...



El alma murciana es sencilla en sus amorosos anhelos, lo dice su cantar:



VICENTE MEDINA Y SUS HIJAS

¡Cuando querrá la Virgen
de la Fuensanta
que tu ropa y la mía
tengan un arca. (1)

Perfuma sus amores con alábegas y rosas de Alejandría, los arrulla en el poyo al calor del hogar, junto a la anciana que dormita como angel custodio confiado...

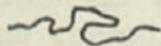


En sus creencias religiosas el alma murciana, es candorosa, buena... El eremitorio de los campos es honestísimo, se llama Casa de la Virgen... Los cánticos de sus auroras, melancólicos, piadosos, hacen manar en las durezas del espíritu, las aguas puras de la fé sencilla...



Pero el alma murciana, también, a veces por atavismos de razas orientales en que tuvo su origen, tiene relampagueos fatídicos de tempestad y por un palmo de tierra, por la mirada de una mujer, por una competencia religiosa entre dos cofradías, resurge pavorosa con pasiones terribles de empeños, venganzas y cegueras de muerte...

(1) Popular



La panocha encarnada

EN la casa del tío Fermín y de la tía Malena se desperfolla el maíz aquella noche.

Algunos mozos entran las panochas a capazos desde la calle, echándolas en medio de la casa y haciendo un gran montón.

El tío Fermín, sentado en el hogar, fuma sosegadamente e inspecciona la faena.

La tía Malena tragina en la lumbre condimentando alguna cosa.

Van acudiendo las mozas, con los desnudos brazos recogidos en el cabo de sus

delantales, como resguardándose del fresco relente de la noche. Algunas se aproximan al hogar sobre el que tienden las manos calentándose un momento... unas de pié, otras en cuclillas... Las hay que conforme llegan, se sientan sobre el montón de panochas...

Van entrando, al mismo tiempo, los mozos que acuden al tragín. Algunos, siguiendo el ejemplo de las mozas, se aproximan también a la lumbre; otros se desembarazan de sus mantas, abandonándolas sobre las sillas, y se ponen animosos, a la tarea, ayudando a los que entran capazos de panochas...

— ¡Vaya un tropel de mozas que viene por allá abajo! — observa alguno de los mozos.

— ¡No va a haber gente, que digamos!

— ¡Mozas sobre tó!

— Es que los abrazos son muy golosos.

Una moza picada:

— Habrá éste!...

El mozo picarescamente:

— Sí, que no te gustarán!...

acompañando la frase de un guiño y haciendo como que va a abrazar a la moza.

Ella:

— Vamos! quita!... — repeliéndolo con un empellón.

Entre las mozas que han acudido a desperfollar en casa del tío Fermín está la Clavellina, y entre los mozos Pacorro que la pretende; pero la moza no está por él; ella prefiere a Pablico el pastor. Pacorro es atravesado, de mala inronia, y jura que lo ha de querer la Clavellina; ella es firme como una peña y dice que antes muerta que casarse con él.

De este modo se encuentran las cosas cuando ella ha ido casa del tío Fermín, y Pacorro, que no la deja ni a sol ni a sombra, ha ido también como la sogá tras el caldero.

Siguen llegando mozas y mozos. Algunos de estos, sentados en el montón de panochas guiscan a las mozas que están a la lumbre:

—Venirse pa acá, zagalas; si tenéis frío... ¡nosotros semos lumbre!

Y otras mozas que han ido sentándose junto a la hacina de panochas, pican a los mozos que están perezosos junto al hogar.

—Vaya unos hombres helaos!

—Ale! fuera pereza! vamos a trabajar!

— dice el tío Fermín, irguiéndose — Ale, muchachos, muchachas, no comerse la lumbre, que aún no es invierno!

Todos se ponen manos a la obra deshojando briosamente las mazorcas del maíz,

y la algazara y la alegría de toda aquella gente jóven, caldean el frío hogar del tío Fermín y la tía Malena, ya viejos y sin hijos...

La nota característica de esta faena del maíz, es la tradicional costumbre de que el mozo que deshoja una panocha encarnada, tiene derecho a dar un abrazo a la moza que quiera. Este es el aliciente de la fiesta para la gente jóven, que acude muy gustosa. El dueño de la casa los convida, y resulta una velada de las más típicas y alegres por el humor y la sal y pimienta que se derrochan. Algunas de estas fiestas suelen acabar trágicamente por el eterno motivo: el amor.

La tía Malena ha sacado dos fuentes llenas de tortas fritas, o paparajotes, y el tío Fermín la bota del vino que corre de mano en mano. La fiesta está en todo lo suyo. Las panochas peladas llenan los capazos, dispuestas a ser tendidas al día siguiente en las eras o en las cámaras; las perfollas extendidas por toda la casa forman una mullida parva en donde tirados los mozos y las mozas ríen a carcajada suelta...

—Eh! tú, que te clisas con la bota en alto!

—Te prometo que me la pagas esta no-

che, zagala. ¡Te hago quina, del abrazo, si me encuentro una panocha colorá!

—Haste pa allaica!

—Déjame un roalico!

—No te echés encima!

—No seas delicá!

—Ande! ande! — dice el tío Fermín — comer más tortas, apurar el vino y que cunda la tarea!...

Un mozo deshoja una panocha encarnada y exclama loco de contento mostrándola en alto:

—Panocha, señores! Mi suerte me vale! Luego dirigiéndose a una moza robusta y de ojos chispeantes: — ¡Qué abrazo, zagala, te vas a llevar!

Se mueve la gran algazara.

—¡Anda, que no quiere!

—Lo que no quiere ella es que se lo dé a otra.

—¡Anda, y no se diga que eres corto de genio!

—¡Anda y hasla quina!

El mozo abraza a la moza rudamente sin soltarla.

La tía Malena mediando:

—Oye, tú, que te duermes en la suerte; déjala ya!

El mozo la suelta y queda la muchacha sonriendo, roja como los madroños... ¡su

cara encendida parece otra panocha encarnada!...

Y conforme avanza la velada salen más panochas encarnadas y se prodigan más los abrazos y los achuchones.

El tío Fermín y la tía Malena se sientan también entre la gente joven y toman parte en el trabajo.

De pronto el tío Fermín exclama mostrando en la mano una panocha encarnada que acaba de deshojar:

—¡Panocha, muchachos!

—Pues también tiene usted que dar su abrazo.

—Tío Fermín, a la más guapa.

El tío Fermín replica abrazando a la tía Malena que está a su lado:

—Ca uno tiene su querer.

Todos aplauden.

Alguien repara luego en que la Clavellina no se ríe como los demás y en que Pacorro se muestra de mal humor.

—Pero oye tú, Pacorro, ¿cómo quieres sacar panocha, si no desperfollas?

—Con mirar a la Clavellina tiene bastante.

—Tiempo perdió: la Clavellina se compone pa que la mire otro.

—Anda, Pacorro, desperfolla a ver si sacas una panocha colorá, y le das un

abrazo y te toma el gusto.

—Eso es: a cata como los melones.

Ríen celebrando el chiste.

Una moza pide que el tío Fermín cuente un cuentecico.

—Que lo cuente!

—Sí, sí, que lo cuente!

—Yo quisiera que contara uno de risa.

—Yo de duendes.

—Yo de muertos.

El tío Fermín: — Lo contaré propósito de la faena de esta noche; pero habéis de tener un poco de silencio y formalidá, porque es un cuentecico triste.

—Comience usted, que ya estamos cal'aos toicos como peñas.

Y cuenta el tío Fermín:

—Pues una ves había un mozo que estaba loco de remate por una moza. La moza era guapa; pero él estaba más loco porque ella no lo quería.

Por fin pudo ver el mozo tan claro como la luz del sol, que si la moza lo desairaba, era porque estaba trastorná por otro mozo que era su querer.

Así las cosas, se presentó la ocasión de un desperfollo grande como éste, en el que había mucha alegría y mucha bulla y en el que estaban la moza aquella y el mozo despreciao...

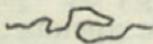
Y sucedió que, como otros muchos, aquel mozo sacó del montón una panocha colorá... y cuando, triste y silencioso, ya iba a esconderla por no tener a nadie a quien abrazar, lo vieron los demás y le dijeron: "Eso no vale: que abrace a la moza que más quiera".

Y tanto le dijeron, que, a fuerza de rogarle, se fué derecho a la moza aquella que lo despreciaba y la abrazó... ¡pero cómo la abrazó!... ¡Cuando le hicieron que la soltara de entre los brazos, la moza estaba muerta!"

El final del cuento ha sobrecojido a todos...

En esto, Pacorro ha sacado del montón una panocha encarnada, y la Clavellina que lo ha visto, poniéndose más blanca que la cera, ha huído de la casa dando un chillido de espanto.

.....



El hambre es dura

NO llueve, la tierra se ha endurecido, no hay labores...

Toda una familia de labriegos ha estado la Noche buena y su víspera, sin descansar, para elaborar tres arrobas de esparto... ¡Han ganado, en junto, doce reales!

Hay un medio con el que se gana más, pero es peligroso; se pone en práctica cuando el hambre aprieta; consiste en ir a por esparto a las mismas atochas, es decir, ¡a robarlo!

Antes, al pobre, en invierno, le quedaba el recurso de ir a la sierra; los montes eran

libres. Hoy pertenecen éstos a dueños particulares y están vigilados por guardas rurales y guardia civil... Los **esparteros** (los que van a robar el esparto en las atochas) son perseguidos con encono, como ladrones de la peor calaña. ¡Bien saben los infelices **esparteros** que se exponen a un balazo, que peligra su libertad, que los pillan y los muelen a golpes... ¡pero el hambre es dura!

.....

A la caída de la tarde sale la pandilla del pueblo, casi nunca van menos de tres; algunas veces se han juntado hasta quince o dieciseis... Son hombres y mozuelos, enteros de ánimo, astutos, ligeros como liebres...

Dijeron:

—¿Vamos esta noche a por esparto?

—¡Vamos!

Y, convenidos, se han juntado en las afueras del lugar, saliendo cada uno por su lado, para no llamar la atención de la guardia civil, que los cela de muerte.

En las casas de los **esparteros** saben las familias la aventura que corren sus hombres, los peligros... y quedan en desasosiego mortal... Saben las pobres mujeres que muchas veces los pillan... que los hin-

chan a palos... que los llevan pa alante, cargaos con el esparto robao, a las cárceles de Cieza o Blanca, haciéndoles caminar asina dos o tres leguas... saben que, en la desesperación, algunas veces hay refriegas con los guardas y que, en el desamparo de la sierra y en la noche más obscura que boca de lobo... ¡ninguno cae pa no levantarse más!

.....

Se ha puesto el sol, la luna saldrá de madrugada; la noche, oscura, que no se ven los deos de la mano, protege a los esparteros...

Van al coto del Agua amarga, al de La Corona... siguen trochas que nadie conoce, por el hondo de los barrancos... pasan en ocasiones por donde ni las cabras podrían pasar, y se alejan tres y cuatro leguas, llegando hasta término de Jumilla... ¡Siempre agazapándose al cruzar por sitio pasajero, sin dejar sentirse las pisás y corriendo como exhalaciones!...

Caen como una nube sobre el esparto, verde todavía... arrancan sin compasión ni miramiento, como quien va a la pillá, y dan fin de las atochas sin dejarlas que medren!...

Dicen los guardas:

—Más vale el estrozo que hacen que lo

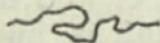
que se llevan... ¡Pero la paga el que pillamos!

Y, efectivamente. El que pillan, si libró la pelleja de la refriega, si la hubo, o del palizón, que es cosa corriente como buen sistema de escarmiento, paga con unos meses de cárcel. De Cieza o Blanca los llevan a Mula, que es el partido judicial, y después a Murcia.

.....

Si salen bien de la aventura, vuelven con los claros del día, de noche casi.... Llegan jadeantes, con la lengua por el suelo, hundidos bajo el haz... con el atosigo, con el azoramiento del que lleva a cuestras lo robado.... Algunas veces, perseguidos de lejos por la guardia civil, que los atisbó, entran a todo correr en el pueblo y desaparecen en los negros hogares...

Las mujeres no se acostaron; encogidas junto al hogar sin lumbre, temblando de miedo y de frío, en ansiedad mortal, pasaron la noche contando las horas...



La hora negra

EL crimen ha consternado aquel rincón del paraíso...

Se repite, por desgracia, el caso en la huerta... Quizás es un resto de atavismo salvaje, en pugna con la condición cándida y dulce, característica del huertano...

José Antonio, un jornalero del Huerto de los cipreses, sentado sobre un caballón del bancal que está arreglando y mientras echa un cigarro, me cuenta el trágico suceso:

“Juan Pedro, el hijo del tío Ramón El Prosa, era un infelís buenazo sin gelepa de malicia; y su amigote Martín El Peliciego, un callacuece mala inronia, con los

ojos torcíos, pa ser más de fiar.

Pues es el caso que, según lo que cuentan, hace tres noches, Juan Pedro se presentó en ca la novia de Martín, en ocasión en que el tal se encontraba platicando con ella lao por lao y sentaicos en el poyo.

Y parece ser que Juan Pedro, llevao de la satisfacción que tenía con Martín, le dió en los piés con un vastaguico, diciéndole en son de chanza: "¡Amigo, amigo, cómo se platica!"

Y, según, le escoció a Martín el vastagozo, o se picó por aquello de que estaba presente la novia; la cosa es que, sin estremecerse, pero mirando a Juan Pedro de una manera fosca y atravesá, le dijo sin levantar la vos: "No me vuelvas a tocar".

Pero el hijo del tío Ramón, ca ves más chancero y sin reparar en que a Martín se le había trasmudao el color, va y le vuelve a dar en los piés con el vastaguico una miajica más fuerte, recalcándole las mismas palabras:

"¡Amigo, amigo, cómo se platica!"

Y El Peliciego, que tenía muy poco aguante, dicen que también le dijo con la vos si es o no es un poquico ronca y arrugando el ceño: "Si me vuelves a tocar, te clavo!"

Y sea que Juan Pedro, ciego de puro

infelís, no viera que El Peliciego tenía ya la sangre negra como el carbón, o sea que se aconfiara, figurándose que Martín nunca pasaría a mayores, por aquello de ser amigos, lo cierto y verdaero es que Juan Pedro le volvió a tocar con el vastaguico en los piés, y que Martín, encangrenao y sin hablar más palabra, le tiró un dagazo tan fijo a darle muerte, que el pobre hijo del tío Ramón no tuvo más que tiempo pa salir tambaleándose por la puerta, yendo a caer, propiamente como un tronco, junto al mesmo quijero de la cieca.

En ca la novia de Martín cerraron la puerta y apagaron el candil, sin rechistar palabra, como si tal no hubiera pasao, y El Peliciego, líao en su manta y escurriéndose como una anguila, se escabulló por la orilla del río, perdiéndose encomedio de los cañares...



Acabada de caer el pobre de Juan Pedro cuando acertó a pasar el tío Antón Fermín por ande se encontraba el mozo, que estaba tendío en la cequeta del quijero, tó lo largo que era.

Y como el viejo no viera sangre ninguna, porque el zagal no echó ni gota, se



ACERÑA EN EL CAMPO DE CARTAGENA
© Ayuntamiento de Murcia



ZAGALICO Á POR ESTIÉRCOL

© Ayuntamiento de Murcia

pensó que Juan Pedro estaba borracho, y dándole con la punta del pie, después de conocerlo y siguiendo su camino adelante, dijo para sí: “¡Buena tajá tié el hijo de Ramón!

Y llegando el tío Antón Fermín al lugar, allá se encamina cal tío Ramón El Prosa y le dice a voces, aporraceándole la puerta de la casa:

—Oye, Ramón: miá que tiés a tu hijo Juan Pedro, allá en el partío de los Martínez, más borracho que una cabra y tendió tó lo largo que es en lo hondo de una cequeta.

—¿En ande? — dicen que le respondió el tío Prosa, ya renegando y con la sangre encendía.

—Pos en los Martines,—le volvió a decir el tío Antón Fermín—una chispica más abajo de la ñora.

—¡Asina reventara! — murmuraba encangrenao el tío Ramón, tirándose de un salto de la cama y vistiéndose a escape ¡Granuja! que va a ser mi deshonra y mi condenación!

Y el tío Antón Fermín siguió pa su casa y el tío Ramón El Prosa salió a la miájica de la suya, encaminándose al partío de los Martinez.

Y allá vá el tío Ramón... allá va el po-

bre viejo a recoger al sinvergüenza de su hijo, como él decía, murmurando entre dientes y andando la senda con tal vigor, que nadie se pensara, de no conocerlo, que era un viejo con cincuenta y tantos años a la cola, si es que no llegaba a los sesenta...

Bien poquico tardó el tío Ramón en llegar a los Martínez y en dar con su hijo, que estaba tal y como lo acababa de dejar el tío Anton Fermín.

¡Y qué cosa! allí tiés al tío Ramón... allí tiés al pobre viejo echando venablos contra el desgraciao de Juan Pedro y... ¡dista dándole patás, ciego de coraje, creyendo firmemente que el zagal se encontraba borracho perdió, sin poderse remover!

Harto ya de batallar con él y desengañao de que su hijo no se despertaba... ¡qué se había de despertar! va y echa su cuenta y, como era un hombre de tantos bríos, coge, sin más ni más, al mozo de un brazo y echádoselo a pulso sobre el hombro, sale con él de la cequeta, camino del lugar.

Y allá va el tío Ramón... ¡allá va el pobre viejo con su crus a cuestras!...—“Qué hijos! — iba pensando el infelís — ¿no valía más que el Señor se los llevara?”

Cosa de un periquete fué el embocarse el hombre en el lugar llevando su carga... en el lugar que a tales horas, ya cerca de la media noche, de solo y callao paecía propiamente un camposanto...

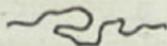
—¡Dolores!... ¡Dolores!... — comenzó a gritar el tío Ramón, en cuanti que se vido cerca de su casa. — ¡Sal y verás cómo trayo al sinvergüenza de tu hijo!

Y la tía Dolores que ya los estaba aguardando con el alma en un hilo, salió sin rechistar palabra, dejando asina que se desahogara el tío Ramón, que volvió a echar venablos por su boca, al mismo tiempo que entraba en la casa y dejaba a su hijo tendido en el suelo y a la lus del candil...

Pero ¡quién lo pensara! al dar la lus al nozo, vieron los pobrecicos viejos la cara de su hijo, blanca como la cera... los labios, amorataos como lirios... los ojos, abiertos que se esjarraban!...

· · · ¡Qué alaríos!... · · · ¡En ala acudió tó el pueblo!...

¡No es pa dicho ni pa imaginarlo, tan siquiera, aquel cuadro de dolor!..."



Hora de paz

HE entrado a descansar en el “Huerto de los cipreses”... He pasado, empujando la ancha puerta parador, que se hallaba entornada como siempre, y me he encontrado en la parte espaciosa atajada dentro del mismo huerto para la casa y el averío. El huerto es hermoso, amplio, abrigado y espeso de follaje. Ya dentro, vemos la casa enfrente con sus dos altos y oscuros cipreses a la izquierda, con sus poños a la puerta, con su suelo de traspol, con su cantarita rezumante colgada debajo de la parrá que comienza a borrar...

A nuestra espalda tenemos un porche y un pajar; a la derecha un cañizo enrejado

de fina caña pelada, el cual dá acceso al huerto por una puertecita enverjada, también de madera y cañas finas.

Dentro de aquel recinto se respira sosiego, confianza... Nadie nos ha preguntado todavía a donde vamos; no hay mastín ni perro alguno; las gallinas cacarean a la espalda de la casa; una llueca que pisa y picotea gravemente, lleva sus polluelos de un lado para otro; las palomas revuelan en el tejado; y un gato negro que se despereza al sol sobre una sillita de asiento de sogas, nos acoge maullador y gazmuñero....

Entonces aparece la tía Dolores a la puerta de la casa:

—¿Es usted? — nos dice tranquilamente —buenos días.

—Sí, señora: yo soy. Buenos días.

—¿A dar un pasco?

—A gozar esta hermosura de día. Salí muy temprano y he entrado a descansar.

—Es usted muy dueño. Tome usted una silla.

—No, no; mejor aquí en el poyo; muchas gracias. ¿Y el tío Paco?

—En la ceña. Tó el santo día las vacas trabajando sin parar, y el agua que sacan siempre es poca. Este huerto es muy grande. Gracias a que el venero de la ceña no tiene fin.

—Es una agua muy buena.

—Sí, señor; ya vé usted: aquí no bebemos otra; es dulce y fina; y en el invierno sale tan caliente, y en el verano, fresca como la nieve...!

—No hay más que ver los naranjos de este huerto para saber lo que es el agua... ¡qué árboles!... ¡esto es un paraíso!...

—Y no diga usted los naranjos: tó lo que se siembra!

—Y tiene fama el agua de la aceña.

—Que si tiene!... es muy nombrá!... Vienen a llevársela en cargas desde cuatro leguas a la reonda, y no tiene igual pal dolor de estómago y otros males.

Se oye lejos la dulce lamentación de la aceña... Lamentación de la vieja y reseca madera de la tosca y pesada rueda...

--¿Y Pepica?

--¿No la vé usted?

--¡Ah, que está aquí!

En efecto, Pepica, la hija de la tía Dolores, una muchacha de dieciocho años, huertana, pero fina como un coral, sale de la casa y se aproxima a nosotros sonriendo...

--Buenos días, Pepica ¿Qué tal?

--Ya vé usted—me contesta Pepica haciendo un gesto de modosa ingenuidad.

--Con su permiso, voy a seguir tragi-

nando—dice la tía Dolores, entrando en la casa.

—Usted es muy dueña, vaya usted con Dios—le digo.

Pepica trae una labor de costura y, sentándose en la sillita de asiento de sogas, se pone a trabajar.

—Conque ¿qué tal, Pepica?

—Ya vé usted—me repite sonriendo... Sonriendo con una dulcísima sonrisa melancólica que pone en su rostro de imagen de retablo una expresión de dolorosa confianza...

—¿Y aquel hombre?—le digo.

—¿Aquel hombre?... — me mira fijamente y contiene una explosión íntima.— ¡Vaya bendito de Dios!... para mí ha muerto!...—Inclina la frente sobre lo que cose y parece ausentarse... Se abstrae un momento... ;quizás sigue la imagen de aquel hombre que para ella ha muerto!...

—¿Pero resultó verdad que tenía otros amores?

—Sí, señor; me engañaba y por eso lo despaché.

—Pero tú lo querías.

—Lo quería y...

—Lo quieres! ;No es eso?

—No se lo oculto a usted... yo no llevaba su falsedá ;pero antes muerta que volver a mirarlo!... ;me hubiera hecho

desgraciá!

--¿Y lo olvidarás?

--Haré por olvidarlo...—dice sonriendo de nuevo melancólicamente.

Guardamos silencio.

Llega hasta nosotros la quejumbrosa voz de la aceña, como voz de una alma triste....

La tía Dolores ha sacado la comida de los polluelos y los llama.

Un muchacho rezador de oraciones, con su zurrón al costado, llega a la puerta del huerto y dice plañideramente:

--Ave María Purísima!

--Sin pecao concebía.—Contesta la tía Dolores.

--Buena mujer, quiere usted que diga una oración?

--Cualas sabes?

--Sé muchas: la del niño Jesús, la de la Virgen, la de los afligidos, la de las buenas almas, la del perdón...

--Que diga la del perdón, madre—interrumpe Pepica.

--Pues anda, dí la del perdón.

El muchacho, desde la misma puerta parador, canturrea con voz dolorida:

La Calle de la Amargura
cruza la Virgen bendita:



UNA RAMBLA SECA

© Ayuntamiento de Murcia



ORIHUELA. — EL RÍO CASI AGOTADO.
© Ayuntamiento de Murcia

llorando vá tras su hijo,
llorando a lágrima viva!...

El hijo de Dios arrastra
la cruz muerto de fatiga:
lleva cordeles al cuello,
lleva corona de espinas...

Los piés descalzos le sangran,
sangra su frente divina...
¡deshecho en amor hermoso,
dá por los hombres la vida!

Hasta el Calvario los hombres
lo llevan y sacrifican:
en un madero enclavado,
Dios, nuestro Señor, espira...

Se muere de sé, y los hombres
le dán hiel en su agonía...
¡Perdónalos, Rey del Cielo,
dales tu gracia divina!

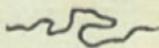
Amén!

La tía Dolores dá al muchacho un pedazo de pan que ha sacado de la casa, y sigue traginando.

Pepica cose ensimismada... quizás está ausente.

Y en aquel ambiente de paz y de so-

siego, de cielo purísimo y de virginal perfume de azahares que llega del huerto, se escucha la quejumbrosa lamentación lejana de la aceña, como otra oración!...



Medina fiel

... Medina ha transigido con el consonante... ¡como que escribe sonetos!... El poeta se ha hecho orador..... También lee públicamente sus poesías!... El poeta, el orador Medina, sigue defendiendo la emigración como una medida salvadora de España... solución de poeta... ¡Ah, Medina! ¿Qué pensarás tú ahora de la huerta de Murcia?

(Fondo de "La Tierra", de Cartagena, 20 Octubre de 1908).

Mis queridos amigos: no alarmaros.

Medina es, en estas tierras de América, absolutamente el mismo que era entre vosotros.

Mis sonetos fueron tres de compromiso, no los he publicado todavía..... Pepe Vaso, que cree poco en Santos, hizo unos versos para cantárselos a la Virgen de la Caridad... Eso en el fondo de las cosas no es nada.

Mi conferencia (hasta ahora única) también de compromiso (aquí casi son ineludibles las conferencias) fué escrita y leída, como los discursos de Unamuno.

Mis lecturas de versos, esas sí: son voluntarias y deseo la ocasión de ellas: prefiero degollarlos yo a que otros en mi presencia hagan la heregía... siquiera, en mi ternura por los que son hijos míos, hago por ser lo menos cruel posible...

Sigo defendiendo la emigración, sí: pero no con el aspecto de medida desesperada que se le atribuye ridículamente, sino como medida saludable de expansión provechosa y de común y general beneficio para todos. Todos los pueblos han sido y serán emigrantes; los que no quieran serlo lo serán un día a la fuerza. Hay tierras demasiado pobladas: la vida en ellas es estrecha; y hay tierras poco pobladas en que se vive con desahogo. Hay pueblos que envejecen y pueblos que nacen: esto es to-

do!

En cuanto a lo que pienso de la huerta de Murcia; en cuanto a mi sentimiento por el terruño, os lo dirán algunos trabajos que os envió saturados de una dulce melancolía que llena mi alma ¡aquí tan lejos! más que nunca: la murria!

Genio y figura hasta la sepultura: Medina es el mismo de siempre, y enseguida habíais de reconocerlo si llegárais y me vieseis. La misma vida de trabajo, de forzoso aislamiento, me conserva en mis inclinaciones y en mi carácter.

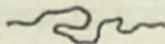
Con que no temais: no he de traicionar mi nombre de poeta murciano (?) popular, aunque bien pudiera probar fortuna en otros campos por varias razones:

1.^a—Hice y terminé mi labor de poeta en la vieja patria: ahí está mi libro "Poesía".

2.^a—Hice igualmente y terminé mi labor de dramaturgo: muchos de gran fama no escribieron nunca nada comparable a "La sombra del hijo".

3.^a—La patria no ha hecho nada absolutamente por el poeta...

Que... ¡qué pensaré de la huerta!... Ternuras pienso... murria siento!.. ¡Ella sí que, por mí, Madre dejá, ni siente ni padece!...



Cartagenerismo



UNO de nosotros ha recibido una carta de Vicente Medina, una más en la que, como siempre, el enorme poeta pone de manifiesto el talento y el genio que le distingue. (¡Dios mío!) Vicente Medina, aun faltando de esta Cartagena de sus amores ya muchos años, presente sin embargo sus necesidades, darse cuenta como si en ella viviera, de la gran reforma que requiere para hacer de ella una gran urbe, y sobre todo, es un caso maravilloso de su intuición; traza un plan de mejoras, ejecutadas unas, por ejecutar otras, idéntico al que mueve nuestros

entusiasmos y acicatea nuestra labor. Y es que Medina es nuestro y es, como nuestro, cartagenero amante de Cartagena que piensa en cartagenero.

Hé aquí su carta:

“Rosario 27 de Enero de 1916.—Amigo Piñero:...

Me dicen que Pepe es Alcalde de Cartagena: me alegro si ha de hacer una alcaldada por minuto. Yo en su lugar, y teniendo la mayoría de los concejales, en cuatro meses revolvía Cartagena de arriba a abajo. Hagan vertiginosamente mejoras positivas dando trabajo a los obreros y haciendo de la ciudad una taza de plata.

Consigan de Guerra el castillo de la Concepción, expropien en la Muralla y hagan una cosa bella de esas lindas alturas, mirando al puerto. Higienicen: hagan febrilmente un buen alcantarillado, traigan aguas e inunden la ciudad de fuentes y jardines; pongan profuso alumbrado, multipliquen las escuelas, hagan mercados y establezcan un cuerpo de seguridad y agentes de orden público que sea la flor y nata de la corrección y de la decencia. Y si hay consumos todavía, quémelos el Alcalde a la cabeza de su pueblo.”

Cuando Vicente Medina reciba este periódico, ya sabrá que ha expuesto el mis-

mo programa del Alcalde y que ha comenzado a realizarse casi en todos sus extremos.”

“La Tierra” - 29 - II - 1916.

DE LA TIERRA DE CARTAGENA.—

UN TELEGRAMA DE MEDINA

Vicente Medina, nuestro gran poeta, que hoy pasea sus nostalgias por aquellas tierras lejanas de la Argentina, nos dirige un telegrama reflejo de su entusiasmo y alegría al leer en “La Tierra”, que acabará de llegar a Rosario de Santa Fe, las noticias del triunfo enorme de sus amigos de esta casa.

Nos imaginamos la sorpresa—era pesimista y no creyó nunca en nuestro triunfo, — y la extraordinaria satisfacción del poeta, al abrir el paquete de “La Tierra” que periódicamente le envíamos y echarse a la vista aquel título—¡Waterloo electoral!—con que encabezamos la crónica de los sucesos del día 12 de Diciembre. Y el poeta, lleno de alegría, emocionado, pensando en nosotros, **viendo**, a través de tantas leguas de distancia, la resurrección de

Cartagena y nuestra gran satisfacción, fué
al telégrafo y escribió:

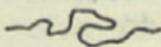
La Tierra.

Cartagena.

Leí. ¡Avante, héroes!

Medina.

Avante vamos, poeta. ¡Por la Libertad
y por Cartagena!



Viajando con el dedo

MI querido amigo: Voy a contestar a sus preguntas.

¿Que cómo yo, con mi nombre literario, me estoy metido en Rosario de Santa Fé? ¿Que por qué no me voy a Buenos Aires? Pues, precisamente porque amo de verdad la literatura. En Buenos Aires, a menos que viviese retirado en el campo, haría yo una vida menos íntima y, de esa menos vida interior y reconcentrada, resultaría menos literatura. Es como cuando se extrañan de que yo me ocupe en un escritorio mercantil y de que así pueda hacer versos: yo creo que me atrofiaría más literariamente trabajando en la redacción de un periódico y hasta dedicado a la cátedra. Los guarismos mercantiles dejan en absoluta libertad a mi musa caprichosa, y en un periódico no sería así: todo se lo exigirían a ella en beneficio de cosas más desagradables y prosaicas que los guarismos mercantiles. Y en la cátedra tampoco hay libertad... ¡Y ay de nosotros, los que padecemos esta en-

fermedad de las ideas, sin libertad para emitir nuestro pensamiento! Duele el pensamiento contenido, encadenado.... ¡qué dolor!

Nó, amigo mío: a mí que me esclavicen y que me exijan lo que quieran; pero a mi amor, a mi musa, a mi reina, que nadie la toque.... viva suelta, voluntariosa, caprichosa.... Yó sí: quiero ser esclavo y venderme; pero por ella y por su divina libertad!

En cuanto a vivir entre intelectuales, también tengo mi reparo. Nada, para mí, más exquisito que el trato con persona intelectual o sentimental; pero desgasta mucho, mental y sentimentalmente, la vida asídua entre lo que se viene llamando sociedad intelectual. Un relativo aislamiento nos conserva más naturales, más enteros.

¿Que por qué no junto mis ahorrillos y me voy a España, a la huerta, a cantar entre sus naranjos? ¿Que este alejamiento mío de la vieja patria, que parece desvío, se aviene mal con el cantor de "Murria"? ¿Que también en la Corte de España yo podría ocupar mi puesto?

Le diré: Todo eso difiere de mi sentir y pensar cosmopólita y de mis convicciones hijas de una esperiencia sencilla y verdadera. Es más importante de lo que parece la estabilidad, el reposo, el orden. Bueno que

alguna vez se corra una aventura; pero no es aconsejable el trastorno del hogar y de la vida metódica, para andar de Ceca en Meca y como el caracol con la casa al hombro y en trenes y trasatlánticos antipáticos por la vida social estúpida que se hace en ellos, y comiendo basura en los hoteles y yendo uno a su tierra a exhibirse vanamente y a sufrir viendo caciquerías y sotas y beatos hipócritas y pillos y usureiros sin entrañas. ¡Nó! Yo me asomaría a mi España, a mi huerta, pero sin que nadie me viera y sin ver yo la miseria moral de tantas gentes infelices, ignorantes, obcecadas, malas, ciegas... Me asomaría a los valles, a los ríos, a las montañas, a los huertos, a los poblados con sus pobladores humildes... Correría por los barrancos y por las pinadas y por las llanuras verdes de los sembrados, y viviría la vida intensa de esa naturaleza de que he nacido y en que vivo y viviré, aunque de ella me separen miles de leguas... Pero como no puede ser así, busco mi tierra en mi corazón, donde la encuentro siempre, y desde mi corazón me asomo a mi España y a mi huerta, y corro por las orillas de los ríos y subo a los cabezos y me pierdo en el paraíso de los huertos...

¡Desvió de su tierra el cantor de "Murria!..." ¿Pero qué más prueba de mi

acendrado cariño por el suelo en que nací y por el primer cielo que vieron mis ojos, que casi toda mi obra literaria, que no es otra cosa que un grito de efusión y de ternura y de tristeza de amor?

¡Oh, viajar! Yo tengo la ilusión de los viajes. No solamente iría a España, sino a muchas partes del mundo. Pero la ilusión es una cosa y otra cosa la realidad. Agetreos, gastos, abandono de asuntos, trastornos económicos, complicaciones inesperadas, enfermedades y vicisitudes léjos de nuestro hogar y de los nuestros... Hay que pensarlo mucho!

Por eso hay un sistema de viajes, adoptado por mí con entusiasmo, y que lo recomiendo por lo cómodo y barato: leo viajes, miro láminas, voy al cinematógrafo especialmente y sobre todo a ver las películas tomadas directamente de la naturaleza en países desconocidos... En invierno, bien calentito, viajo por las nieves, subo a los altos picos, cruzo los hielos polares... o en verano, indistintamente, según me lo pide el gusto. Y atravieso los desiertos africanos, sigo emocionantes cacerías en las selvas, remonto los caudalosos ríos, contemplo sus cataratas, surco en submarino el fónido de los mares, corto los aires y bebo los espacios en areonave...

Es muy bello viajar así, teniendo a nues-

tro lado una persona amada y tierna que nos sonríe y que nos prepara una tacita de caf e caliente y aromático...

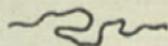
Y el colmo de la ilusión es lo que yo llamo "viajar con el dedo".

Antes de partir de España para América, tuve una temporada febril con la obsesión de los viajes.  A dónde iríamos? Mi deseo vehemente era partir h acia América, correr la aventura de América.  Pero a qué parte de América nos encaminar amos? Aquí estaba la indecisión: en Chile ya se hallaban mi madre y algunos hermanos míos; en el Brasil tenía otro hermano del que no sabíamos desde hacía dos años; en el Uruguay, en la Argentina, en el Paraguay, en Colombia, en Méjico, yo tenía cariñosos amigos que me animaban a correr la aventura... Y yo, indeciso, pesando ventajas e inconvenientes, con un mapa delante me dedicaba a "viajar con el dedo"... y remontaba el Amazonas buscando a mi hermano Alfonso, o recorría los Andes buscando un pueblecito que se llamaba Panulcillo, donde estaba mi madre con mis otros hermanos en unas minas de cobre.... o bien daba saltos por Méjico, o subía por el Magdalena para acercarme a Bogotá, o iba, aguas arriba, desde Montevideo a Buenos Aires y a la Asunción, par ndome a contemplar las cataratas del Iguazú...  En-

tonces, qué lejos, qué fantástico todo esto, y con qué facilidad yo recorría Centro y Sud América, desde Méjico al Estrecho de Magallanes, "viajando con el dedo"!...

Leyendo viajes suele calmarse, a veces, la fiebre de viajar. Una vez que leí a Lorrain se me quitó la ilusión de Niza ¡cuánta porquería social! Gómez Carrillo me quitó la ilusión del Japón: las calles de los pintorescos pueblos enlodadas de aguas de jabón y tirados en medio del arroyo cajones vacíos, tinas de lavar... Zola me calmó las ansias de ver Italia: la peste de los mendigos y en el bello Nápoles algunas gentes sacándose al sol los piojos... Londres, la niebla y el hollín de los muelles... Suiza ¡todo fondistas!... París ¡todo quincalla!... Berlín ¡todo guerra!... New York ¡todo comercio!...

Yo tendría más ilusión de viajar por el mundo... ¡pero si no hubiera gente! ¡Oh la gente, rutinaria, estúpida, llena de necia vanidad y ruín de sentimientos! Prefiero desde mi chirivital, rodeado de mis silenciosos y finos amigos los libros, y con la compañía de esta dulce persona que me sonrío y que me prepara una tacita de café, "viajar con el dedo".



¡Pobre patria!

Añoramos el patrio hogar... Espíritus soñadores y aventureros, abandonamos el rincón de la tierra natal y, ya cansados de aventura, en el ocaso de nuestra juventud, con un poco de frío en el alma, deseamos volver al rinconcito que vió el alborar y el medio día de nuestra vida...

Pero... dudamos: dudamos de nosotros y de las cosas: tememos la inconsistencia de nuestros idealismos... ¡tememos la realidad implacable!

De la patria habíamos salido decepcionados de algunas cosas... A falta de actuales y propios méritos se vocingleaba la tradición, nuestras hazañas, nuestras gran-



EL POETA Y SU HIJA JOSEFICA

dezas, hasta levantar los estómagos... Los desmembradores de la patria, cínicos, apáticos o impotentes, invocaban con imbecilidad suma o con una desvergüenza insultante, la sagrada integridad de nuestros territorios y pedían sangre y dinero al pueblo cándido e infeliz... Se votaban leyes de restricción intelectual y de aniquilamiento económico... Un abandono suicida, una puerilidad cursi y una falta absoluta de sinceridad eran la característica de todo...

Y ahora, al sentir el anhelo del retorno, nuestras ansias ensoñadoras y nuestra razón curtida en dura experiencia libran rudo combate:

Nuestras ansias nos empujan al querido rincón: Aquel rincón de provincia en donde todo nos es habitual... Iremos a la peñita aquella, tomaremos aquel café servido por aquel mismo mozo que nos conocía y trataba familiarmente... Oiremos charlar aquellos viejos amigos, charlaremos nosotros, contaremos nuestros viajes, nuestras aventuras... el mozo sonriente, ingenuo, asiste también al relato, quizás toma parte en la cháchara... En el café a penas hay dos docenas de personas, forman corro a nuestra mesa, son todas caras conocidas que nos sonríen amablemente... nos sa-

ludan... — “Ya está por acá?... Caramba, caramba!...”

Y aquel demonio de Fulánez, aquel que siempre nos hacía reír con sus gracias y sus ocurrencias, suelta un chiste que nos hace romper a todos en una carcajada... Entonces deja su mostrador el dueño del café y viene hasta la tertulia a reír también... Y del callejón inmediato, en donde un hombre dá vueltas y vueltas al tostador y atiza la lumbre, viene un olor riquísimo a café tostado... y el pianista del café, que es el mismo de hace veinticinco años, preludia para saludarnos y sorprendernos aquella nuestra sonata predilecta de los lejanos días de la juventud...

Y también queremos ir a la aldea... y quedarnos embebecidos en el relato de viejas historias... caminar por las solitarias alamedas... vivir las rancias costumbres y la vida confortable y sencilla... Queremos adormecernos en un discurrir tranquilo de los días que nos resten de vida y descansar hasta la muerte, huyendo y olvidando toda lucha, en un dulce reposo de inalterable paz!...

Esto queremos, esto anhelamos; pero la razón con sus tristes experiencias, y la realidad despiadada combaten el ensueño.

La razón nos hace recordar cómo quedó la patria, cómo quedó la aldea, cuando sa-

limos de allí... Ante nuestra imaginación desfilan los sucesos, las noticias recibidas, vemos el añorado país en su situación actual... La realidad descubre ante nosotros, emocionados, doloridos, una por una, todas sus llagas:

¡Pobre patria!... ¡pobre país de nuestros ensueños!... pobres ensueños nuestros!... cómo volver a tí! cómo volver a vosotros! qué va a quedar de vosotros cuando a vosotros volvamos!... ¿En dónde estará la paz buscada? ¿En dónde estará el anhelado perfume de la vida?...

¡Pobre patria llagada!... ¡Pobre ensueño vencido por la horrenda visión real!...

Vas a la guerra... ¿vas o te llevan?

Qué ideal defiendes?... ¡tienes acaso, ideal!

Y sangras y te inmolas!... ¿en holocausto de qué?

Desembarcan regimientos y regimientos en las inhospitalarias costas del suelo africano.... A la sombra de las banderas y al amparo de los soldados, desembarca el material de minas de una poderosa empresa cuyas acciones se pondrán en alza empapándose en sangre y cuyos accionistas veranean en aristocráticas playas y tienen en su vida de ahitos y hastiados una nueva distracción en las noticias de la guerra...

Y en la desangrada patria los más res-

pensables son los más irresponsables: dicen que gobiernan, y aherrojan y encarcelan y amordazan y torturan y ajustician y ahogan las ideas de libertad y los gritos, emborrachando a las masas con patrióticas exaltaciones teatrales ajenas a todo espontáneo sentimiento, y con gritos entusiásticos de ¡Viva... esto!... ¡Viva... aquello!... que no son gritos de ¡Viva!... sino gritos homicidas, gritos de ¡muera la voluntad nacional!

¡A qué ir! Oh realidad, vences al ensueño y lo aniquilas ensañándote en él!... ¡Oh realidad, torturadora y cruel como esbirro con casaca de personaje!...

Sí, veo más! Veo la desorganización completa de la patria, el desorden, el abandono, la desidia y la inacción de todos, ante un completo derrumbamiento moral y material... Veo en el alto poder, y luego en las ciudades y en las aldeas, entronizados el caciquismo y la solapada teoría sacristanesca... Veo una prensa que por espíritu de patriotismo o por espíritu económico (salvo honrosas excepciones) guarda medrosa un silencio de vil complicidad... Veo la ñoñez y la castración en núcleos viriles e intelectuales... ¡y veo el más horrendo cuadro macabro de una parte del pueblo que idiota ríe y canta y va a los toros y se divierte, mientras otra parte dá

su vida en holocausto de la libertad, luchando en la brecha o sucumbiendo en el suplicio, y mientras, como reses al matadero, van las pobres tropas a las costas africanas, en tanto que las madres de los soldados, miles y miles de madres, sollozan acongojadas día y noche en una angustia indecible!...

¡Pobre patria!

Desertores

Sin piedad mandas tus hijos
a la guerra a que se maten...
¡cómo se conoce, Patria,
que no eres tú quien los pare!

¡Patria!... ¡ay, pobre patria!... De cosas y más cosas funestas vienen noticias de tí!... ¿Cuándo llegarán nuevas de una verdadera época de florecimiento? de trabajo? de progreso? de sosiego? de bienestar?...

¿Le faltaba otra guerra al desangrado pueblo?...

En tanto, llegan y llegan a estas costas los trasatlánticos abarrotados de emigran-

tes españoles... "¡Allí no se puede vivir!"
— claman.



Las contribuciones, la renta, los réditos...
y la guerra, por si algo faltaba...
¡la sangría suelta
por ande la vida del pobre se escapa!...



—Si con ir a matarnos, se hubiera de
pasar menos hambre... — dicen los po-
bres.

—Pelear por pelear, me parece cosa de
locos o de dejáos de la mano de Dios.

Y sigo escuchando aquellas voces de
buenos patriotas que huyen, suspirando, de
una patria que no demanda su concurso de
obreros para engrandecerse y que les exi-
ge, en cambio, con bien rara manifestación
de afecto maternal, en estéril holocausto,
un constante sacrificio de vidas preciosas.

Dice un anciano, de cuyos hijos uno mu-
rió en Melilla y otro en la Manígua en
guerras anteriores; un anciano que emigra
con otros dos hijos, que también sirvieron
al rey, y una numerosa prole de nietos,

próximos futuros soldados y ya desertores; dice el anciano:

— “Se debe pelear para defender la hacienda o para engrandecerla. Si se persigue la conquista de un territorio, debe ser con miras económicas y prácticas de una buena política de expansión, de progreso, de prosperidad.

Pero ir a matarse hombres y hombres y a tirar millones, desangrando a una nación, arruinándola, por un quítame allá esas pajas o para disputar un palmo de terreno que hoy es tuyo, mañana mío y luego tuyo otra vez, y así toda la vida!...

El suelo de Marruecos está regado, empapado, de sangre española, sembrado de huesos de infelices soldados que fueron otras tantas veces a pelear, ciegos cantando o despiertos llorando, y ¿para qué? No hay un pedazo de tierra africana en poder de la patria que sirva para algo práctico y útil, ningún refugio para los que tienen que emigrar de la península, ningún pedazo de terruño que, cultivándolo, explotándolo en algún sentido, dé el pan que ha de negarles, forzosamente, la esquilhada, exhausta, madre tierra.

Existe un solo punto de Africa adonde van miles y miles de españoles... en donde viven y prosperan con el trabajo de sus

brazos, con su saber de prácticos agricultores ¡pero este punto no es de España, que tira y tira ciegamente el dinero y la sangre de sus hijos... este punto es la Argelia francesa”.

Con una serenidad trágica, se ha separado de mí el anciano rodeado de su prole de nietos desertores, y han seguido desfilando, con la suspirante queja en los labios, aquellos buenos patriotas que idolatran a su tierra pero que huyen de ella, porque en ella hay gentes que padecen una pavorosa e insaciable sed de sangre!...

Las malas no son las tierras...
la maldá la tién los hombres...

Desfilan y desfilan emigrantes... forman un ejército... ¡el de los derrotados de la paz y del trabajo que van a la victoria!...

Entre los hombres, también pasan y pasan mujeres con cara de españolas y gracia de españolas, madrecitas jóvenes, que cruzan por estas calles, ahora invierno, acurrucando a sus nenes, casi recién nacidos, bajo el mantón... Estos nenes que vivirían allá casi muriéndose de hambre y

que luego la patria, si llegaban a hombres,
los mandaría a otra guerra!...

¡Cómo se conoce, patria,
que no eres tú quien los pare!

La tierra de uno

EL tío Juan ha malvendido su hacienda y ha pillado a su mujer y a sus hijos y se ha venido a América con ellos, jugándose el presente y el porvenir.

¿Y qué iba a hacer el tío Juan?

Son cuatro hijos mozos que iban a comenzar a llevárselos a Melilla para matárselos uno a uno.

Y dice el tío Juan: — ¿Qué tengo yo que ver con Melilla?

El tío Juan, representante genuino del pueblo español, tiene un concepto chocante de muchas cosas:

La guerra? una pillería. Los generales que van detrás de los entorchados, los ca-

pitanes y los furrieles que vuelven ricos a costa de matar de hambre a los soldados, como pasó en Cuba...

Las contribuciones? otra pillería. Embargos y atropellos a los pobres, y los recaudadores se hacen ricos y compran las mismas fincas que embargan. Robos a mansalva.

Y la política? Una manera de vivir. El cacique libra al hijo del servicio, lleva los consumos, es el amo de la luz y del agua, es el que vende, es el que presta, hay que sucumbir a él para todo, y es el amo del pueblo, en una palabra.

Y los curas? otra pillería. Beben, juegan, tienen majas, y ningún hombre manda en su mujer, por buena que sea, porque en las mujeres mandan y mandarán siempre los curas.

—¿Y por eso se ha venido usted a América?

—Por eso. Pero aquí parece que, más o menos, las cosas están lo mismo.

—No tanto; pero hay política, y contribuciones, y curas que mandan en las mujeres, y servicio militar...

—Pero a mis muchachos no me los pueden llevar aquí al servicio.

—No.

—Bueno ya es algo. Si allí quieren defender las minas de Melilla que vaya a pe-

lear con los moros Romanones, que es el amo.

Y el tío Juan, frunciendo el entrecejo, refunfuñó:

—¡Re... contra! ¡Me... ca...chis en la tierra de uno! No es uno amo de su casa, ni de su mujer, ni de sus hijos... Tíos granujas pa engañar al pobre y leyes pa reventar al pobre... ¡Esa es la tierra de uno!



Las verdades del tío Juan

POCOS servicios públicos, son verdaderamente públicos, esto es, útiles a todo el pueblo o a su mayoría. Fuera de la enseñanza, del servicio de comunicaciones y no sabemos si alguno más, ¿qué perdería la nación con que se suprimieran los restantes? ¿Qué perdería con que no hubiera presupuesto de Guerra, ni de Marina, ni para sostener una policía que persigue sólo a liberales y delincuentes de escasa monta, ni para conservar unos tribunales de justicia cuyas leyes e intérpretes no tienen más misión que perpetuar la injusticia histórica vigente? ¿Qué se perdería con que desapareciesen esos inmensos cuerpos de burocracia

cia que, en los ministerios son como los ejércitos de Jerjes, que, por demasiado numerosos, eran estériles en las batallas? El pueblo español, con la supresión de todo eso y más,—no nos olvidemos de la lista civil—se ahorraría cuantiosos millones anuales y, en cambio, quitaría de sus hombros diversos y refinados instrumentos de opresión secular”.

Revista “España” N.º 255.

“Nada hay más hermoso en el mundo que la llaneza y la naturalidad”.

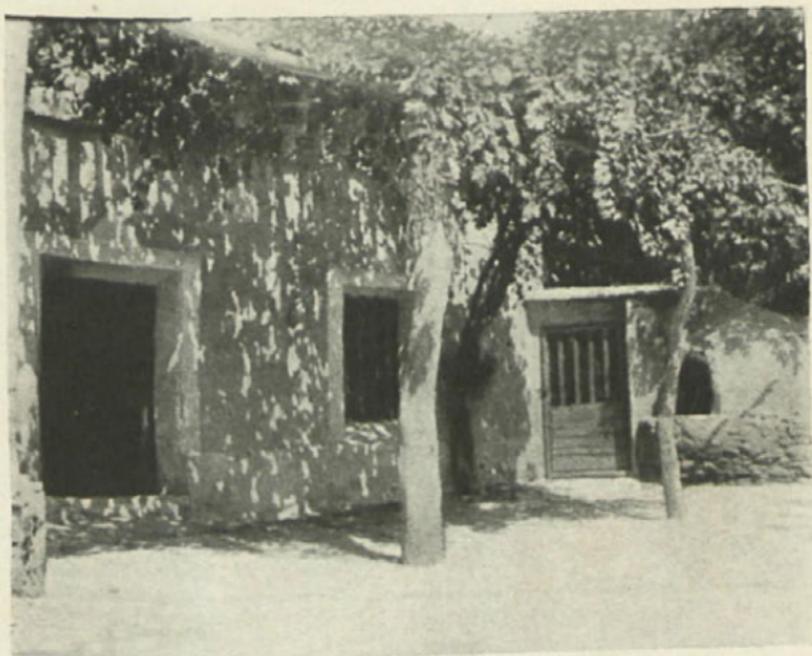
“El que quiera hacer algo humano no tiene que andarse en quebraderos de cabeza: que diga lo que piensa, como lo piensa, y esté seguro de que por muy malo que sea lo que haga, no será peor que lo que haría violentándose”.—Angel Ganivet.

Era un hombre íntegro de luces naturales. Llevaba unas tierras propias, que fueron de su abuelo: una finca grande que pasó de hijos a nietos. Este hombre rayaba en los cincuenta años y era fuerte y equilibrado. Exponía sobre grandes problemas de la vida razones sencillas, sólidas e in-

conmovibles como basamentos de granito. Le gustaba leer, o mejor que le leyesen e ir razonando sobre lo leído, y solía decir:

Estos hombres que escriben son listos; pero más que en decir claramente lo que piensan, ponen su talento en decirlo con vueltas y arrodeos.

Así, son pocos los que pueden entenderlos y con trabajo, seguramente. A mí me parece que la cosa más grande de este mundo, pensándola un hombre, la puede decir claramente para que la entiendan los demás. Lo que se sabe bien, lo que se siente bien, se dice claro. Si esas cosas enrevesadas las entienden solo unos cuantos como ellos, no merecen la pena de ponerlas en los papeles que ha de leer todo el mundo. Y más obligación tienen de ser claros y de llamarle al pan, pan, y al vino, vino, cuando hacen de pastores que guían la majada. Después de poner todos mis sentidos en la lectura he podido entender con dificultad que el que escribe quiere decir que la nación se gobernaría mejor sin diputados y senadores porque éstos son hechos por los que gobiernan y no por los gobernados. Parece que podríamos ahorrar el trabajo y el gasto de esos malos comediantes. Otro escritor manifiesta que no está conforme, y quiere decir que esos diputados y senadores son como los maniqués vestidos de frac





LA BARRACA... LAS PALMERAS, REINAS DEL HORIZONTE...

© Ayuntamiento de Murcia

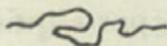
en las sastrerías que, quito la ropa, ni tienen sesos ni nada.

Pues que lo digan claro. Que digan que esos representantes del pueblo no lo son legítimamente y que además son unos ceporros, sin un dedo de frente y limpiachaquetas y criados adulones y lamesuelas de las camarillas de reyes y ministros. Que digan que para representar al pueblo hacen falta hombres de talento, de prestigio, y, sobre todo, de buena voluntad, verdaderamente nombrados por el pueblo. Y si hace falta tirar de una patada todo lo existente se tira y punto concluido. Y así sucesivamente. Creo que para decir claras estas cosas no hacen falta filosofías.

Habiando, después, de la guerra actual dice este hombre:

—Vamos a ver: Andan los papeles con el lío de si España debe o no debe entrar en la guerra... ¿pero quién se ha metido con España? En cambio, muchas veces que se han metido, han arreglado las cosas, como mujeretas, los que danzan en estos negocios. Ya por varias veces los gobiernos han arruinado al pueblo para comprar y hacer barcos de guerra y, según malas lenguas, amén de haber rapiñado y malgastado, no tenemos que sirva para el caso ni una ma'a barquichuela. Estamos con Marruecos, y tres cuartos de lo mismo: vayan

hombres y vaya dinero y allí somos los amos de cuatro chumberas, mientras les untamos con dinero a los santones y jefes de kábila y mientras los moricos quieren estarse quietos. Cada uno es como Dios lo ha hecho y yo creo que España y, mejor dicho, cada español debe estarse en su casa sin ir a la fuerza al servicio militar y sin arruinarse para comprar barcos y otros embustes... Y cuando llegue el caso, lo mismo los alemanes que los otros, los que quieran tomar a España, que vengan! Una cosa es la guerra de los soldados y otra cosa la guerra en que cada uno defiende su casa y "su tierra de verdad".



El habla será la patria

HACE unos trece años cuando por vicisitudes de la vida empezó a emigrar mi familia, incluso mi anciana madre, escribí este artículo que también es de un ansia de paz, viendo hoy avalorada la teoría que en él apunto con el trabajo profundo del señor Unamuno, "El inglés y el alemán", en el que leo esta frase: "Se pelea por la personalidad, se pelea por la lengua, que es la verdadera nación".



—Pero allí hablan español ¿verdá?—me preguntaba un hombre de los que iban a

partir para Chile, en la expedición que salió de Cartagena en 3 de Diciembre de 1906. Era un hombre de unos cincuenta años, minero de profesión, picador barrenero, había sido huertano allá en Algezares donde llevaba una tierrecica... Luego se pusieron las cosas tan malamente que hubo que venir a la sierra... y ahora la sierra está muerta "y hay que ir ande Dios quiera porque, por encima de tó, hay que vivir". Y este hombre pone en su pregunta un dejo de consoladora esperanza que torna melancólica la amarga expresión de aquel rostro en donde puede leerse la página triste: tiene su mujer, de la misma edad que él, una hija que se le casó muy joven, cargada de críaturas y pasando miserias y trabajos; otra hija soltera y un muchacho de unos catorce años que ya trabaja en las minas, matándose.... "Y no es lo peor eso, dice, sino que no hay trabajo.... falta el pan... vamos en cueros... ¡y ande se han comió tó lo que uno ha ganao, ande se han quedao con el sudor de uno, no fían un "chavo", ni dan una sed de agua!" ..Así las cosas, se ha sabido que reclutaban mineros para Chile, y aquel hombre ha pasado unas horas terribles abismado con la cabeza entre las manos, dándole vueltas a la desesperada situación de su casa y a la salida única por aquel camino a través de los

mares... ¡aquel camino tan largo... sin vuelta quizás!... Luego se ha erguido resueltamente, ha cogido la manta y ha dicho: "¡Voy a apuntarme!"

La mujer y la hija soltera han asistido llorosas y en silencio al drama interno: sabían lo que pensaba aquella cabeza, las vueltas que le estaba dando a las cosas, aquella locura y aquella desesperación en que se hacían los sesos agua... Se han levantado también desesperadas y se han puesto delante de él.

— No, no te vas! Nos moriremos de hambre, saldré a pedir limosna!—dice su mujer.

—No, padre, no se vaya usted, no le vamos a ver más!

En esto, ha llegado la hija casada con un pequeñuelo en los brazos; ha llegado también el mozuelo, el hijo, que tampoco trabajaba aquel día.

—Padre de mi alma, no se vaya usted, no se apunte usted!—dice la hija mayor.

El mozuelo replica:

—Pues hace bien en apuntarse, y yo con él! a la fin del mundo!

—No, tú, por el pronto, no; después, ya veremos—responde el padre, marchándose afectado.

Las mujeres quedan desoladas llorando

a lágrima viva, y el mozuelo refunfuñando:

—No lloren ustés más! No hay que llorar sino tener alma pa hacerle cara a tó. Yo, si no me lleva el padre, me iré solo!...



La misma página triste puede leerse en los rostros de los demás que acuden a la agencia de emigración, desalentados, abatidos, desesperados...

Y el hombre, una vez apuntado en las listas de emigrantes a Chile, torna a preguntar:

¿Conque allí hablan español?

Y al contestarle de nuevo afirmativamente, al asegurárselo rotundamente, se explica, suspirando, con aquel dejo de consoladora esperanza:

—Verá usté: en toa casta de hombres los hay buenos y malos; pero consuela el ir ande el habla es la nuestra: paece que, por aquello del habla, se han dē apiadar más de nosotros; se siente en cierto modo, la confianza de ir ande se tiene familia; y hasta la tierra por remota que se encuentre, si es nuestra habla la suya, ya no nos paece tierra extranjera!



Si, el habla es la patria, el habla será la patria!...

Del barco de emigrantes, un hombre joven de corazón animoso, en el momento de zarpar y al ronco son de la sirena, se arranca con esta copla:

La Virgen del Pilar dice
que no quiere ser francesa,
que quiere ser capitana
de la tropa aragonesa (1).

Aquel barco, al desatracar del muelle, parece un pedazo de patria que se desprende y camina sobre el mar...

Y en la inmensidad del oceano, cuando la obscuridad o la niebla borren el pabellón nacional y hasta la silueta de la nave, quedará como soberana y única personificación de la patria, caminando fantástico sobre las olas, aquel cantar!...



El habla es la patria: Yo he visto en los cuarteles formar grupos los soldados,

(1) Popular

según sus dialectos. El lazo fraternal más fuerte era el habla. (1)

Y por el contrario, motivo de rivalidad entre grupos, el habla distinta. (1)



La patria es el habla: He visto a unos franceses en un hotel español celebrando una conmemoración de su país, una fiesta. Había en el grupo una cosa por encima de la conmemoración y de todo: el habla que los unía, que los exaltaba, que los confraternizaba...

¡Oh, verbo, espíritu de los pueblos, característica y personificación de los pueblos, dulce lazo fraternal!

¡Oh, tierras hermanas, por vínculo de lenguaje siempre españolas!

¡Oh, poetas de América, poetas hermanos, engarzadores del habla española en aquellas remotas tierras, apóstoles del habla que vais por el mundo haciendo su religión: yo os sigo, yo recorreré también mi Galilea haciendo la exaltación del verbo divino!

Y así haremos patria!...

(1) ¡Cuánto se ha visto de esto al formarse las nuevas nacionalidades después de la gran guerra!



MIS HIJAS Y MI NIETA.



BARRACA MURCIANA Y HUERTANOS, EN ROSARIO DE SANTA FE.

© Ayuntamiento de Murcia

Y si, con mengua de nuestros gobernantes, llegamos a la ínfima expresión de la nacionalidad, si llegamos a la nulidad completa, aun quedará flotando sobre los pueblos, como pabellón indestructible, la personificación española, el habla!

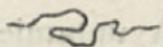
Y en la inmensidad de los mares, ya sin pabellón y sin nave, surgirá la patria en aquel cantar de un pecho español animoso!...



¡Oh, viejo fuerte que vas a América en busca del pan, lleva un beso mío a las hospitalarias tierras!

¡Animo, viejo fuerte! También los que son carne de mi carne han partido como tú... Quizás en tu sendero encuentres a mi madre.... es muy anciana.... ¡bésala!...

¡Adiós, viejo profético murriador del habla!



Hijo predilecto

NUESTRO querido amigo el gran poeta Vicente Medina, actualmente en Rosario de Santa Fe (Argentina), acaba de ser objeto de honrosa distinción. Archena, su pueblo natal, le ha nombrado hijo predilecto, a instancias del alcalde D. José Antonio Sánchez, acaudalado propietario de la villa.

También el Ayuntamiento de Archena, ha acordado levantar una estatua al que fué laborioso y sabio maestro de escuela del pueblo D. Miguel Medina, padre de

El Pueblo de Archena

de seando · significar · la
admiración · que · siente · por
el · illustre · poeta

Don **V**icente **M**edina

y **C**omás

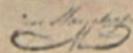
le · declaró · su

Hijo **P**redilecto

por · acuerdo · de · su · Ayuntamiento · fecha
debo · de · julio · de · mil · novecientos · nueve.

El Secretario.

El Alcalde.

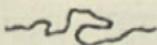




nuestro amigo el afamado pintor D. Inocencio Medina Vera, dar el nombre del maestro Medina a una calle y aumentar la pensión que disfruta la viuda del modesto pedagogo, doña Pilar Vera.

Muy de veras aplaudimos estas iniciativas del Municipio de Archena y muy especialmente de su Alcalde, que honra a su villa, honrando a los grandes que en ella nacieron.

Cartagena—"La Tierra" - 7 - VIII - 1909.



La estatua al maestro

GENERALMENTE hasta ahora, las estatuas, los monumentos (honor a la posteridad) los hallaréis instalados en las grandes ciudades y en sus plazas o jardines más o menos fastuosos... Quizás más que por homenaje de gloria, se hicieron éstos, y así los toma también mucha gente, por complemento y adorno de aquel paseo o plaza, como una escalinata o una columna más o cualquier otro aditamento de piedra o de madera o de mampostería... No

sé si se ha dado el caso de hacer un jardín para una estatua: lo general es hacer la estatua para el jardín.

Además las estatuas se erigen, por lo común, a hombres (raramente a una mujer) a hombres de bien opuestas cualidades: frecuentemente a los genios del arte, más o menos genios; pocas veces a los hombres de ciencia; casi nunca a los hombres buenos y, muy constantemente, hasta el punto de que parezca la honorabilidad un baldón que se quiera perpetuar para escarmiento e ignominia, se bautizan las calles o plazas con sus nombres o se levantan estatuas, a los tiranos y ladrones del pueblo.

No he de negar que hubo grandes tiranos y grandes ladrones casi dignos de la posteridad; pero es que también quisieron e hicieron por encaramarse a ella otros de la misma calaña, pero miserables ramplo-nes de baja estofa: debe haber clases. Por ejemplo: Visitareis alguna vez una de nuestras ciudades, pongamos una ciudad provinciana, y os detendréis ante el nombre de una calle, de una plaza, o ante una inscripción, o ante un aestatua que indefectiblemente vestirá correcta hojalateresca levita...

—¿Quién es este señor? — preguntareis.

—Pues este señor fué (o lo es todavía)

alcalde de esta ciudad.

—¿Y qué hizo?

—Su fortuna. Era el amo de los consumos y otras cosas. Aprovechó bien el tiempo.

—Pero nada más? No era célebre?

—Sí, alguna vez se hizo célebre por su poca vergüenza en los chanchullos, tanto electorales, como administrativos.

—Ah!... Y el pueblo agradecido...

No: en honor del pueblo, la verdad es que el propio señor se encargó la estatua, o la posteridad que sea, claro que pagando con los fondos del municipio.



Pues bien: justo es que apuntemos y celebremos una excepción simpática: un caso que purifica y perfuma el campo de la posteridad gloriosa, en donde se colaron de rondón tantos gansos vestidos con plumas de pavo real, tantas urracas hurtadoras, tantos puercos y tantos chacales y hienas que pusieron al campo pestilente y nauseabundo...

El caso, digno de la crónica y digno de imitación como ejemplo delicado, es el siguiente:

En un pequeño pueblo (en la Villa de

Archena, Murcia) el ayuntamiento, presidido por su alcalde José Antonio Sánchez y a propuesta de éste, acuerda por unanimidad levantar una estatua al que fué durante treinta y cinco años maestro de escuela de Archena: al maestro Medina.

Quizás, lector, sientas vivo interés por saber de las obras o hechos de este maestro, un humilde, cuyas obras o hechos justificarán el merecimiento de la estatua; pues nada: que cumplió con su deber.

El maestro Medina era un hombre sencillo que tenía vocación de maestro. Su nombre era solo el "maestro" y, si fuéseis al pueblecito y preguntáseis así solamente, por él, por el "maestro", os acompañarían hasta una tumba modesta, en el campo-santo: allí esta.

"El maestro, enseña, decían" y era así: enseñaba las primeras letras: nociones, rudimentos, nada más; pero su perseverancia, su obra, su fé de sembrador, estaba en "hacer comprender", en no tirar semilla vanamente. Su afán era que comprendiéramos las cosas: yo era su discípulo también. No era la cosa aprender: era siempre comprender.

En otros pueblecitos de alrededor había algunos maestros que discurseaban mucho, que hacían llevar a los muchachos

muchos libros... Luego los padres se lamentaban de que sus hijos, después de estudiar tanto, no servían para echar una mala cuenta.

Opuestamente el maestro Medina, usaba constantemente un método práctico. No sacaba lumbreras, como él decía, pero sentía vanidad, como buen sembrador que aprovecha la semilla, cuando ponía el ejemplo de una generación de hombres útiles que él había enseñado. Sabían leer, sabían escribir, sabían contar... no sabían mucho de gramática, de geografía, de historia.... "pero el saber no tenía fin" y "yo también—decía el maestro, ingenuamente—ignoro muchas cosas".

Este era el maestro Medina: un hombre que se proponía, como misión redentora, ya que no otro fin más alto, sacar, al menos, humildes hombres de provecho.

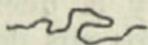
Además el "maestro" enseñaba también con el ejemplo de su vida: era laborioso, honrado y modesto. Y era el "maestro" en todo: componía al piano y hacía la letra para villancicos y otras canciones místicas, ensayaba los coros, dirigía comedias, y preparaba comparsas de buen gusto por carnestolendas. "El Maestro" también medía tierras, hacía particiones y era árbitro en cuestiones de familia. Era una

institución y un algo de patriarca para su pueblo en el cual arrancó lágrimas a los muchachos con sus coscorrones de maestro, y con sus enseñanzas, lágrimas de gratitud a los hombres.

Los que hoy quieren perpetuar su memoria y glorificarla, fueron sus discípulos, y este acto que honra a la humilde villa de Archena, es la propia semilla que sembró el "maestro", que florece alrededor de su nombre y se hace aureola...

Esta semilla dá hombres como el alcalde José Antonio Sánchez y sus dignos compañeros de municipio, que con una exquisita inclinación delicada, tejen coronas inmortales y labran un pedestal para la noble figura de un oscuro y honrado maestro de escuela.

Y, como la humilde villa de Archena todavía no tiene jardines públicos, mi pueblecito, ¡qué orgullo! en vez de hacer estatuas para jardines, dará el ejemplo de hacer un jardín para una estatua; ¡para la estatua del "maestro".



Ciudad habitual

SENTIMOS una vaga melancolía....
Días y días a través del Atlántico, nos hemos alejado de la patria que ha quedado allá... Ya está distante, remota, aquella pequeña ciudad de provincia en donde hemos vivido tantos años... Aquella ciudad provinciana tenía defectos, no era una bella gran ciudad, ni siquiera una linda ciudad moderna; pero nosotros nos habíamos amoldado a ella y la queríamos.... Nosotros vociferábamos sus defectos, los echábamos a los cuatro vientos, a grito pelado, en la mesa de aquel rinconcito de café... pero era por eso mismo: porque la que-

ríamos. Nos habíamos hecho a sus cosas, la conocíamos palmo a palmo; era ya aquella pequeña y defectuosa ciudad, algo nuestro... Si, la ciudad era nuestra; nosotros la conocíamos y la pulsábamos como a un ser querido que vive y sufre a nuestro lado... Conocíamos sus acentos; la ciudad está alegre, hoy celebra tal fiesta, allá suena tal música, eso son salvas, eso son tropas que van de gala... La ciudad despertaba mercantil: se oía una sirena de vapor en el puerto, era tal vapor; sonaba el silbato de la locomotora; ¡ah, sí! es tal tren que ahora parte; cruzaban los carros con un distinto campanileo cada uno, todos conocidos... la voz vibrante de un vendedor pregona una mercancía: "ya es tal hora", exclamábamos; otros acentos agudos y lejanos voceaban el pescado fresco, la fruta, el jazmín... todas eran voces conocidas de todos los días. También llegaban a nosotros, a veces, sordos rumores de huelgas o de manifestaciones tumultuosas: era el acento grave de la ciudad airada que protestaba rebelde de las injusticias, de los vejámenes, de las inmoralidades de la administración pública... Y este acento de la ciudad nos era tan familiar y tan perceptible en las gradaciones más delicadas, que nos lo decía todo, nos lo contaba todo... Bastaba escuchar un instante, para

percibir la queja doliente de enfermo abatido o el grito rebelde de salud y fuerza.

Conocíamos así mismo cada gesto de la pequeña ciudad: si aquella montaña estaba encaperuzada de nubes densas, nieblas pertinaces, era señal evidente de que reinaría tal o cual tiempo; si predominaba el viento tal, tendríamos lluvia, o nos dolería la cabeza, o no podrían salir al mar las lanchas pescadoras...

Todo nos era allí familiar y conocido: aquel viejecito señor es don Fulano, sabemos ahora mismo a dónde va y hasta qué va pensando. Allí se ha detenido un carruaje, es el del médico Zutano, visita tal enfermo, lleva ya tantas visitas... Aquella es tal señora; ya vuelve de misa y ahora va a casa de su hija casada; es su camino de todos los días... Aquellos son los niños tales: van al colegio, el mayor es muy listo, su papá los lleva al teatro los domingos por la tarde... Aquella pollita rubia es la novia de aquel jóven que estudia la carrera de abogado...

Y así todo: sin desvivirnos por saber vidas ajenas, sin ser curiosos, nosotros no ignoramos casi nada en nuestra ciudad, porque ya vivimos allí muchos años y todo en ella nos es habitual...

Si llueve, preferimos pasar por tales calles porque en ellas habrá menos fango, o

por tal acera menos resbaladiza, mejor conservada; si hace calor, conocemos los pasos umbríos y los sitios en donde corre fresco; y de igual modo sabemos de un rinconcito en donde sirven excelente café o en donde guisan unos callos deliciosos o aquellos pescados o aquellos mariscos, y de una bodega en donde venden vino legítimo de Jumilla, de Monóvar o de Valdepeñas y de una tahona en la cual elaboran el pan con el más escrupuloso aseo y en la que tienen la especialidad de unas tortas exquisitas que las venden calentitas a tal hora de la noche.

Todo nos es familiar allí: nos sabemos los escalones de nuestra casa y los de muchas otras; bajamos a obscuras sin tropezar:

—Cuidado, nos dicen alumbrando.

—No se moleste, replicamos, me sé de memoria la escalera, aquí hay un oyito...

Y, como la escalera, conocemos las encrucijadas de la ciudad y los alrededores y las afueras, que podemos reconocer en una noche sin luna.

Además, este conocimiento de la ciudad, esta habitualidad, la hemos extendido a todas las cosas de allí: a sus costumbres, a sus gentes y a su más íntima manera de ser, y sabemos perfectamente lo que hemos de hacer en éste o en aquel trance, a quién

podemos acudir y de quién sacaremos solamente cumplidos y promesas vanas...

Este conocimiento intenso, íntimo, esta habitualidad, nos hace sentir nuestra pequeña ciudad como una vida caliente; y al calorcito de este nido, sin tener presente la sensación de frío y de soledad que al abandonarlo sentiríamos, hemos acariciado el ensueño de volar a otras tierras, a otras ciudades.



Y al fin, un día hemos levantado el vuelo y hemos dejado el rinconcito caliente... Entonces hemos sentido aquel frío, aquella soledad...

Nos hemos encontrado en una ciudad cuya orientación desconocíamos: nos hemos perdido en sus calles; hemos oído acentos y gritos extraños; las cosas han cambiado de nombre y de precio; hemos tropezado con multitud de gentes desconocidas que nos han mirado con indiferencia y de las cuales no sabíamos nada ni teníamos la menor idea de adonde iban ni qué iban pensando, y nos hemos fatigado a los pocos pasos y hemos sentido un profundo cansancio de espíritu, como ave alicaída que se alejó demasiado de sus bosques, de sus montañas, de la vieja cúpula del conocido campanario...

Y este cansancio de espíritu se manifiesta en una profunda melancolía, en la nostalgia del nido abandonado: aquella pequeña ciudad que, con todos sus defectos, nos era habitual...

Entonces comprendemos que si queremos curarnos de aquella profunda mortal melancolía, de aquella nostalgia del nido abandonado, tendremos que hacer un gran esfuerzo para amoldarnos y habituarnos a la ciudad nueva, a los hombres nuevos, a las costumbres nuevas, hasta que consigamos orientación en aquellas calles, caras conocidas entre aquella multitud, acentos familiares entre aquella confusión de lenguas de la Babel y un todo habitual que nos dé la sensación de un nuevo nido caliente.

El triunfo de las naranjas

LEGABAMOS a América a fines de estío; tocábamos en Montevideo en los últimos días de Febrero. Llevábamos veintitantos días de viaje... ¡Veintitantos días de ver alejarse la patria a razón de 16 millas por hora!... La monotonía del viaje a través de la desierta e inacabable llanura del Atlántico; la preocupación del que corre una temeraria aventura; esa impresión de orfandad que sentimos a la llegada a país extranjero; y el espectáculo descon-

solador y constante, a bordo del trasatlántico, de los que abandonan descorazonados la madre patria, nos había ido tornando profundamente melancólicos y la nostalgia, como una flor temprana de almendro en medio de las nieves, daba la nota delicada de nuestro espíritu...

Este era nuestro estado de ánimo a la llegada a Montevideo y una causa bien humilde vino a confortarnos y a hacernos sonreír: en cuanto fondeamos, subieron a bordo una multitud de vendedores ambulantes y, entre ellos, los que más abundaban eran los vendedores de duraznos.... ¡Qué delicia! En aquella tierra habían frutas como en la nuestra... ¡había melocotones!... Nuestra fuerte impresión, nuestro entusiasmo, eran explicables: proveníamos de las tierras cálidas del mediodía de España, en donde la gente vive más de frutas que de carne... ¡en donde bajo el cielo límpido se rinde un culto a frutas y flores!...

—¡Son melocotones, sí!... ¡son blancos! ¡mira qué matiz color de rosa!... ¡Y están dulces!... ¡qué bocado más rico!... ¡Y qué grandes!... ¡qué hermosura!...

Eran así, en efecto: hermosos, espléndidos y, además, baratos... Los melocotones fueron la conversación del día, la alabanza del día y el plato del día...

Evocamos la patria, ya tan remota al otro lado de los mares... evocamos aquella huerta luminosa y riente, eternamente bella y fecunda...

—¿Te acuerdas? ¡Allí sí que había melocotones!... ¡de cuántas clases!... ¡desde aquellos menuditos, muy velludos, hasta los gordos como naranjas, finos y aterciopelados!...

—A mí me gustaban los blancos que tenían, como si fuesen rostros, aquellas mejillas encendidas de color de rosa...

—¿Te acuerdas cuando, de muchachos, los comíamos a mordiscos con pelusa y todo y luego nos rabiaba la cara a picar?

—Sí; pero a mí no me sucedía eso, porque los echaba a un corrental de agua y ¡ale detrás de ellos hasta que se lavaban bien!... ¡Qué gusto me daba perseguirlos brazal abajo!... El agua corría con ellos y parece que me decía jugando y riendo: ¡A que no me pillas! ¡Vaya, que la pillaba!... Y así me comía hasta una docena y me ponía enzarzado de agua y barro, volviendo a casa negro como el tizne del puro chicharrero..... ¡La correría siempre me costaba algunos coscorriones de mi madre!...

Y los durazos aquellos son de este modo la primera sensación agradable en la tierra extranjera, son la nota simpática:

—Mira, yo ya no estoy tan triste: con pan y melocotones paso yo...

Lo mismo que los duraznos, han ido ganando nuestra voluntad otras cosas que nos parecía haberlas dejado allá para siempre y que nos las encontrábamos aquí con nosotros.... ¡sentimos la patria más cerca!... Un día son unos canastos soberbios de encendidos tomates... luego, las uvas, las peras, las sandías que pregonan una magnificencia generosa.... Por último las hortalizas dan una nota alentadora y fresca de esperanza, destacándose entre ellas los grupos alegres de las cabecitas chillonas de los rábanos!...

—Hay de todo, exclamamos, sonriendo cándidamente, como niños un poco asustados al verse lejos de su casa; hay de todo lo de allá...

En esto, comienza el invierno y se cruduce en el espíritu la melancólica añoranza del país lejano...

Un día, sin embargo, nos sonreímos al hallar naranjas, si bien observamos enseguida decepcionados:

—No son como aquellas: tienen mal color y deben de estar agrias.

Efectivamente no eran como aquellas.... y evocábamos aquel emporio de las naranjas allá en la lejana patria.... Aquella nuestra huerta de Murcia.... luego Valencia,

Alicante, toda Andalucía, todo el mediodía de España... Aquel reguero de oro, aquella inundación de Sol de la huerta que desde los frondosos huertos de levante, dejando en andenes y puertos su perfume, llevaba su cálida nota hasta las húmedas calles de Londres...

Evocábamos aquella variedad infinita: las finas de Abarán y Blanca, las de la Sangre, las de Berna, las de la Fusilla, las mandarinas... ¡y aquellas que en profusos ramos adornaban la casa por las fiestas de Navidad!... ¡qué dulces éstas, ya tan maduras, luego allá por Abril!...

¡Oh, naranjas!... Eran y son el emblema de la tierra querida y añorada!

Por eso decíamos:—"No son como aquellas!"

Sin embargo, estas primeras naranjas que vimos y probamos en tierras de América, eran la humilde Anunciación de un gran advenimiento.

Conforme avanzaba el invierno, fueron aumentando las naranjas en las calles y mercados de Rosario de Santa Fé, viéndose por todas partes vendedores del rico fruto... ¡éstas eran cada vez más espléndidas, más doradas, más dulces!...

—Son exquisitas—decíamos al comerlas —pueden compararse con aquellas finas de Abarán y Blanca...

—Dicen que son Correntinas...

—Dicen que son Paraguayas...

Comíamos todos los días y cada vez nos parecían mejores:

—¡Yo digo que son como las de allá!...

—¿Como las de allá?...

Pero fueron aumentando, viniendo cada día más mejores y más baratas... Era una abundancia hermosa, una bendición...

La patria parecía cada vez menos lejana. Había quien aseguraba que las naranjas venían de allá ; que había visto barcos enteros de ellas descargando en los muelles...

Y vimos en los muelles, efectivamente, barcos y barcos que descendían las aguas del Paraná abarrotados del dorado fruto... Venían de Corrientes, venían del Paraguay... Era la inundación de oro, el Sol de la huerta, la nota cálida del mediodía de España perfumando Sud América...

Y el dulce y fresco jugo de estas naranjas nos va calmando la amarga melancolía, la sed de la lejana tierra natal, y nos hace exclamar, saboreándolas, aspirando su aroma:

—¡Qué hermosas!

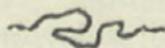
—¡Son como aquellas!

—¿Como aquellas?

—¡Sí, como aquellas!

—¡Claro! ¡Como que son hermanas de
aquellas!...

Los naranjos vinieron como nosotros,
de allá!...



Quién fué "Mi reina
de la fiesta"

"He pensado alguna vez en su matrimonio de usted y su mujer. Pensé en su mujer cuando leí su poesía: "Mi reina de la fiesta", aquella que le aguarda durmiendo eternamente debajo de unas flores. Son dos las que le aguardan. Y allá el amor no es como aquí.

Pensé entonces — digo — en su compañera y hasta deseé conocerla. Se habla mucho de Bea-

triz, pero poco, muy poco, de la compañera del Dante, de la madre de sus hijos, de la que le acompañó en el destierro.

A mí, que me casé con la primera, con la única novia que tuve, me ha preocupado siempre eso de las mujeres de los artistas y los poetas”.

De una carta de Unamuno - 4 - VIII - 1915

Rosario de Santa Fe, 31 Agosto 1915.

Sr. D. Miguel de Unamuno.

Mi estimado amigo: Mi primera novia (Mi reina de la fiesta) fué Rufina Crevillén, era de mi pueblo, de Archena. Me enamoré de ella cuando yo tenía 14 años; ella tenía la misma edad. Antes de darme yo cuenta de cómo la quería, un amigo mío, que la quería también, vino a pedirme que le escribiese una carta para ella, “yo que tenía buena letra y que sabía dirigirla”. Y le escribí la carta encariñándome como si fuese yo el pretendiente. A los pocos días Francisco Vizcaino, que era el amigo, me contó que Rufina le había dicho “que no”. Yo sentí un íntimo gozo y me dí cuenta de que era yo quien la quería. Pero yo no me atrevía a decirle nada. Comencé a pa-

sar por su puerta y a mirarla mucho... Y, entonces, un día de fiesta, yo subí a una rueda de caballos del tío Vivo y, montado sobre uno de aquellos caballitos de madera, ví que en el corro de la gente que miraba estaba Rufina... No sé si me avergonzaría el que me viese así, creo que no; más bien creo que sentí satisfacción: cosas de muchachos. Lo que sí sé es que la miré como nunca y que me pareció que ella también me miraba y me miraba.... Aquella noche me quedé solo en la "cámara", antes de acostarme con mis hermanos, y asomado a una ancha reja, desde la que se veía en una hermosa noche de luna el encanto de la huerta de Murcia, sentí en todo mi sér una explosión de ternura y sentimiento pensando en Rufina: yo la veía y la veía mirándome cuando yo daba aquellas vueltas, y me pareció que me había mirado tanto como yo y lo mismo que yo, y lloré mucho.... Yo una criatura, lloré mucho aquella noche divina y sentí como un amanecer dentro de mi alma... Yo no lloré de pena ni de alegría... Lloré de sentimiento, de lo que he llorado después toda mi vida y lloro aún...

Y sin decirle nada a Rufina me marché a Madrid. Y en Madrid estuve dos años y no tuve ninguna novia. Cuando venía alguien del pueblo, yo ansiaba preguntar por

“ella”, no haciéndolo sino preguntando antes por otras personas, para disimular... Era aquella timidez, aquel sagrario...—“¿Y ni Fulana, ni Zutana, ni Rufinica, tienen novio?” Y me respondían: “No, no tienen”. Y pensaba yo: “Si se acordará Rufinica de mí como yo me acuerdo de ella?...”

Volví a mi pueblo a los dos años: yo tenía 16. Y fui a casa de Rufinica y la saludé tímidamente... ella era mucho más tímida que yo... Pero la miré, me miró... Comprendí que había pensado en mí, durante aquella ausencia de dos años... Entonces le escribí una carta y me contestó que “sí”. ...¡Nos queríamos!

Pero las cosas de los pueblos: ella era rica: no tenía madre, vivía con sus abuelos y su padre, y había heredado una hijuela de ocho a diez mil pesetas, como mucho. Esto, en el pueblo, ya se llama riqueza. Yo, en cambio, era pobre: mi padre era cartero y yo no tenía oficio ni beneficio. Vendíamos libros y periódicos en el Baleario; nada más. Esta diferencia de posición aumentaba mi cortedad y pude comprender que la familia de Rufina no me quería.

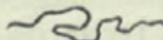
Debido a esto y a tener que vernos a hurtadillas, nuestros amores fueron por cartas y fueron miradas... En la iglesia, en la plaza, nos mirábamos con toda el al-

ma... La gente conocía el idilio y nos miraba también... Aquel sencillo poema, leído en nuestros ojos, iba luego de boca en boca... Y, así, estos amores fueron mi ensueño, algo irreal... En seis años que duraron estas relaciones, hablé con Rufinica media docena de veces, breves, entrecortadas palabras... ella trémula, apenas me decía nada... bajaba los ojos, temblaban sus manos... Y yo, igual: apenas, una sola vez, retuve un momento una mano suya entre las mías... Otra vez, al despedirme para una larga ausencia, estábamos solos, en casa de una tía suya, y fuí a darle un beso: ella temblaba y yo también y no nos lo dimos... Yo, sensual con otras mozas del pueblo, era a su lado todo emoción pura... Nunca me imaginé su cuerpo carnal y todavía la recuerdo con un immaculado deleite sin nada llamativo en sus formas... aquel seno de niña tan poco abultado... el casto pié que nunca anhelé descubrir... Apenas se cambió nuestra palabra, apenas con las mías rocé sus manos... Mirarnos sí: nos mirábamos tanto y de tal modo, que la mirada fué nuestro amor, fué llama y en ella ardieron nuestras almas... Rufinica, ella que fué de otro hombre, fué mía nada más en su mirada...

De aquellos amores, en mi vida y en mis versos, quedó solamente un dulce tris-

te perfume y aquella mirada... En los versos inspirados por ella trasciende ese perfume: "el aroma triste que dejaste, al pasar, en la senda..."

Y esta fué "Mi reina de la fiesta..."
Aquella que me aguarda durmiendo eternamente debajo de unas flores...



¡Toda una primavera!

EN el ambiente puramente comercial de una gran casa importadora de Rosario de Santa Fe; sobre un alto y macizo pupitre de caoba ante el que de pie, de siete de la mañana a ocho de la noche, se suman columnas infinitas de guarismos; junto a un colosal libro **mayor** de tapas negras y guardaciones de metal; en una tibia mañana del Octubre primaveral de la América del Sud, se destaca delicada y tierna, fresca y recién cortada del tallo, blanca purísima, una

florequilla de azahar con una hojita verde brillante de naranjo...

Aquella florecita casta la ha traído en su solapa el gerente, jefe del escritorio, y con un movimiento de cariño, aspirando su perfume y luego dejándola cuidadosamente, la ha colocado sobre el alto rígido pupitre, en su puesto de trabajo...

Yo he dicho, aproximándome, gratamente sorprendido:

—¡Azahar!... la flor de mi tierra! Y al acercarme, dándome su perfume nupcial de bellos días de juventud, parece que el azahar me ha contestado:

—Sí, soy yo!

¡Azahar!... Aquella hojita verde-brillante, aquella florecita de inmaculada blancura, aquel dulce discreto aroma de amor, han sido mi mundo un instante y me han transportado a la ya lejana primavera de mi vida...

Mientras tengo en mi mano la flor emblema de pureza y aspiro con deleite su perfume, aquel señor que baraja columnas infinitas de guarismos, me dice, aludiendo a ella, melancólicamente.

—La cogí esta mañana muy tempranito en nuestro pequeño jardín... Aspirando su aroma he tomado el mate en el patio de mi casa lleno de palmeras y elechos y de geranios y rosales en flor... mi chi-

quilina rubia como una espiga de oro, triscaba y reía a mi alrededor... los pájaros charlotaban en la pompa de una acacia florida... unas palomas con su vuelo batían ruidosamente el aire... ¡Qué mañana tan hermosa!... Aspirando este aroma del azahar, me parece estar todavía en el patio de mi casa lleno de flores, oyendo las risotadas de mi chiquilina!...

Yo también en aquel instante, aspirando el dulce aroma, vivía toda una lejana primavera...

Era Abril... era Sábado Santo... era la noche primaveral de las enramadas....

Yo tenía entonces mis cabellos negros y espesos, me atusaba al espejo con frecuencia mi naciente bigote, leía libros de viajes y de versos...

Entonces era la primavera de mi amor... Yo había estado en casa de Rufinica, la niña del vestidito azul... yo le había dicho "buenos días" y se le había puesto el rostro encendido como una rosa alejandrina... El domingo yo iba a la misma misa que ella, siguiéndola a corta distancia, y yo sentía una delicada emoción al tocar con mis dedos aquella misma agua bendita que, breves, como ala de golondrina, habían rozado los suyos...

Recuerdo que la gente dudaba de nuestra devoción al ver que durante toda la mi-

sa nos mirábamos; pero nunca como entonces he sentido en mi espíritu una tan pura unción religiosa, ni jamás vieron mis ojos rostro estático como el suyo, cuando embelesada, con sus ojos en el altar, ella presentía que yo la estaba mirando...

Yo conservo en mi espíritu, desde entonces, un delicado místico perfume de incienso quemado al alzar a Dios, de cera ardiendo en los altares, de ramos de frescas azucenas llevados al San Antonio humilde de aquella capillita blanca por niñas que le rezaban fervientes con labios que temblaban de amor.... Yo conservo de aquellos días una visión poética de procesiones en la aldea, de aquellas velas rizadas luciendo en lindos farolitos de papel que parecían flores, de aquellos coros de voces angelicales que en una hermosa mañana de Mayo paseaban la Virgen por los campos floridos.... Aquella Virgen que más de unos ojos de mancebo miraron en un despunte de amor, viendo en el rostro divino de huertana la cara bella de alguna niña de la aldea...

Era la primavera de mi vida.... En un álamo joven de aquella senda de la orilla del río, yo había grabado unas cifras imborrables.... La gente de la aldea llevaba un poema de boca en boca: "¡Se quieren!"... Era yo... era ella!...



UNA NORA

© Ayuntamiento de Murcia



UN PASEO DE PALMERAS

© Ayuntamiento de Murcia

Un domingo por la tarde yo la había seguido: ella iba con sus amigas; iban a un huerto... Allí, en un paraíso de naranjos en flor y de palmeras y rosales, pude acercarme y cambiar con ella algunas palabras... Estaba emocionada... yo también... En su pecho, sobre aquel pañolito de crespón, llevaba prendido un pomo de azahar... Yo le dí un ramo de rosas y ella me dió aquel pomito de azahar... ¡temblaban sus dedos!...

Y luego fué Semana Santa: ella, vestida de negro, iba en la procesión de Viernes Santo por la noche.... bajo su mantilla de encaje resaltaba su rostro pálido moreno.... Y la Virgen en su trono, llevaba también un manto de terciopelo negro...

Al día siguiente fué aquel Sábado Santo, Sábado de Gloria...

Era la noche de las enramadas: los novios ponían flores a la reja y echaban músicas...

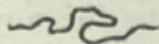
Yo hice en su ventana un altar con toda la malvarrosa y los azahares de un huerto... ¡yo hice aquella noche para ella mis primeros versos!... Al apuntar la aurora de aquel domingo de Pascua de Resurrección, yo nacía poeta!...



Oh! Este aroma del azahar que parece

una vocecita dulce de la lejana patria,
cómo recita en mi espíritu el poema de mi
juventud!...

¡Esta florecilla humilde ha traído al
otoñal paisaje de mi alma toda una perfu-
mada primavera!



Navidad

YO era muy padrero. A donde iba mi padre quería ir yo. A mi padre le gustaba mucho ir a la huerta y al campo. De mozo había ido a las casas del campo y de la huerta a dar lecciones de leer y escribir y cuentas. Se dedicó a esto por indicación del maestro, mi tío Miguel, primo de mi padre, pero de bastante más edad, que había sido su maestro: "Hay mucha gente que tiene ansia de aprender y no puede venir a la escuela, por los quehace-

res de la tierra y por lo lejos que le pilla". Efectivamente, con dificultad y quitándose de su descanso, muchas personas mayores venían de noche y desde muy lejos a casa del maestro a que les diese lección. El maestro Miguel era el padre del pobre Inocencio Medina Vera, y quizás el único maestro de escuela a quien se le ha erigido una estatua en su pueblo, nuestro pueblo, Archena (España), porque trabajó de maestro con verdadero amor y entusiasmo durante treinta y cinco años... A pesar de la estatua, (pues eso fué, ya muerto) pasó en vida las penurias, la escasez (sino el hambre) a que han estado condenados los maestros de escuela de España, y los de otros países en que, lamentablemente, a menudo hay mucha vanidad de riqueza, progreso y cultura, y poca señal de tales cosas en lo tocante a las pagas de los maestros y maestras de escuela.

Pues, bueno, mi padre fué en su mocedad maestro rural y de ahí le vino, acaso, el cariño que les tuvo después, siempre, al campo y a la huerta y a sus moradores; conocía a todos y visitaba a todos con frecuencia, aunque luego cambió de profesión. Estuvimos cerca de dos años en Cartagena, donde mi padre desempeñó el puesto de oficial primero en el Registro de la Propiedad, y se puso decaído y algo

enfermo echando de menos sus escapadas al campo y a la huerta. Y, debido a esto, dejó aquel buen empleo y nos volvimos a nuestro pueblo, Archena, a la ventura. Y mi padre repetía alegremente, allá encaramado con nosotros (mi madre y mis hermanitos) en lo alto del carro que con los muebles nos llevaba al pueblo: "A tu tierra, grullo, aunque sea en un pié". No obstante, mi padre, que era en el fondo un poquito amargado, y que nunca fué nada en su pueblo, también repetía aquello de que "Nadie es profeta en su tierra". Vivenes naturales del espíritu; mi padre, como yo, sentía las decepciones del mundo y de las gentes y amaba el encanto de su terruño: el paisaje, los tipos aldeanos, las aguas de los ríos y de las ramblas, las frutas, las flores, las canciones, los decires de las gentes, las costumbres sencillas... Mi padre ocupaba un puesto elevado en la administración del Balneario de Archena y, en cuanto salía de la oficina, allá se iba Juan de Dios en dos zancadas a la huerta con su cestica o con su gran cesta de mimbres y cañas... Y gritaba a la puerta de una barraca:

—¡Tía Dolores!... ¡Doloricas!...

—¡Es el tío Juan de Dios! — exclamaba alegremente una moza más hermosa que

un clavel.

—¿Teneis brevas?

—Sí, señor, venga usted a las higueras, que aquí estoy con mi madre.

Y a la media hora ya estaba de vuelta mi padre con una hermosa cesta de brevas recién cogidas, rayadas, hermosas, que eran nuestra delicia a la hora de comer.

Y quien dice brevas dice otra cosa. Mi padre acarrea a su casa cuanto podía. Siempre llevaba su manta y lo mismo portaba en el cujón naranjas y limones que, haciendo de la manta una sobre carga, se traía a casa un haz de leña. No tenía a menos el ir cargado. Le reventaba tener que ponerse corbata y calzado de cuero: ¡él su muy limpia camisa blanca y sus alpargates de lona blancos y nuevos! Era muy conocido, era muy popular, era muy querido Juan de Dios el de los romances...



Y yo había comenzado diciendo que yo era muy padrero. Me encantaban también aquellas correrías de mi padre al campo y a la huerta, y siempre quería marcharme con él. Mi padre me llevaba con frecuencia; pero alguna vez no quería y yo difícilmente me conformaba: nos tenía, a mí y a mis hermanos, mal acostumbrados...

era muy bondadoso.

Un día le ví tomar la manta. Me imaginé la correría.

—Padre, yo quiero ir.

—No, hijo, no puede ser, no vengas hoy. Quiero ir en una escapada hasta “Las Fuentes” y he de andar muy ligero.

—Yo quiero ir... (Rezongando).

—No... te digo que hoy no puedes venir. (Yo tomo una actitud rebelde como tratando de lanzarme a la escapada. Mi padre sonrío pero me vigila). ¡Joaquina, mira éste!

Mi madre:

—¡Pero nene!... ¡Anda adentro! (Mi madre, como ella misma decía, no era tan madraza, y me miró severamente y entré para adentro y mi padre se marchó con su manta al hombro).

Yo seguí con el pensamiento a mi padre:

Mi padre iba a “Las Fuentes”... Pero había “Las Fuentes del tío Cipriano” y “Las fuentes de los ojos”... ¿A cuáles de ellas iría mi padre? A unas y a otras se iba en la misma dirección: camino del “Río muerto” y dejando a la izquierda la casa del tío Ramón el Animero. Sí, el camino tenía que ser el de la canal del tío Cipriano. La canal cruzaba la ancha y profunda acequía de Alguazas y servía de puentecillo. Era fácil pasar la canal por-

que casi siempre estaba seca. Era una canal de cemento de media vara de ancha y de otra media vara de hondo. Descansaba la canal sobre un arco de argamasa tendido desde una orilla a la otra de la acequia; la acequia tendría de seis a ocho varas de anchura. Esta canal la pasaban fácilmente las personas mayores, pero era peligrosa para muchachos pequeños que sencillamente podían perder la cabeza y caer a la poderosa corriente de la ancha y profunda acequia.

No pensaba yo tanto en estas cosas como en la correría de mi padre a través de la huerta... ¡Ay! ¡Aquellas mismas orillas de la "Acequia-Alguazas" llenas de carrizales y de álamos y de granados! Yo no me cansaba de cortar jopos, de cortar vástagos, de coger encendidas flores de granado... ¡Las granadas!... ¡Las granadas, ya grandes y maduras, abiertas como bocas rientes y mirándose reflejadas en el corrental de la acequia!... ¡Qué tentadoras granadas!... Y me abalanzaba a las ramas de los granados con peligro de irme al corrental de cabeza... Y mi padre asustado:

—¡Pero, muchacho! ¡Abráse visto criatura! No te separes de mí... (Y, pasado un rato, para contentarme y llevarme en-



HUERTANA

© Ayuntamiento de Murcia



UNA RAMBLA ENTRE HUERTOS
© Ayuntamiento de Murcia

tretenido a su lado). ¡Nene, nene, mira! un nido de colorines!

¡Ay los colorines! Y yo me volvía loco de alegría.

La Huerta! ¡la Huerta!... ¡Cuánto amaba yo la Huerta también y cuánto la sigo amando!...

Y mi pensamiento seguía a mi padre en la deslumbrante correría de sol, de aguas, de verdores, de frutas y de pájaros...

Y no pude resistir más; me venció la tentación deslumbradora. Mi madre lavaba ropa en el corral, la ví confiada y "arree..."

¿Piés, pa qué os quiero? Arreeé detrás de mi padre a ver si lo pillaba. El camino seguro era el de "Las Fuentes del tío Cipriano" pasando la canal de la "Acequia-Alguazas". Dí la vuelta a la esquina de mi calle como una esalación: mi madre ya no me podía ver... En el molino le pregunté a unas mozas que llenaban cántaros de agua:

— ¿Tu padre? Hace una chispica que pasó!

Me mato a correr, voy carleando; se me rompe la cinta de un alpargate, me arrojo en el suelo mirando a la distancia y me hago un nudo de cualquier modo, vuelvo a correr... en un recodo del camino me topo con unos novillos que vienen mo-

lestos por la mosca dando repullos, ¡qué susto!... corro más y, al fin, al trasponer el huerto de Nofrico, y allá lejos por el huerto de los Nofretes, veo a mi padre... Yo le gritaría: "¡Padre! ¡padrééé!" como tantas veces; pero no, porque me echaría para atrás, no tanto por su rigidez como por la alarma de mi madre. Me diría:

—¿A donde vas? ¿No te he dicho que no vengas? ¿Lo sabe tu madre? ¿No? Arrea, vuélvete a la casa, tunante!

No, yo no llamaría a mi padre para que no me echase y me iría detrás de él, siguiéndolo como un perrito...

Y así lo hice: seguí a mi padre a distancia, encogido y temeroso de que alguien me denunciase. Yo daba carreritas y luego me detenía unos momentos agachándome y escondiéndome detrás de la altas alfalfas en flor.... De este modo llegamos cerca de la canal del tío Cipriano y yo me detuve escondido aguardando que mi padre cruzara la acequia: mi padre pasó con las piernas abiertas pisando en ambos bordes de la canal y con mucho cuidado para no resbalarse y caer dentro de la acequia o de la canal. Y es que la canal venía llena de agua; cosa que yo no había visto hasta entonces, pues siempre la habíamos pasado en seco mi padre y yo, caminando fácilmente por

dentro de ella.

Cuando mi padre pasó la canal, desapareció entre la espesura de la orilla opuesta y yo esperé un poquito para entrar en lo más arriesgado de la aventura que era el pasar también la canal del tío Cipriano.

Llegué a la canal y me detuve: ¿cómo pasarla? Espatarragado, como mi padre, no me atrevía; yo tenía, entonces, unos siete años y eran mis piernas cortitas. Descalzarme y meterme por dentro de la canal, entrando en el agua que corría por ella; era lo más seguro y prudente; pero yo temía perder mucho tiempo y no alcanzar a mi padre. Yo pensaba que cuando ya hubiese pasado la canal podía hacerme ver por mi padre, suponiendo que a tan larga distancia de nuestra casa ya no me haría volver, resignándose a llevarme consigo. En estas vacilaciones me decidí por lo más rápido y, sin pensarlo más, me puse de pié sobre uno de los bordes de la canal, que eran redondeados, y comencé a dar pasitos como un equilibrista en el alambre...

¡Ay, Dios mío, en qué peligro me puse!... Lo que es el no tener conocimiento.

Una mujer de una huertecita allí cercana, según supe muchos años después, me vió y fué a gritarme espantada; pero se contuvo a tiempo pensando que yo al so-

bresaltarme o volver la cabeza vacilaría cayendo a la profunda acequia que me hubiese arrastrado y ahogado en su correntada terrible.

De modo que la buena mujer, con el alma en un hilo, me estuvo viendo pasar milagrosamente sobre aquel puente del diablo. La acequia venía desbordándose. Yo, al principio, miré la corriente y ví que se me iba la cabeza. Entonces puse la vista enfrente en una puerta desvencijada que daba entrada a la huerta del tío Cipriano. Los bordes de la canal eran lisos y algo redondeados y yo atravesaba los pies en cada pasito para no resbalar y caer... Y tan cerca mi padre, y yo tan cerca también de una muerte tan cierta!...

Y cuando ya pasé y me volví a mirar el paso peligroso, la buena mujer indignada y amenazándome con la mano me decía:

— Galopín! ya verás! Yo se lo diré a tu padre... (Y llevándose las manos a la cabeza) ¡Bendito sea Dios qué susto me he llevao y qué milagro he visto, Señor! ¡El Angel de la guarda ha sío! ¡El Angel de la guarda ha salvao la vida del zagal!

Y yo salí huyendo como alma que lleva el diablo.

¡Pobre de mí! Mi padre se me había perdido de vista. Miré en todas direcciones... ¡nada! Llegué hasta "Las Fuentes del tío Cipriano" y pregunté... ¡nada! No lo habían visto. Pensé llegar a "Las Fuentes de los ojos".

Y eché a caminar por el quijero de la acequia, hacía "Las Fuentes de los ojos", inducido por la corriente del agua que llevaba la misma dirección...

Pero yo ya no veía la silueta de mi padre... las orillas de la acequia eran enmarañadas y medrosas de espesa y alta vegetación: cañaverales, junqueras, carrizales, eneas, siscas, tarais, mimbres, álamos... De vez en cuando volaba de improviso una gallineta de agua o se zambullía una rata en la acequia y yo me asustaba... Me entró miedo... En el gran silencio de aquella soledad, me obsesionaba, de la acequia, la corriente rápida y sutil que parecía murmurar misteriosa e inductora y llena de una malévola intención: "Sigue... sigue... ¡sígueme!..."

¡Y era que ya no veía yo a mi padre!

Me detuve temeroso y desorientado ¿Me iría a perder? ¿Avanzaría la tarde y se haría noche hallándome en aquella soledad? ¡Qué iba a ser de mí! A todo esto, como la acequia venía rebosante o rafa y hacía

rebalses y encharcados y todo estaba sonregado y pantanoso, me costaba trabajo avanzar y me había puesto perdido de barro y agua los alpargates y los pantalones... ¿Cómo me presentaría así en mi casa? De pasar por entre las siscas y las zarzamoras, llevaba arañadas y cortadas las manos... De la caminata y del sol, mi rostro iba encendido, emborrachado...

Determiné regresar y eché por el guijero aguas arriba. Y en ese momento, arrepentido y apenado, casi renegaba y maldecía de cosas tan amadas por mí como los japos de las cañas, los vástagos de los mimbres y los nidos de los colorines...

Gracias que, al fin y ya a media tarde, me ví fuera de aquel enmarañamiento y atolladero de malezas y embalses... ¡Pero cómo salí!... Calado de rodillas abajo, los piés enfangados, las manos y la cara ensangrentadas... ¡qué Cristo!

Vine a parar a la casa del tío Ramón el Animero en donde había un puente de grandes troncos y tierra sobre la acequia-Alguazas. Con qué alegría pasé este puente! Parecía que la gran acequia como una espantosa serpiente, me había tenido preso en sus anillos... ¡Qué miedo le cobré a esta ancha y profunda acequia con sus ratas y culebras que se zambullían en la co-

rriente y con aquel misterioso murmurar del agua remansada entre los cañaverales!... Hasta las granadas tan alegres, abiertas y enseñando los granos como bocas que reían, me daban miedo tentadoras y balanceándose sobre el peñigroso corrental... tentadoras al alcance de la mano y pendientes de sus ramas tan débiles y quebradizas!...

Divisé, al cabo, la torre de la iglesia: ya no me perdería. Pasaban gentes. Algunas mozas me decían:

—¿Muchacho, ande vas así?

—Jesús, María y José, ¡cómo vas de agua y de barro y de arañazos!

¡Dios mío, cuando te vea tu madre!

Yo también pensaba esto: "¡Dios mío, cuando me vea mi madre!"

Y muerto de hambre y pensando que mi madre no debía de verme así, ya cerquita del pueblo, me metí en unos bancales de havas, de las que me hinché, a la vez que esperaba que se me sacasen un poco los alpagates y los pantalones.

Y a la caída del sol me fuí para mi casa y me acerqué a mi puerta temerosamente... Mi madre estaba que la ahogaban con un cabello, pero, a la vez, furiosa... Y, al verme, yo no sé ya que pasó... Me parece que la ví blandir, como un rayo flamígero, un alpagate grande de suela de cáñamo...

luego sentí sus gritos encalambrinados y un dolor vivo y quemante en nalgas, manos y piernas... Debieron ser los golpes de la suela del alpargate, con el que me dió la gran felpa...

Cuando comencé a serenarme me encontré sin saber cómo, igual que un perro zurrado, en la covacha de la escalera sobre un montón de alfalfa fresca que allí almacenábamos para los conejos... Por cierto que la frescura y blandura de la yerba me hacía bien en aquel dolor agudo, vivo y quemante de nalgas, manos y piernas...

Y todo esto no me sucedió por ser malo y desobediente, no..... ¡Me sucedió por ser demasiado padrero!



Sí, yo era muy padrero, y también era muy madrero.

Solíamos ir a la huerta y al campo, algunas veces, todos juntos: mi padre, mi madre y mis hermanos. A nuestro grupo al regreso, se incorporaban otras personas del pueblo que venían de pasear como nosotros o de visitar sus huertos o sus sembraderas del campo. Travaban conversa-



AURORA, HIJA DEL FOETA



ción con mis padres, y mi madre observaba de esta manera, refiriéndose a mí: “¡Qué zagal éste! No tenga usted cuidado que no se despegará de nosotros; sus hermanos corren y se alejan, y él o agarrado a mis enaguas, o a los pantalones de su padre”... Yo, agarrándome más fuertemente entonces a la falda de mi madre, la miraba silencioso y tiernamente... “Vé usted!—agregaba ella y, sacudiéndose el vestido y soltándome de él—¡Quita, pelmazo!” Pero luego me atraía dulcemente, llevándome cogido de la mano. Yo también, en esos casos, alguna vez echaba una correntilla y pillaba a mi padre que iba hablando con otro hombre. Mi padre me alargaba la mano, al sentirme, y me llevaba con él muy complaciente. A mi padre le gustaba mucho ir con sus hijos y la gente le decía al pasar: “Juan de Dios, tú siempre con tus hijos”. Y lo miraban con dulce complacencia.



En las navidades, yo me daba un hartazgo de ir con mi padre. Empezaban las **misas de gozo**, nueve días antes de Pascua: un novenario. Yo disfrutaba mucho entonces. Mi padre **tocaba las misas de gozo**, es decir, era el encargado de la música popular con que eran amenizadas, de guita-

rra, guitarro, violín, pandereta y hierros. Mi padre cantaba los villancicos acompañándose con su guitarra, Bartolo el ciego tocaba la guitarra también, o el violín, el tío Alubias el guitarro, mi tío Peña la pandereta y el tío Blas Baeza los hierros. Mi padre tenía una voz dulce y clara y se estremecía la iglesia, que estaba de bote en bote, cuando mi padre, desde el coro, echaba la primera copla:

Alegrarse, hijos de Adán,
que ya está sobre la tierra,
el que vino a redimirnos
de aquella serpiente fiera.

Y la gente murmuraba bajito con satisfacción manifiesta: “No hay otro como Juan de Dios para tocar y cantar las misas de gozo”.

Y arriba en el coro sonaba la rústica y alborazada música pastoril, llena de alegría por mi tío Peña con aquella soberana pandereta cuajada de cascabeles — era un real pandero de gitano, porque mi tío Peña era chalán y medio gitano — y vigorizada también la música pastoril por la gigantesca zambomba de mi primo Teodoro, que hacía con ella que el coro y la iglesia retemblaran...

Las coplas cómicas y satíricas, tenían gran aceptación, y los feligreses gozaban y se reían llenándose la iglesia de un cordial murmullo de amor en Cristo:

Unos le llevan pasteles,
otros le llevan rosquillas...
y hubo pastor que llevó
tres arrobas de morcillas.

Mi padre componía alguna de estas coplas, porque era también medio poeta.

Cuando llegaban las misas de gozo yo no dormía: quiero decir que yo dormía inquieto, temeroso de quedarme dormido y de que mi padre no me llevase con él, por no despertarme.

Mi padre se levantaba a eso de las tres de la madrugada, la misa era a las cuatro. En cuanto mi padre encendía la luz, señal de que iba a levantarse — yo ya estaba de pié vistiéndome aprisa y calladico. Mi madre, que ya estaba despierta, aunque se quedaba un poco más tiempo acostada y no venía a la misa, solía decir al sentirme: “No, a éste no se le hará tarde”. Mi padre cogía la guitarra y se liaba en su manta y salíamos a la calle: era completamente de noche todavía, las estrellas resplandecían, hacía un frío sutil... ¡Qué contento iba

yo! Mi padre me cogía de la mano y andábamos apresurados recorriendo las callejas del pueblo dormido. Para mí, no sé por qué, este momento de levantarnos tan de madrugada e ir vagando por el pueblo, oscuro y silencioso, era muy interesante. Con otros madrugones que recuerdo de mi vida me sucede igual, y al evocar unos y otros, siempre tengo de ellos una persistente y fresca sensación.

Ibamos ca mi tío Antón Peña: “Tan!... ¡tan!” hacía mi padre en la ventanica golpeando... “¡Antón!”... Respondía mi tío, adentro en el cuartico: “¿Qué?” mi padre: “¡Vamos!” mi tío: “¡Voy!” A poco se oía un remorcico de cascabeles: era que mi tío tomaba su pandereta; “¡Pepa, — le gritaba a mi tía, hermana de mi padre,— que me voy!” Salía y entornaba la puerta con una silla.

Ibamos ca Bartolo el ciego: “¡Tan! ¡tan! ¡tan!... — ¡Nada! — “¡Tan! ¡tan! ¡tan!... ¡Bartolo!...” — Bartolo era muy dormilón. Además estaba recién casado. Por cierto — y anoto el caso de pasada — que a mí, en esa edad de muchacho, me hacía un efecto de cosa extraña e inexplicable, el que un ciego se hubiese casado. Y debido a esto, al encontrar a Bartolo por la calle con su mujer, yo lo observaba

muy atentamente: Bartolo, muy prendido del brazo de su mujer, tenía una expresión plácida y algo así, en su cara estática de ciego, como si el dulce tacto del brazo de su mujer le hiciese ver con otros ojos en otro mundo... Y esta expresión plácida y de visión interior parece que me explicaba a mí el que Bartolo se hubiese casado... "Tan! tan! tan!... Bartoloo!..." "Repeineta con Bartolo!" — "decía mi tío Peña, que era muy impaciente. Por fin oíamos a la madre de Bartolo llamar a su hijo: "¡Pero hijo! Bartolo!" A la mujer no la sentíamos. Al rato salía Bartolo con su violín y sonriente. "¡Pero, Bartolo, que es tarde!..." "¡Tarde!..." replicaba él frotándose las manos. Y alzando la cabeza parecía que mirando al cielo quería decir: "Para mí no hay diferencia del día a la noche." Y, acaso, para los que no ven no existe la noche. La noche es la pena de la luz echada de menos. Cuando no tenemos la pena de echar de menos la luz, es para nosotros luminosa como pleno día la noche más noche. ¿No cerrais los ojos, al ensimismaros, y os halláis deslumbrados en pleno mundo interior? ¿Qué sabemos, los que miramos a la pobre luz del día, de la reconcentración visual y luminosa de los ciegos!

Y, llamando a los demás compañeros, seguíamos nuestra marcha hacia la iglesia, en la oscuridad completa de la madrugada, que para Bartolo el ciego no era oscuridad.

El tío Alubias y el tío Blas Baeza, solían salirnos al encuentro, madrugadores como buenos huertanos. Mi primo Teodoro, rezagado, nos alcanzaba corriendo con su gran zambomba debajo de la manta.

Algunas tabernas ya estaban abiertas: mi padre y sus compañeros solían entrar a matar el gusano en ca Aliño, en ca Perico Lavi... o tomar café caliente en cal tío Román... A mí, me gustaba más que tomáramos café caliente de Perico el mal caso, que lo vendía por la calle en esa hora muy de madrugada, de noche todavía. Era una nota fina de las tantas que me cautivaban de esa hora: En la oscuridad de las callejas se veía una lucecita y se oía voccear: “¡Café!... ¡Café caliente!... ¡Calentico y al cuerpo!...” Era Perico. Nos acercábamos: llevaba la cafetera de hojalata con los carbones encendidos, en una mano; en la otra un farolito y la vañera donde iban las tacicas y los platos con un poco de agua para enjuagarlos.... “¡Café!...” Mientras bebíamos nuestro café humeante, Perico seguía gritando “¡Café!...” Perico llevaba también una botella de lechanís, aguar-

diente de Bullas o de Jumilla. "¡Café!... ¡calentico y al cuerpo!..."

Pasaban las gentes camino de la iglesia: los mozos y las mozas dicharacheros y riendo... "Buenos días..." "¡Buenos días nos dé Dios!..." Las mujeres se abrigaban con sus amplios pañuelos a la cabeza, los hombres se embozaban en sus mantas, los muchachos corríamos con las manos en los bolsillos: "¡Muchacho, — decía una madre — sacate esas manos, que si trompiezas y te caes, te vas a estrozar!" "¡Pos si tengo frío!" — replicaba el muchacho y seguía corriendo, con las manos en los bolsillos.

Toda la gente de la huerta venía a la misa de gozo y había que correr porque se ponía la iglesia de bote en bote. Tenían que abrir la puerta grande de la iglesia y los hombres oían misa desde la calle, bajo el dosel de las estrellas, arrodillados en sus mantas: ¿Por qué, yo que no soy religioso, me emociono al recuerdo de aquello?

"¡Ya tocan últimos!" decían las mujeres en la oscuridad, pasando ráudas, como sombras, y daban chillidos y corrían persiguiéndose...

La iglesia estaba hecha una ascua de oro, con el altar mayor encendido y en él la Virgen

y San José y, en medio de los dos, el niño Jesús desnudico sobre unas pajas...

Alegrarse, hijos de Adán,
que ya está sobre la tierra
el que vino a redimirnos
de aquella serpiente fiera.



Mientras mi padre y sus compañeros, desde el coro de la iglesia, alegraban las misas de gozo con su música y sus coplas, yo era feliz curioseando los rincones del coro y de la torre.

En el coro había una habitación que me daba mucho miedo: habían en ella, almacenados, blandones y colgaduras negras para misas de difunto, y habían también— y esto era lo más grave — dos o tres cajas de muerto o ataúdes. Les llamaban “las cajas de las ánimas” y servían para llevar al camposanto los muertos muy pobres que ni ataúd tenían. En estos ataúdes se llevaba a esos pobres muertos que iban sin el ataúd a la sepultura... Y los ataúdes vacíos, estropeados de ir y venir, volvían allí, al cuarto aquel oscuro del coro. En aquel cuarto había también un montón de yeso sobrante de las reparaciones de la iglesia. Yo sentía un vivo deseo de entrar y recorrer la habitación, pero me estreme-

cía al imaginarme que me podía entrar un gran susto y caerme en el montón de yeso al salir precipitadamente.

La torre me atraía tanto o más. Había subido alguna vez, con otros chicos, hasta el campanario; pero, solo, me daba tanto miedo la torre como el cuarto de "las cajas de las ánimas". No obstante, arrastrado por el gran deseo, me aventuraba un poco en la escalera de caracol, pero de pronto me entraba pánico y bajaba precipitadamente. Una vez me caí. Fué de este modo y por el gran susto: Me atreví a subir un poco más que de costumbre. Me atraía el son del péndulo del gran reloj de la torre: ¡tec! ¡tec! ¡tec! Parecía decirme: ¡ven! ¡ven! ¡ven! Y yo subía todo entusiasmado y atemorizado... Pero cuando el pícaro reloj ya me tuvo algo cerca, engañándome con el ¡ven! ¡ven! ¡ven! del péndulo, dice de pronto, "¡Ahora verás!" y aquí fué mi terror y mi escapada escaleras abajo. Yo no había tenido presente que el reloj, en el momento de dar una hora, hacía un ruido espeluznante de hierros y cadenas, y en aquella soledad y misterio de la torre, no sé lo que me pareció aquello y lo que temí que me iba a pasar... Lo cierto es que eché escaleras abajo y que caí no sé cómo, haciéndome sangre en las manos y en las rodillas.



Salíamos de la misa de gozo ya bien de día y era costumbre el ir a la casa del señor cura donde mi padre y sus compañeros le echaban una tocata.

No vayais a pensar por estas cosas que mi padre era un santurrón o un beato: al contrario, y esto era lo chocante. Mi padre era corresponsal entusiasta de "Las Dominicales" y de "El Motin" y estaba tildado de incredulidad religiosa. Como mi padre pensaba y discurría y digería buenas y modernas lecturas ¡claro! se expresaba a veces atrevidamente respecto a milagros, salvación de las almas gastando dinero en misas, purgatorio, infierno y gloria, y otras de esas cositas de la religión, y mi tío el maestro — que era muy fiel creyente aunque tenía gran sentido común — le llamaba a mi padre "ateo". Además, mi madre no iba nunca a misa porque — según ella — tenía siempre mucho que hacer en su casa: "Antes la obligación que la devoción". Tampoco ni mis hermanos ni yo fuimos monaguillos, excepción de la totalidad de los chicos del pueblo, pues hubo una época de reverdecimiento de curitas, misioneros, hijas de María, hijos de San

Luis Gonzaga, novenas, catequistas y sermones, en que a todos los muchachos en la escuela les hacían aprender a ayudar a misa.

Pues, como decía, íbamos a casa del señor cura, en donde mi padre y sus compañeros echaban una tocata, y el cura los combidaba a mostachones y lechanís. Después cada uno a su casa y a sus quehaceres. Así se hacía el novenario de las misas de gozo. Mi padre cobraba por aquel trabajo algunos reales con los que llevaba a nuestra casa ciertos avíos para las tortas de Pascua: azúcar, aguardiente, almendras, piñones...

¡Qué encanto también aquel de las tortas de Pascua!

Tres o cuatro días antes de Pascua, mi padre y mi madre se afanaban mucho una noche preparando el amasijo para el día siguiente.

Mi madre cernía la harina y crecentaba, o, sea, preparaba la levadura.

Mi padre mondaba las almendras y picaba en el almirez dorado éstas y los piñones.

Al día siguiente madrugaban mucho, y yo ¡no se diga! padrero y madrero, pues con mi madre y mi padre a fisgonearlo todo. “¡Qué zagal éste! — decía mi madre— ¿Por qué no te estás en la cama?”

Mi padre encendía una gran lumbre en el hogaril y ponía dos o tres hierros — trévedes — mientras, mi madre apañaba la harina en la artesa. Después venía mi madre a ayudar a mi padre y ponían al fuego el agua, el azúcar con agua, el aceite, el aguardiente... En cuanto el agua hervía, mi madre amasaba. ¡Qué guapa estaba mi madre entonces! ¡Su pañuelo a lo curra, su tendío a la cintura, sus hermosos brazos blancos bien arremangados!... ¡por el placer que experimentaba al hundirlos en la harina, no podía negar que era hija de molinero!...

— Juan de Dios, tráeme el agua — decía mi madre. Ya había hecho la parada de harina en lo hondo de la artesa y había vaciado la creciente. Desleía la creciente.

— Tráeme el aguardiente — lo iba mezclando.

— Tráeme las almendras, los piñones — lo echaba todo y lo revolvía y agitaba con su mano regordita.

— Tráeme el aceite, tráeme el azúcar... — lo incorporaba todo e iba añadiendo harina... Y, al fin, todo fué una apetitosa y elástica masa con rico perfume de aceite, azúcar y anís, que mi madre, robusta y joven, vatía y sobaba enérgicamente con sus hermosos brazos de molinera...

Y cuando terminaba decía: "¡Qué hermosa y qué correosa me ha salido!"

Luego, cuando ya estaba la masa hecha, o sea cuando, por efecto de la levadura, levantaba, casi derramándose por los bordes de la artesa, de tan alta que se ponía, saliendo por debajo del paño de las maseras, mi madre se ponía a ñir, es decir: a cortar pedazos de masa con los que iba haciendo tortas y colocándolas encima de los blancos y largos tendidos sobre las tablas que habían traído del horno.

Entonces mi padre entraba en funciones nuevamente: él era el dibujante de las tortas y, dando repisquitos sobre ellas y alzando un poco la masa de la superficie, las pintaba admirablemente con variadas estrellas, rosas, hojas y cifras... No faltaba la torta especialmente dibujada para la abuela, la del padre, la de la madre, y las de nosotros: "Éstas son las de los nenes". — decía mi padre, y se remiraba tierna y amorosamente en ellas dándoles repisquitos, como si es que lo hiciese así con dulzura en las tiernas carnes de sus hijitos...

Después mi padre iba a avisar al horno y venía el hornero. Mi madre iba al horno con el hornero y yo acompañaba a mi madre. El hornero llevaba a la cabeza una tabla larga llena de tortas, mi madre llevaba

también a la cabeza otra tabla más pequeña, yo llevaba en los brazos un tablero con tres o cuatro tortas que no cabían en las tablas. El hornero marchaba delante: con un brazo sujetaba la cimbreante tabla en la cabeza y el otro brazo lo llevaba airoosamente arqueado en la cintura. Mi madre seguía detrás, ágil y desenvuelta, conestando al saludo y a lo que le decían algunas amigas o conocidas.

— ¡Adiós, Joaquina!

— ¡Adiós, muchacha!

— Yo amasaré esta noche. El horno está que se hunde de gente.

— ¿Hay bulla? Preguntaba mi madre alarmada.

— Bastante.

— ¡To sea por Dios! Veremos como salimos.

Efectivamente había bulla en el horno: lleno de mujeres, de bote en bote, se sentía, cuando ya íbamos llegando, un guirigay de mil demonios:

— Este lugar yo lo tenía pillao pa mi tabla.

— Pues quién fué a Sevilla, perdió su silla.

— ¡Eso se verá!

— Aquí no hay lugares señalãos.

— ¡Vamos!—Poniéndose la mujer en jarras.

—¡Vamos! — Parodiando a la contrincanta.

De pronto ¡zás! una uñetada a la cara, gritos, tirón de los pelos, una tabla de pan y de tortas sin cocer que se viene al suelo... Unas ríen, otras gritan, otras azuzan...

—¡Qué luciferes!—dice una mujer, saliendo del horno con su tabla de pan cocido. Salgo como si me escapara de los propios infiernos,

Mi madre consiguió un buen puesto para sus tablas, cerca de la boca del horno.

El barullo y la chillariza eran cada vez mayores:

Le gritaban al maestro de pala, que metía y sacaba el pan:

—¡A ver dónde me echas mis tortas! No las pongas junto al hacho y me las quemes.

—¡Ahora a mí! ¡me toca a mí! ¡está mi pan echo puro vinagre!

Otra, examinando el pan que sale en la pala:

—A ver: déjalo un poquico más, que está muy blanquinoso... échale un hachico que tome color!

—¡Toma, Ana María, no te quejarás. Mira qué pan y qué tortas! decía el maestro sacando paladas y entregando.

Ana María sonreía satisfecha y le de-

cía al palero:

—Ahí tienes la poya y... ¡toma!—Y le daba dos cuartos de propina, además de la poya, que era el pan convenido que había que entregar al maestro de pala. Se pagaban al dueño del horno cuatro cuartos por tantos panes o tantas tortas y, además, la poya al maestro de pala.

A mí me encantaba aquel barullo y aquel guirigay del horno que, a pesar de sus chillidos violentos y de sus terribles riñas de mujeres, era una explosión de ganas de vivir y de gozar y de alegrarse...

Aquellas tortas de aceite y aguardiente y aquel pan de Pascua con granos de anís, eran el santo pan de una comunión de alegría y de solaz y de descanso durante quince días seguidos. Casi empezaban las fiestas con las misas de gozo y con los amasijos, ocho días antes de Navidad, y terminaban en Reyes...

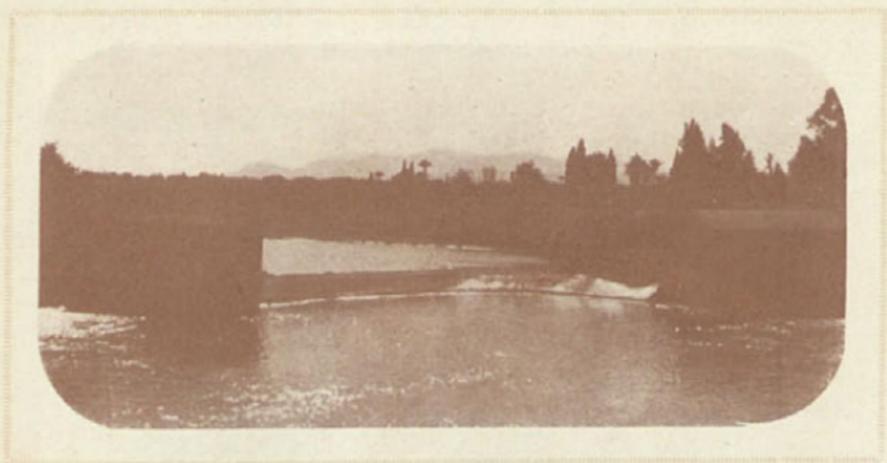
Sí, a mí me encantaba aquel barullo y aquel guirigay del horno, lleno de chillidos y de risas de mujeres, y saturado del aroma de la leña de monte (tomillos, romeros, enebros, bojas, bolagas...) y del riquísimo olor de pan cocido con granos de anís y de tortas azucaradas...



Las misas de gozo acababan el día de



LA TORRE DE MURCIA.
© Ayuntamiento de Murcia



MURCIA, EL MALECÓN.

© Ayuntamiento de Murcia

Nochebuena. La Nochebuena había misa de gallo; pero a la misa de gallo ya no iban a tocar mi padre y sus compañeros.

Había una gran diferencia entre la piadosa devoción y sencillez encantadora de las misas de gozo y el escándalo y profanación de la misa de gallo.

En las misas de gozo había humildad y fé sencilla y honesto alborozo: las gentes laboriosas y de buenas costumbres se recogían temprano para madrugar mucho y venir a misa, desde la huerta y desde los lejanos campos, para volver enseguida santamente a sus tareas. Los fieles concurrentes de las misas de gozo se deleitaban oyendo los dulces villancicos y se enternecían viendo al Niño en su lecho de paja entre San José y la Virgen...

Otra cosa era lo que sucedía en la misa de gallo.

La música que iba a la misa de gallo era la banda del pueblo que, desde el coro de la iglesia, dando pitorradas, tocaba, más que el aguinaldo, seguidillas, valeses y polkas.

Para ir a la misa de gallo, que era a las doce en punto de la noche, se trasnochaba, se bebía y se iba de jarana para hacer tiempo.

De la bebida venían las peleas y, a veces, la desgracia de alguien que salía muer-

to o mal herido.

Resultaba así que, por lo general, la Nochebuena era una noche mala.

Ya, en esta contingencia, los mozos iban a la misa de gallo como a una batalla, prevenidos de buenos garrotes, y de cuchillos y pistolones, que era lo peor. No era extraño ver a hombres en la misa del gallo, debajo de cuyas mantas asomaba una escopeta o un trabuco.

En la misa de gallo siempre había escándalos y se hacían barbaridades. Una vez algunos mozos sustituyeron con tinta de escribir el agua bendita y todo Dios se puso hecho un Cristo al santiguarse, y la iglesia se llenó de risotadas soeces y de reniegos y maldiciones...

Otra vez unos cuantos mozos hábiles cosieron a unas mujeres con otras por los vestidos y gritaron "¡fuego!"

Solían llevar escondidas, debajo de las mantas, latas de petróleo, vacías, y armaban la gran cencerrada en el solemne momento de alzar a Dios.

Dato elocuente: A la misa de gallo iba la guardia civil armada de fusil y cartuchera...

Otro pequeño dato: la misa de gallo no la podía decir sino un curita algo bragado porque, de lo contrario, los mozos, ya puestos en la gresca, lo meaban.

A continuación de las misas de gozo venían las correrías por la huerta con la cuadrilla de las Animas.

Mi padre y sus compañeros ajustaban este trabajo con la Hermandad, pero ya no iban todos: no iban ni Bartolo el ciego, ni mi tío Peña, ni mi primo Teodoro.

Un hermano de la Hermandad llevaba el estandarte: era un lienzo pintado al óleo con un marco y flecos de terciopelo rojo oscuro. En el lienzo había una Virgen del Carmen con su niño en brazos, y a los pies de la Virgen se abrasaban en vivas llamas un anciano, un hombre joven y una hermosa mujer... Eran ánimas esperando con ojos de súplica que la Reina de los Cielos se compadeciese y las sacase de aquel Purgatorio.

La cuadrilla iba de puerta en puerta tocando el aguinaldo o variaciones del Rosario de la aurora y nos seguía siempre una bandada de chicos que se disputaban dos campanillas que iban tocando incesantemente algunos hombres de la Hermandad.

Mi padre cantaba, de cuando en cuando, con su bien timbrada voz:

Salve, Reina de los Cielos,
consuelo de pecadores...

Las mujeres escuchaban devotamente y miraban con ojos compadecidos aquellos pecadores penando en el Purgatorio..... Los **hermanos** de las ánimas iban recogiendo el óbolo en dinero o en especie. Había bastantes pobres que no daban nada: "Estamos mal"—decían. Y escuchaban con un gesto amargo aquello de

Salve, Reina de los Cielos,
consuelo de pecadores...

El óbolo eran unos cuartos, un poco de trigo, de cebada, de panizo (maíz)... Pero también había donantes rumbosos que daban un pavo, un par de capones, una fuente de peras, una gran sandía, unas soberbias uvas, unas granadas... Estas frutas tenían mucho mérito porque, entonces, era invierno y había sido difícil y costoso el conservarlas bien. Todo esto se subastaba en el baile de la plaza el día de los Inocentes.



Y, yo, siempre pegado a mi padre.

Para descansar un poco a mi padre, el tío Alubias, cantaba con su voz cascarrada. Pero las mujeres querían sentir a Juan de Dios. "Juan de Dios, canta tú: échanos un aguilando".

Y Juan de Dios cantaba:

Esta noche es Noche buena
y mañana Navidad...
saca la bota, muchacha,
que me voy a emborrachar.

O bien echaba una copla piadosa cantada dulce y melancólicamente...

“Pasar un ratico”—decía alguna obsequiosa mujer.

“Pasaremos — contestaba alguno de la cuadrilla—porque vamos cansaos y con la boca hecha un traspol, de seca”.

—Sí, sí; pasar y echareis un traguico.

Nos convidaban a tortas y a lechanís. En algunas casas pobres sacaban lo que tenían: y gracias al Señor: higos secos y un poco de vino.

Yo apenas probaba nada, pero era muy feliz con todo aquello. Aunque sin definirlo, ya me cautivaban la luz, el color, las costumbres típicas...

En aquella tierra mía el invierno es una primavera: no hace frío y brilla siempre el sol en el radiante cielo azul... La abundancia de naranjos y limoneros y de palmeras viste la huerta de perennes verdes... En Navidad (pleno invierno) están cargados de dorados frutos los huer-

tos... y las mujeres adornan la vagilla brillante, en los basares o lejas de las casas, con amarillos limones o con encendidas naranjas y ramitas de pino verde...

En la correría de las ánimas íbamos a las alturas del Hurtado, a las Arboledas, a la Algáida. En la Algáida hacíamos un gran descanso en cal tío Guillén: tenía muchas hijas mozas y renombradas de hermosura: iban muy majas con sus refajos de colores, sus armadores o corpiños de lentejuelas, sus mangas de encaje y sus pañuelos de seda de crespón bordados... El tío Guillén era rumboso y rico y allí se hacía derroche de todo: bajaban un pernil de la cámara y sacaba aderezo (embutidos), corría la bota de lo lindo... Y en cuanto a cosas de Pascua, no faltaba nada: tortas de aceite, tortas de mosto, tortas escaldadas, cordiales, suspiros... Y el aguardiente, como en bodega, en una tinajica...

—Tocar alguna cosa, Juan de Dios— decía el tío Guillén.

Al son de la música acudían, a poco, mozos y mozas, como moscas a la miel, y se armaba el baile de María Santísima.

Tanta gente se juntaba, que había que salirse a la replaceta de la puerta de la casa y allí se formaba el corro para bailar enmedio.

La casa estaba en alto en una de las

lomas de la Algáida y, desde la replaceta, la vista de la huerta era un encanto...

El pueblo recostado al pié del Lope, el cabezo de mis correrías de muchacho..... En medio del pueblo la Casa grande sobresaliendo con su torreta azul... A la parte baja del pueblo y a una orilla, hacia la huerta, la iglesia con su torre pajiza... Luego los huertos, cuajados de naranjos y limoneros y palmeras, y su laberinto de callejones alrededor del pueblo y de la iglesia... A un lado el puente de hierro sobre el río, y al pié el molino de Bosques... En el río la Peña grande y el Baladre, adonde íbamos a nadar los chicos, y, después, aguas abajo, la Boquera de la acequia—Alguazas y, ensordeciendo con su caída de todo el río que saltaba en la represa y cegando resplandeciente al sol con sus espumas, la azud... Léjos, en las alturas de otras lomas, las casicas del Hurtado y de los Intes... Más léjos los altos cipreses de los Mocicos... Y más lejos, cerrando aquel rinconcico que me vió nacer, las lomas de la Serretilla, el Cabecico Agudo, que lo comparábamos con un montoncico de trigo por lo perfectamente cónico, y los cerros del Cobis y del Cajal y la sierra de Ricote, azul, ya lejana, y, a trechos, con los manchones oscuros de sus pinadas espesas...

Desde la replaceta de la casa del tío

Guillén se veía culebrear el ancho y plateado río entre el verdor de la huerta, y brillaban acá y allá, como flechas, los hilos de agua de las acequias y brazales...

Y por sendas y caminos y a la puerta de las casas y de las barrancas, resaltaban los vivos colores de las mantas, de los refajos, de los pañuelos y de los armadores de raso y lentejuelas de las gentes endominadas, que iban o venían, de misa y del mercado, o que se preparaban para divertirse y aprovechar bien los días de Navidad...

En la replaceta se había entrincado un baile que se hundía el firmamento, y resplandecía la alegría como el sol en el cielo azul, y corría el vino del tío Guillén como el agua por el río...

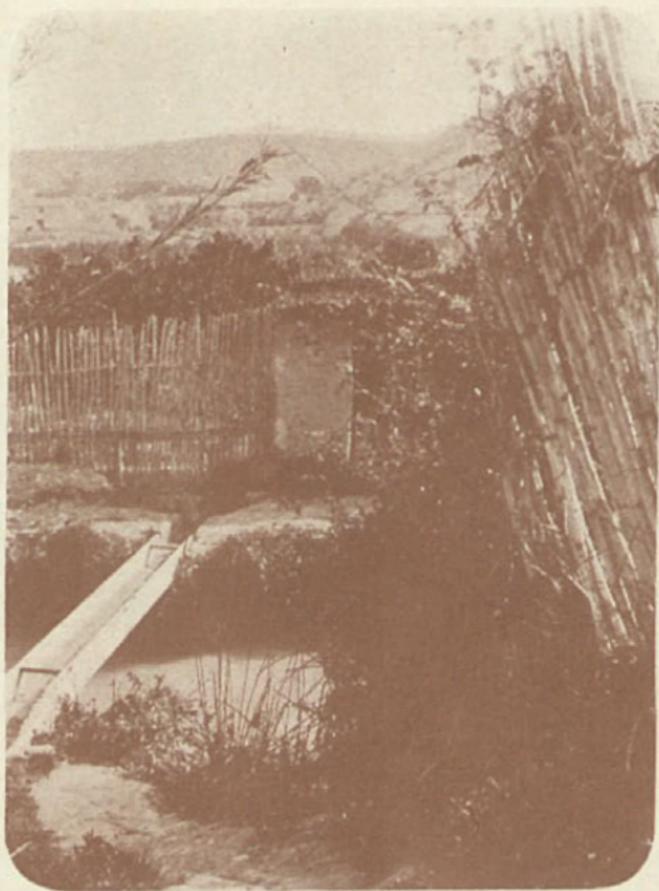


Mi padre era soñador e inocente..... pero soñador de los que no ponen aspiración en los sueños ni, menos, esperanza en su realización....

Realmente es insensato el anhelo humano de realizar sueños.... ¡porque realizar sueños es deshacer sueños!... ¡es matar sueños!... La vida del ensueño está en ser sueño y no en que sea realidad... Nadie en la realidad ya está en su sueño ni ya



LA ACEQUIA DE ALGUAZAS, EN DONDE
PUDE PERECER AHOGADO...



CANAL SOBRE LA ACEQUIA ALGUAZAS. DA UNA IDEA
DE LA CANAL DEL TÍO CIPRIANO.

© Ayuntamiento de Murcia

vive su sueño... En la realidad vivimos sueños, pero no aquellos que se hicieron realidad, sino otros que aparecen en el horizonte luminoso de nuestras imaginaciones.

La mayoría de los soñadores ponen sus esperanzas en la realización de sus sueños, hacen proyectos para el porvenir a base de ilusiones o sueños a realizarse... Pues mi padre no. Mi padre era un soñador puro.

Jamás oí a mi padre hablar de llegar a rico, ni de hacerse una posición independiente. Quizás porque siempre se consideró rico e independiente. Tal vez le parecía un arca de caudales, inagotable, su juventud sana y alegre y su resolución, como él decía, para echarse la manta al hombro y salir a buscar el pan de su casa. Mi padre se dejaba un empleo con indiferencia y al otro día trabajaba en cualquier cosa. No quería sugerencias. Por eso vendía por los pueblos libros y romances, daba lecciones en las casas del campo y de la huerta e iba a donde lo solicitaban a llevar cuentas y a escribir cartas y memoriales.

Claro que el porvenir es un lobo que acecha los descuidos del pastor y, a la larga, esa despreocupación, esa falta de pensar un poco en el mañana, dado como está arreglado el pícaro mundo, trae sus malas consecuencias. Mi madre, más vivaz, más

inquieta, así lo decía: "Este hombre no piensa en el mañana". Y sólo a instigaciones de mi madre, aprovechó mi padre la oportunidad de un buen empleo y se hizo una casita... Mi madre quería siquiera un rincón de casa, pues el dichoso alquiler era una pesadilla y, además, siempre andábamos de un lado a otro con los trastos a cuestas...

Mi padre se veía con diez duros y decía: "¡Ale, vámonos a Murcia a ver las comedias!"

Yo venía muchas veces de jugar con otros chicos de la calle y al entrar en mi casa me veía a mi padre con la guitarra y a mi madre sentada a su lado en una sillita baja y cantando los dos como los pájaros felices en la rama de un árbol... Cantaban duos y coros que habían aprendido en aquellas alegres excursiones a Murcia a ver comedias...

Mi padre era igualmente descuidado respecto a la educación mía y de mis hermanos, todos varones, y no se preocupó de darnos oficio. Por la solicitud de mi madre, y mía cuando ya fui mayor, se consiguió algo de esto. Pero mi padre seguía en su mundo ideal y viviendo, no en la realidad, sino en un permanente ensueño de hombre bondadoso y confiado...

Debido a esta manera de ser, que se

traducía en una extrema bondad y tolerancia con sus hijos, mi padre tuvo bastantes sinsabores y disgustos cuando mis hermanos y yo comenzamos a ser grandes.

Yo, por mi parte, no tuve gran constancia en empleos y estudios: fui aprendiz de procurador, dependiente de ferretería, mancebo de botica y estudiante de preparación para la carrera de telégrafos o de aduanas... ¡Bueno, pues no fui nada! Mi padre a todo me decía: "Bien, hijo mío... sí, como tú quieras.... Lo principal es que seas bueno y trabajador y honrado"... Y, en realidad, fui todo eso que quería mi padre, porque no me costaba gran trabajo, pero no fui nada que costase esfuerzo y constancia y a los dieciocho años y medio, me encontré de alumno para cabo en la Academia de Infantería de Marina de la Isla de San Fernando.

Nada: soldado con aspiraciones a cabo y con ilusiones de llegar a sargento y acariciando muy remotamente el sueño de ser algún día alférez, teniente, ¡quién sabe si capitán!...

A otro hermano mío le dió por ser torero. Esto era peor, quito la ventaja del sueño estupendo de llegar a primer espada y ser millonario como todos los grandes toreros. Con su loca afición mi hermano dió grandes disgustos en mi casa. En

Madrid, en donde estuvo, como yo, de dependiente de ferretería, durante uno de mis viajes, al pueblo, él se salió de la ferretería y se fué con otros aficionados haciendo una vida aventurera en capeas y corridas de novillos... Como es consiguiente, hasta estuvo preso. Entonces yo volví a Madrid a recoger la oveja descarriada y lo mandé al pueblo. Y yo también, entonces, después de estar algunos meses de rancebo de botica, senté plaza de soldado.

Cuando, al cabo del año y pico, volví al pueblo con licencia, me encontré a mi hermano en todo su furor: vestía a diario un fino traje jerezano, como los toreros, de chaquetilla corta y sombrero cordobés... se había comprado, para torear, un traje de luces, ya usado... quizás por algún torero famoso... y traía locos a mis padres con sus correrías, trasnocheos y jaranas, no habiendo ya en mi casa ni gusto, ni tranquilidad.

Claro que mis padres aún se reían alguna vez con aquel hijo torero que Dios les había dado, porque eran padres y eran débiles; pero ya no era aquello de cantar mis padres como dos pájaros felices en la rama del árbol...

Este hermano mío había estado muy enfermo de la vista y se agravó en sus

correrías de maleta (torero aficionado) por los pueblecillos de los alrededores de Madrid. Ya nunca estuvo bien del todo de la vista; al contrario, recaía y cuando estaba regular, andaba cegato viendo poco. Y con este enorme defecto tenía la absurda pretensión de ser torero. Cuando no digo para los toros, sino para los mismos hombres, para torearlos y escapar de la suerte como Dios manda, hace falta mucha vista. Sucedió que iba a una novillada y que lo traían a casa aporreado, porque no se ponía una vez delante del toro que no lo revolcase. Tenía el consuelo de decir: "¡Esta vista mía tiene la culpa!" Mi madre lloraba y se mesaba los cabellos con desesperación: "¡Estos hijos!—decía—¡Todo por no repretarlos este hombre!" Mi padre andaba cabizbajo y triste... Quizás salía un poco de su ensueño... Y yo y algún amigo, ya, al ver que la aporreadura de mi hermano no era nada, nos reíamos de que mi hermano confundía su mala vista con el pánico que le entraba al ver que el toro arrancaba detrás de él...." ¡Qué vista, ni qué ocho cuartos, es pánico que te entra!"



Así empezó a declinar el buen humor

de mi padre y la alegría de mi casa.

En las postrimerías de su permanente ensueño, le dió a mi padre por hacer otra casita en una altura de las afueras del pueblo. Mi padre estaba encantado del panorama que se contemplaba desde allí. Teníamos detrás el cabezo de las zorras, enfrente las sierras de Cartagena y a la derecha el río, el puente, el molino, el pueblo, las otras sierras, el cabezo el Lope y la Cerca... ésta como un oasis oriental, cuajada de palmeras...

Pero esta otra casita la hizo mi padre confiado en algunas ganancias que no se realizaron en la proporción que esperaba de una representación de frutas que llevaba por cuenta de un negociante de Madrid, y terminó la edificación teniendo que hipotecar por una miseria la otra casita y metiéndose en réditos ruinosos.

Desde entonces ya fué nuestra casa de capa caída y esa casita ideal—la casa cantada en "Las Acacias"—y la otra casita del pueblo, pasaron, finalmente a extrañas manos...

La casita del panorama encantador es aquella en que

"ya no vive nadie en ella..."

"Se marcharon, unos, vivos,

“otros, muertos...
“Gime el viento en los aleros,
“desmorónanse las tapias...
“a su puerta cabecean tristemente,
“combatidas por el viento, las acacias!...



¿He sido yo un soñador como mi padre, o he sido un realizador de ensueños?

Estando, de militar, en Cartagena, acaricié la realización de un sueño: ir a pasar la Nochebuena con mis padres y mis hermanos, como esos viajeros que a deshora, en la noche desapacible, entre nieve y chubascos, llegan a la puerta de su hogar la víspera de Navidad, cuando no los esperan, produciendo una explosión de gritos y de lágrimas de alegría.

Puse los medios para realizar este tierno capricho: en mis cartas a mis padres no dí a entender mi propósito, pedí licencia de Pascuas, que me fué concedida y, después de hacer mi paquete de humildes regalos, emprendí mi viaje para el pueblo el día de Nochebuena.

El tren llegaba a la estación de Archena casi al anochecer; el pueblo está a una legua de la estación. Mi padre era entonces peatón-cartero; era el encargado de sa-

lir a la estación al paso de los trenes entregando la valija de cartas de nuestro pueblo y de otros que dependían de la misma administración de Correos de Archena, y a la vez recogía de la ambulancia de correos del tren la valija de la correspondencia que llegaba. El tren se detenía dos minutos. Yo, de muchacho, había ido muchas veces con mi padre, a la estación; íbamos en los coches o en las tartanas que salían a los trenes a llevar y traer viajeros. Llegaba el tren, mi padre corría rápido al coche-ambulancia, entregaba una valija recogiendo la otra, firmaba y, a la vez, le firmaba el jefe ambulante, y... ¡a correr! El tren seguía su marcha, perdiéndose veloz en una curva, y mi padre montaba en uno de los carruajes de viajeros y ¡al pueblo!

Los tartaneros y cocheros querían mucho a mi padre: se lo disputaban para llevarlo en su tartana o coche: “¡Véngase usted aquí, tío Juan de Dios!” “¡No, aquí!”— “¡Aquí conmigo!” Mi padre decía: “Mejor que sea así”.

Y un día se iba con uno y otro día con otro. Le querían por oírlo; mi padre hablaba muy bien y lo escuchaban con la boca abierta. Tenían la idea de que mi padre sabía de todo, se lo consultaban todo. Además era muy jovial: chistoso, como ellos decían. En el trayecto de la estación

al pueblo les leía algún periódico y los tenía al tanto de sucesos, de guerra, de política. "¡A ver, tío Juan de Dios, lo que pasa en el mundo!" Mi padre le sacaba la faja a un diario del paquete y, hojeándolo rápidamente, leía lo más saliente e interesante. Los que iban en el carruaje escuchaban muy atentos la lectura, el conductor se abstraía oyendo y se olvidaba de los caballos, abandonando el látigo, y estos avanzaban al paso, lentamente, cabizbajos como si escuchasen también, y en la soledad y silencio de la empolvada carretera, en medio de las llanuras de Campotejar, se oía distinta y claramente el traqueteo pausado del carruaje, algún lento tintinear de campanilla o de cascabel y la voz clara y dulcemente timbrada de Juan de Dios, el cartero de Archena.



Esta vez yo no quería que mi padre me viese llegar en el tren, para dar, así, la grata sorpresa a todos juntos en casa. Llegó el tren y ví a mi padre cruzar el andén rápidamente, en dirección al coche ambulancia. Yo le hubiera gritado con alegría: "¡Padre!" ¡Qué sorpresa hubiese tenido! Se hubiera detenido en su apresurado an-

dar como herido por una flecha en el corazón y olvidando la valija y todo, hubiera venido hácia mí con los brazos abiertos... Pero no: yo no quería eso, aunque estuvo en un tris que no gritase, porque el propósito era una cosa, y el estar viendo a mi padre era otra.

Me contuve, dejé que mi padre llegase al coche ambulancia y entonces bajé de mi coche de tercera y me escondí detrás de un vallado, mientras mi padre, rápidamente, entregaba una valija y recogía otra. No tuve ni el riesgo de que algún conocido me viese; era una tarde crudísima y nadie se asomó al andén. A poco de salir mi padre de la estación, sonaron unos cascabeles: era la tartana en que se iba... El tren ya se perdía, allá lejos, camino de Madrid...

Como era invierno y el balneario de mi pueblo estaba cerrado, solamente salía una tartana a los trenes. Así que, una vez que ésta se había marchado, a mí no me quedaba otro recurso que hacerme a pié la lengua de camino. Yo había pensado que así vendría a suceder y me halagaba la idea de ser, efectivamente, un cansado caminante que, jadeante y anheloso, llega la Nochebuena golpeando la puerta de su hogar.

Emprendí la marcha a pié, con mi paquete en la mano, viendo todavía a lo lejos, a la escasa luz del anochecer y en la rec-

ta y larga carretera que cortaba la llanura de Campotejar, la silueta oscura de la tartanica donde iba mi padre... “¡Si él supiera que yo iba detrás, a pié y sin compañía a estas horas y por estas soledades!...” —pensaba yo— Le diría al tartanero: “Pero es aquél mi Vicente? ¡Para, muchacho, para! ¿No ves que es mi hijo que viene acansinao y triste? ¿Qué le pasa a mi hijo?”

Y yo seguía mi camino pensando así tiernas y dulces cosas, hasta que la tartanica se me perdió de vista.

Yo había calculado que, en el tiempo en que yo haría el camino a pié, mi padre repartiría la correspondencia en el pueblo y volvería a casa. Y más prisa se daría siendo, como era, Nochebuena. Así que, cuando yo llegase a casa, ya se hallarían en ella todos juntos mis padres y mis hermanos y, posiblemente, sentados alrededor de la mesa y diciendo: “¿Qué será de Vicente? ¿Cómo pasará la Nochebuena?”

Se hizo noche, comenzaron a caer unas chispitas de agua muy heladas, que un viento sutil las traía sobre mi rostro como agujas... “Esto es nieve”—me dije— Hacía mucho frío... Colgándome el paquete al brazo, me metí las manos en los bolsillos de mi pantalón de soldado y apreté el paso...

Anda que te anda, por fin pasé los llanos de Campotejar: aquel tirón de carretera, que no se acababa nunca... Al recorrerlo esa noche a pié, recordaba las veces que, yendo por allí con mi padre hacía la estación, en una de las tartanas, veíamos el humo del tren correo que subía fatigoso por la pendiente de la vía, viniendo de Cartagena, o que se lanzaba rápido apareciendo en la curva, cuando bajaba de Madrid.

Eran grandes y despejados los llanos de Campotejar y la carretera que bajaba en cuesta suave era derecha como una vela desde la Cruz de la Estafeta, hasta la estación. Así que, a larga distancia, divisábamos el humo del tren.

Yo, en aquellos casos, me azoraba:

—Padre, se nos va a escapar.

Mi padre decía:

—Nó.

Luego decía al tartanero:

—Arrea un poco al caballo—al mismo tiempo que miraba su reloj. Su viejo reloj de plata, en el que tanta confianza tenían cocheros y tartaneros para no perder los trenes.

—¿Qué hora es, tío Juan de Dios?

—Tal hora.

—Entonces vamos bien. Yo de su reló de usted, me fío.

Y siempre llegaban a tiempo: claro que en ciertas ocasiones, pillando el tren de los pelos.

Cuando se veía el humo del tren, aun le faltaba bastante para llegar a la estación, sobre todo cuando subía de Cartagena. ¡Amigo! en la cuesta tenía que echar los boses tirando de la cola de vagones... Yo lo sentía: ¡Pof! ¡pof! ¡pof!...echando bocanadas de humo blanco... Y, algunas veces, de humo negro, cuando le arreaban unas paladas de carbón.... Pero, cuando Lajaba de Madrid, había que "espavilarse" porque, aunque la curva estaba muy lejos, cuesta abajo, hacia la estación, se lanzaba como una centella, sintiéndose cómo le echaban todos los frenos...

Muchas veces, en la estación, con mi padre, esperando el tren, yo me entretenía en poner alfileres en los rieles. Venía el tren y los aplastaba. Cuando se iba el tren yo los recogía calientes. Eran espadicas, como yo, muchachuelo, decía.

Con estos recuerdos pasé los llanos de Campotejar alcanzando el alto de la Cruz de la Estafeta. No era una cruz. Era un poste con dos tablas indicadoras, en forma de flechas, y que hacían cruz con el poste, en las que se leía: "Cartagena", "Madrid". Quizás lo de cruz no venía del poste indicador, sino de la encrucijada, pues allí for-

maban una cruz las dos carreteras: la de Madrid a Cartagena y la de Archena a su estación.

Para nosotros los muchachos, en nuestro tiempo, tenía mucha importancia y significación aquel paraje de la Cruz de la Estafeta, en nuestras correrías y travesuras. Significaba alejarse una barbaridad del pueblo, casi una legua, atisbar desde lejos la estación y los trenes, y poner los piés en la carretera de Madrid... Daban tentaciones de no volver al pueblo y de irse a correr el mundo... Algunos se fueron alguna vez...

—¿Te acuerdas?

—Sí: el hijo del tío Malcasao.

—Y el sobrino del tío Tarrara.

—Se fueron y, en Cartagena, sentaron plaza en la Marina.

—Luego volvieron al pueblo con galones y botones dorados, de ancla.

—Y habían estado por los mares y en islas en donde había negros y muchos cocos y loritos y monos...

—Sí...

Pero pensábamos en nuestras madres, en la paliza que nos arrearían, y volvíamos a carreritas al pueblo, no sin volver la cabeza, de vez en cuando, para mirar aquel silencioso poste de tentación que decía: "Madrid", "Cartagena"...



Apreté la caminata llevando el paso a compás de un pasodoble del cuartel. Después de la Cruz de la Estafeta, pasé las Yezeras, luego me acerqué al Barranco de la tía Catalina.

El Barranco de la tía Catalina tenía una leyenda medrosa de bandidos de otros tiempos. Quizás por esto o por la disposición de la carretera, en aquel sitio, los carruajes tenían la costumbre de pasarlo a todo galope. El barranco era profundo y bajaba y subía por él en una rápida curva la carretera. Cuando entraban en el barranco los carruajes echaban un poco el freno; pero, cuesta abajo y todo, ya corrían y, antes de llegar al hondo, se lanzaban al galope para ganar en una carrera vertiginosa la altura opuesta... "¡Ya! ¡ya!"—decían los cocheros sacudiendo la tralla y, aflojando la rienda, los caballos se lanzaban casi desbocados y ganaban la empinada cuesta. Se contaba de haber escapado así alguna diligencia, de los trabucos de la banda del Peliciego, célebre ladrón de caminos...

El barranco era umbrío; en los declives había añosas oliveras plantadas en pedrizas, y en el fondo de él, por donde corrían las

aguas de un ramblizo, se extendía una enmarañada y alta espesura de cañas, carrizos, baladres y juncos...

Se contaba que, a favor de la medrosa soledad del barranco, se había cometido en él algún crimen en tiempos de trastornos políticos. Se decía que en aquel sitio desamparado hacían las escoltas echar a los presos delante y que los fusilaban por la espalda. Luego alegaban que los presos se habían querido fugar y que habían tenido que hacerles fuego...

Lo cierto es que el barranco daba un poco de temor y de respeto por sus leyendas y por ser un lugar apropiado para cualquier asalto o traición.

¿Tuve yo miedo al pasar el barranco? Sí: tuve ese temor supersticioso que nos producen los relatos pavorosos, evocados en lugares siniestros y en la soledad de la noche. Además, el dichoso barranco no se pasaba a pié tan rápidamente como en coche, claro está, y yo solo, en mi romanticismo de novelesco viajero que llega a su hogar a deshora e inesperadamente la Nochebuena, tuve que tragarme no digamos tramojo—pero sí la fuerte sensación de pasar caminando el barranco en noche desapacible, oscura como boca de lobo y recordando, aunque no quisiera, las leyendas terroríficas de aquellos lugares de embosca-



AURORA, HIJA DEL POETA CON SU
ESPOSO Y LA NIETA "LA TIRANA"

da. En la parte honda y más tétrica del barranco había, además, una negra cruz de madera que marcaba el sitio de una desgracia acaecida, una muerte. Creo que una diligencia, en la vertiginosa carrera, al pasar el barranco, dió un gran barquinazo, tirando de la vaca un mocico que iba encaramado sobre los equipajes encima del coche, y dejándolo muerto. Y allí estaba la señal de la cruz marcando el sitio de la desgracia. Alrededor de la cruz, había muchas pequeñas piedras como tiradas al pié de la cruz, al azar, por el caminante que pasaba. Así era en efecto, y cada piedra indicaba el piadoso rezo de un padrenuestro por el alma de la víctima... Yo también cogí una piedra de un cercano montón de graba y, en el recogimiento de la noche, la eché al pié de la negra cruz... La cruz parecía más grande y más negra en la oscura noche... ¡y hasta parecía que, en aquella soledad, estaba como viva y que abría en la noche más y más sus brazos!..

Yo razonaba el miedo: "Ahora ya no hay partidas de ladrones, los muertos no salen, los fantasmas son cuentos... Además yo soy un mozo y soy soldado y no debo de tener miedo." Y me detenía para demostrarme a mí mismo que no me dominaba el pavor; pero el viento agitaba los olivos, cuyas vigorosas siluetas daban la

idea de personajes trágicos... de la rama de una de aquellas oliveras, decían que se había ahorcado el tío Campuzano y hasta decían que el pedazo de sogá aun pendía de la rama... las siscas y los carrizos del fondo del barranco siseaban como si hubiese al acecho personas escondidas... una zorra se deslizó como una sombra, dando un alarido... y yo, aunque no quería tener miedo y aunque seguía mi camino despacio e impávido para probar mi valor, sentí en el fondo del **Barranco de la tía Catalina** que se me erizaba el cabello y que parecía quererme salir de la cabeza mi gorra de soldado.



Por fin pasé la empinada cuesta del barranco y saliendo al llano, vislumbré la casilla de los camineros y detrás, a la derecha, la moie oscura del **Cabezo de las zorras**. Allí cerca, un poco más allá, estaba ya mi casa.

Entonces me latió con fuerza el corazón... Seguramente, desde lejos, percibiría la luz de mi casa y, al acercarme, el humo de la gran fogata de la cocina, en donde ardería el recio tronco **nochebueno**, y llegaría hasta mí el ruido de la zambra

de mis hermanos pequeños cantando la Navidad....

¡El tronco nochebueno!... Mi padre sabía prender muy bien el fuego; ponía en ello cierta devoción y hasta solemnidad. Mi padre era muy madrugador y, en invierno, lo primero que hacía era encender la lumbre en el hogar. Disponía con mucha habilidad una barraquita de menudas y resinosas astillas, arrimaba leña floja de romero, tomillo o ramuja de olivera y, encima, apoyaba prudentemente, para que no se aplastase todo, leños y rajas... Luego le metía un mixto a la barraqueta, y era una alegría la lumbrerá que se armaba.... Al crepitar y a los estallidos de la leña medio verde ardiendo, y al resplandor de la fogata, mis hermanos y yo, cuando éramos pequeños, salíamos desnuditos y descalzos a vestirnos al amor de la lumbre.... ¡Qué gusto las llamas grandes tragándoselas la negra chimenea, abriendo su boca de ancha campana y de tiznado y reluciente hogar!... Nosotros tendíamos las manecitas al fuego y de vez en cuando, un trueno y un fiero chispazo de leña verde, quemándonos las desnudas carncitas o asustándonos, nos hacían retroceder...

Mi padre tenía veneración por la lumbre del hogar: "La leña es como el pan", decía.

Viví y amé la santidad del hogar en el ejemplo que me dieron mis padres al dulce amor de la lumbre.

Pues bien: aquella devoción de mi padre, por el fuego, se solemnizaba el día de Nochebuena. A propósito, mi padre había reservado, bien reseco, el tronco más recio de la pilada de leña del corral y, ese día, lo colocaba religiosamente sobre la gran fogata y nos decía: "Este es el **nochebueno**".

Aquel tronco solía durar hecho tizón y ardiendo reconcentradamente varios días de Navidad, como queriendo conservar permanentemente el fuego sagrado.

Y en el **nochebueno**, que habría colocado mi padre aquel día, pensaba yo... Y yo esperaba ver, desde lejos, al acercarme a mi casa, salir por la chimenea, alegrementemente, las chispas encendidas de aquel tronco que simbolizaba la paz y el alborozo del hogar de mis padres...



En la casilla de los peones camineros había algazara: se sentían zambombas y almireces y cantaban villancicos...

"No alborotarán menos en mi casa"—pensé yo muy contento y, acelerando el paso, ya la divisé desde allí, más todavía con

los ojos del alma que con los de la cara, pues era la noche cada vez más oscura, y la ventisca ponía delante de la vista, cortinas y velos de aceradas y frías agujas de los copos de nieve derretidos...

Percibí, al cabo, claramente mi casa y me latió más fuerte el corazón... Allí estaban las acacias, movidas por el viento, cabeceando tristemente, "como seres misteriosos que una historia de tristezas comentarán..."

Pero en mi casa no había ruido, no había resplandor por la puerta, ni se escapaban chispas alegres por la chimenea...

Se paralizó un momento mi pobre corazón: ¿qué pasaría? ¿Habría algún enfermo? Avancé ansioso los pocos pasos que me faltaban para llegar y llamé a la puerta inquietamente: ¡Tan! ¡tan! ¡tan!...

Mi madre abrió y me recibió en los brazos con un grito entrañable.

—¡Hijo mío!

Mi madre estaba sola. Los dos hermanos míos menores, dormían tendidos en las sillas.

—¿Y el padre?

—Aún no ha vuelto del pueblo.

—¡Tan tarde!

—Trataré de acarrear a tus hermanos, pues, si no, estarán sin recogerse toda la noche. Hijo mío, de ellos, el más grande

nos trae de cabeza. Se lo he dicho a tu padre muchas veces: "Eres muy padrazo, átalos corto... ¡Y ahora que quiere sugerarlos, ya no puede!"

En esto, llegó mi padre con uno de mis hermanos. Mi padre me acogió sin alegre sorpresa, ni gran efusión: noté en seguida que estaba preocupado y triste.

—¿Y los otros?—dijo mi madre refiriéndose a mis demás hermanos.

—No los he podido acarrear. Uno está en ca la novia. Lo malo es el grande que anda con otros mozos de jarana y franca-chela.

— Ese hijo nos va a enterrar, — sollozó mi madre. — Hace una chispa he visto que se ha llevado el trabuco.

Era mi hermano, el torero, a quien se referían.

Pude darme cuenta del poco gusto que aquella Navidad había en mi casa.

Mi madre no había puesto en las leñas o vasares el alegre adorno de ramas de pino verde y naranjas y limones...

La cena fué silenciosa...

Mi padre no tocó su guitarra...

Después de cenar, mi padre se lamentó tristemente: no solamente mi hermano, el torero, los tenía intranquilos por los peli-gros que corría constantemente metido en locuras y pependencias, sino que había mal-

gastado alguna cantidad de dinero, y mi pobre padre andaba en apuros, con hipotecas, trampas y réditos...

Fué aquella la primera Navidad que en mi casa se sintió la escasez de recursos... Mi madre decía: "He hecho unas pocas tortas de Pascua, como Dios me ha dado a entender, porque tus hermanos pequeños no encrezcan mirando a otros con el tranco de torta en la mano"...

Mi padre se había líado en la maná: la lumbre se había consumido, porque era de matujos traídos por mis hermanos pequeños de los leganizos del **Cabezo de las Zorras**... En la cocina faltaba el alegre **noche-bueno**... Este año de Nochebuena triste fracasó para mi pobre padre su ideal, su noble y honesta ambición: "La leña y el pan del invierno" y en mi casa se quemaban matujos y se traía pan fiado de la panadería...

Y el romanticismo del soldado-poeta también fracasó aquel año de Nochebuena triste...



A la madrugada sentí que vino mi hermano el torero, no a recogerse, sino medio beodo y con exigencias crueles y brutales.

Mi pobre padre, tan complaciente con sus hijos, se violentó como nunca maldiciendo con dolor... Mi madre lloraba con gritos desgarradores, renegando del hijo perverso... Y, fuera en la calle, los amigotes de mi hermano celebraban su osadía y decisión con bestiales carcajadas...

Yo no tuve la alegre oportunidad de contar, a mis padres y a mis hermanos en la mesa, mi inocente ilusión de llegar a mi casa la Nochebuena como un viajero de los cuentos... ¡Y el paquete de mis humildes regalos quedó abandonado en un rincón!...



Desde entonces la casa de mis padres fué de cabeza... Ya no pasé con ellos, nunca más, una Nochebuena alegre... Mi padre perdió para siempre aquella alegría tan hermosa de Juan de Dios el de los romances... de Juan de Dios el Cartero...

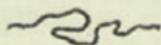
Mi padre fué decayendo y terminó enfermando gravemente... Se encontraba en Cartagena, donde yo residía, y un día me dijo:

“Quiero ir a morirme al pueblo”.

Yo comprendí su triste ilusión: quería despedirse de los caminos de la huerta, de

la carretera de la estación y de la iglesia donde, al son de su guitarra, tantas veces había cantado las misas de gozo...

Al día siguiente mi padre se marchó al pueblo y nuestra despedida fué un duelo triste porque, aunque mi pobre padre iba vivo todavía, yo lo despedí como si ya fuera muerto... ¡Y yo, tan padrero, no volví a verlo más!



Los cenojiles

HABLABAMOS de comidas puebieras. Se mentó el “ajieaceite”, el “ajo de matázon”, el “ajo cavañil”, las “gachasmigas blandas”, las “migas ruleras”, o “gachasmigas”, simplemente; se habló de la “torta cenceña”, o torta de pastor cocida en el monte sobre una losa caldeada; se habló de la “calabaza chirigaita frita con azúcar” y de las ensaladas de apio, y de cardo blanco, y de col con granos de granada... Se habían mentado también las francachelas

de "michirones" y de "crillas al horno"...
Y hablando de las "crillas", o patatas, se
mentaron "los cenojiles".

—¿Tú no has comido cenojiles?

—No. ¿Qué son?

—Pues patatas fritas, cortadas a rodajitas con cáscara y todo.

—¡Con cáscara!

—Sí: son unas patatitas tiernas, menudas y coloraditas...

—¿Y por qué se llamarán "cenojiles"?

—No sé.

—¡Qué nombre raro! No recuerdas algo por lo que se pueda sacar.

—Sé un cantar que dice así:

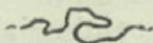
Cada vez que te veo
los cenojiles,
se me ponen los ojos
como candiles.

—¿Y qué serán los "cenojiles"?

A ver el diccionario:

Cenojil: Liga para las medias.

—Ya ves lo que son cenojiles... ¡Por algo, al pícaro del cantar, se le ponían los ojos como candiles.



La plaza de mi pueblo

LA plaza de mi pueblo tenía de cuarenta a cincuenta varas de ancho, pero a mí me parecía una gran plaza. Daban a ella varias calles: la de San Juan, la de Rías, la Mayor y el callejón de la Morera. En la plaza estaban la casa de la Villa y la Casa grande, mansión del Vizconde de Rías, amo del pueblo. Conservo muy vivo el recuerdo de la Casa grande con su gran puerta de aldabón, siempre cerrada, con sus altas rejas saledizas en las que nos encaramábamos los muchachos y con el gran balcón ancho y corrido en donde Herodes o Pilatos, no sé quien, sentenciaba a Jesús que,

impasible sobre sus andas y amarrado a un pedazo de columna, escuchaba la sentencia. En la casa de la Villa estaba la cárcel: era un cuarto sucio y ahumado con una reja a la plaza. A esta reja se asomaban los presos, agarrados a los recios barrotes. Me dejó la cárcel una impresión pavorosa y triste en mis recuerdos de muchacho y me dura siempre esta impresión. La puerta de la cárcel tenía un gran cerrojo y una llave descomunal. Por la reja salía el humo del pequeño fuego que hacía algún preso, para calentarse en el invierno o para guisar alguna cosa. A través de la reja solía escaparse un olor nauseabundo y se veía la cárcel de paredes ennegrecidas.... Me imaginaba que el calabozo sería más hórrido y más negro... Conservo muy fuerte el recuerdo de algunos presos que ví, de muchacho, en la cárcel de mi pueblo. Me acuerdo de un mozo que, por amores, mató a otro. La madre del preso daba alaridos en la plaza, agarrada a los barrotes... La gente se arremolinaba a la reja, impresionada y curiosa... Yo andaba por allí a la husma como otros chicos, y me imaginaba al preso, torbo, sentado en un rincón de la cárcel con la cabeza entre las manos... Ví una vez una familia de gitanos; no sé lo que habían hecho... Otros gitanos mal encarados andaban por la plaza mirando de

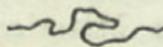
reajo a la cárcel... Lo que más recuerdo son los esparteros y leñadores presos; yo les tenía mucha lástima y toda la gente también.

Estos leñadores y esparteros—hombres de corazón—iban por leña y esparto a los montes que habían sido libres. El gobierno había vendido los montes del fisco a particulares explotadores, y los leñadores y esparteros eran perseguidos como ladrones por los guardas jurados y por la guardia civil. Pero los verdaderos ladrones no eran los leñadores y esparteros, sino el gobierno y los que compraban los montes del fisco, haciendo enormes chanchullos. Los pobres esparteros o leñadores, eran traídos a la cárcel con la carga a costas... Hombres honrados, hombres trabajadores, que no encontraban trabajo, que tenían hijicos y que tomaban el camino de la sierra porque no tenían otro... Las mujeres con las criaturas en brazos sollozaban al pié de la reja de la cárcel... la pareja de la guardia civil que había traído a los presos custodiaba con sus fusiles la puerta de la casa de la Villa... y los jornaleros—hombres de pelo en pecho que también sabían lo que era la Sierra y ver a los hijos sin pan—se hacían corros en la plaza mirando con encenados ojos a la guardia civil y a la cárcel...

En la plaza había tres o cuatro tiendas y uno o dos comercios de ropas. En las tiendas se vendían comestibles y de todo, menos telas. Las tiendas tenían colgados del techo grandes mazos de cohetes y fajos de piulas y de carretillas, cosas de pólvora, que entusiasmaban a chicos y grandes. Los comercios de ropa ponían a la puerta los paños de Alcoy, las mantas de Lorca, las fajas de vivos colores, las zarazas y las cretonas rameadas. Dentro de estos comercios se sentía el fuerte olor de los lienzos crudos... ¡Qué alegre algarabía de mujeres en los comercios de telas! El comercio se llenaba de bote en bote los días de fiesta a la salida de misa. Las mozas querían ver las novedades.

“A mí me dás cosas que se estilen. No me vengás con telas estaizas”. “Quiero una zaracica extraña... A ver si no me dás esa de la que llevan **toas**, que ya **páece** el pueblo el asilo de la Misericordia.” Y el comerciante dice: “Dificilico es entender a las mujeres. Unas vienen: “Quiero de la de Fulana”. Otras: “Lo que sea, no siendo como lo de Fulana”. Pero lo general es que sigan el gusto de la Fulana y me quedé en un santiamén sin zaraza del ramo verde. Como veo que tiene salida la dichosa zaracica, entonces pido diez piezas, y ¡aquí te quiero escopeta! Sí, escopeta, por-

que las escopeteaba: “¡A mí me sacas eso! ¿Zaraza del ramo verde? ¡Vamos! ¡Métetela ande quieras!...” Y la otra que la oye, dice lo mismo y la otra lo mismo: “¿El ramico verde? ¡Apesta ya el ramico!” ¡Y me tengo que comer las diez piezas de zaraza! Unas de lo extraño y otras de lo que se estile... Pues mirar, mocicas, estas zarazas son las que se estilan y estas las que no se estilan y tóicas son a real y medio... ¡Qué moler!”





PROCESIÓN EN MI PUEBLO

© Ayuntamiento de Murcia



LA VIRGEN DE LAS ANGIUSTIAS.

© Ayuntamiento de Murcia

La ilusión del agua

COMO todos los muchachos de mi pueblo, yo he tenido la ilusión del agua. Y esta ilusión, como tantas de la vida, me ha costado trabajos, pesares, decepciones y alguna paliza que otra. La ilusión del agua en mí ha persistido de hombre y toda la vida, siendo de tal naturaleza, que ha llegado a pasión. Y es tal pasión que, como en toda pasión, no concibo que los demás hombres no la sientan.

He podido observar en los muchachos de todas partes esta ilusión del agua. Des-

de muy pequeñitos, en chicos y chicas, existe la propensión de chapotear en el agua y de meterse de patitas, en los charcos, con calzado y todo. Sin perjuicio de que las mismas criaturas sean refractarias al baño y a que les laven la cara.

Pues esta ilusión del agua, en mí y en otros muchachos de mi pueblo era locura. ¡Qué borrachera de verano!... ¡Qué borrachera de agua!

Salíamos de la escuela ciegos de ilusión y de entusiasmo. El bochorno, la aglomeración en la sórdida escuela... Salíamos sudados y enrojecido el rostro... De una parte el gran calor, de otra parte nuestra fogosidad propensa a toda travesura. En la escuela habíamos conspirado, habíamos hecho planes hurtando la vigilancia del maestro, habíamos pasado, la mañana toda, con aquella ilusión del agua y puesto el pensamiento nada más que en la hora de salir...

Por fin, salíamos... ¡Oh, la bandá de pajaricos sueltos!... Los conspiradores, para evitar que el maestro se enterase, nos alejábamos rápidamente de la escuela y, luego ya, en un callejón o en una esquina por donde no pasaba gente que pudiera denunciarnos a nuestras madres, dábamos rienda suelta a nuestro entusiasmo:

—Que? vamos?

- ¡Vamos!
- ¿Ande vamos?
- ¡A la boquera!
- ¡No, mejor al baladre!
- ¡Vamos al álamo!
- ¡Bueno, al álamo, ande sea, vamos!
- ¡Vamos!...

Salíamos corriendo en dirección del río. Había que ir por el Ramel, pasar primero los huertos y luego entrar por los sotos. ¡Qué encanto y qué frescura de sotos! ¡Aquellas orillas de río, bajas arenosas, pobladas de cañaverales, de álamos, de tarais y el suelo tapizado de junza, de grama...

Pasábamos como bandidos junto a los tapiales de los huertos. Los huertos estaban rebosantes de tentadora fruta. Pero no era cosa de detenerse entonces: lo primero era nadar... ¡oh, el río, más tentador que la fruta! ¡Lo primero, nadar, capuzarse, tirarse desde lo alto del álamo!... Ya habría lugar a la vuelta de meterle mano a los huertos. Ya haríamos de las nuestras, pero ¡lo primero, nadar!

A través de los cañaverales resplandecía el río, seductor... alucinador... ¡Qué frescura la de las verdes cañas con sus marañas de nudosas retorcidas raíces (rizomas) al descubierto en el ribazo y lamidas y lavadas por los correntales!...

Ya en el soto, no teníamos paciencia pa-

ra llegar hasta la orilla y nos íbamos desnudando por el camino. Nos quitábamos la chaqueta, el chaleco, la gorra. Luego, en un santiamén, fuera alpargates, pantalones y camisón y ¡al agua! Al agua desde el álamo, el famoso álamo, trepando a él por los zoquetes de las ramas cortadas, y arrojándonos de cabeza al remanso del río, desde lo más alto. ¡Qué alboroto, qué chillariza, qué alegría! Completamente desnudos y la piel atezada, por habernos tostado al sol en cueros más de una vez en las orillas del río, subíamos al álamo lo mismo que monos, unos en pos de otros, y nos tirábamos de cabeza, desde una alta rama a la profunda corriente. Salíamos a la superficie dando resoplidos y nadando, y volvíamos a trepar al árbol inmediatamente para arrojarnos otra vez. Cuando ya estábamos rendidos, descansábamos unos momentos sobre la verde grama, puestos en corro en cucullas y en cueros vivos. Parecíamos así una horda verdadera de pequeños indios.

El álamo famoso crecía en el mismo borde del agua, inclinándose un poco sobre el río, y tenía todas las condiciones de un perfecto trampolín. Aguas arriba, un poco más lejos, estaba la **Peña grande**. Era un gran pedrusco en medio del río, en donde las aguas remansaban oscuras formando golfo y haciendo remolinos. Algunos tenía-

mos miedo de nadar allí. Las aguas hacían golgos... Había el peligro de estas ollas que nos podían tragar...

No era extraño que, alguna vez, cuando estábamos en lo mejor, apareciese furibundía, en medio de los nadadores, una de nuestras madres... Se producían el pánico y la desbandada... La mujer caía sobre el hijo tunante dándole una tunda soberana...

—Te he de matar, canalla! infame! Tú me vas a quitar a mí la vida, pero yo, como no escarmientes, voy a dar fin de tí, sin remedio. ¡Galopín! Querrás que el día menos pensado te traigan ahogado sobre una parihuela y que yo salga a tu encuentro dando alaridos y que me vuelva loca de dolor al verte. ¡Canalla, asesino de tu madre, yo te compondré!

Ante aquella desatada tempestad, los demás corríamos cogiendo nuestras ropitas de un puñado y alejándonos en pelota a vestirnos entre los altos panizos, sin enjugarnos, con las temblorosas carnes mojadadas, chorreando el cabello, y los piés llenos de barro... Entonces, con el cuerpo calado, el camisón no quería entrar y, si corría viento, nos entraba frío, viéndonos aturullados con los brazos en alto forcejeando por meterlos en las mangas, y en cueros vivos castañeteando los dientes...

Cuando la aventura tenía feliz término,

eran otras cosas.

Unos a otros nos hacíamos "pan duro", a traición y alevosamente. Tremenda travesura. Consistía en hacer un nudo apretadísimo en una manga de la camisa, metiéndola y echándole barro o cosa peor. Esto era gracioso a final de verano o los días muy frescos, porque el dueño de la camisa tardaba en ponérsela y estaba en pelota temblando de frío, mientras los demás nos reíamos...

Lo terrible del "pan duro" es que había que soltar el nudo con los dientes, por lo apretado que estaba, y era imprescindible mordisquear en el infame nudo, sucio de barro o de inmundicia... ¡Qué risotadas!

Otras veces se le escondía a uno la ropa... Había que verlo en el momento oportuno, echando venablos reclamando su ropa o buscándola, completamente en cueros, tiritando de frío y con las manos entre las piernas...

Se contaban travesuras peores.

Una vez a un muchacho, ya medio mozo y muy aprensivo, le estrecharon un poco los pantalones por dentro con unas puntadas y, de acuerdo todos los demás, cuando salió del agua para vestirse comenzaron a mirarlo, como sorprendidos, y a decirle:

—Oye, tú, ¿pero qué te pasa?

— A mi? nada!

— Cómo! Si estás amarillo como la cera y estás hinchauzo...

— Yo!

— Sí que estás hinchao.

— ¿Te habrá picao alguna culebra del agua?

— Me pienso que no... Yo no he sentido na...

Pero el muchacho se puso preocupado y, cuando fué a meterse los pantalones y vió que apenas le entraban, se puso amarillo de verdad.

— Lo ves? estás hinchauzo!

El muchacho se fué a su casa casi malo del susto y con los pantalones a medio subir, hasta que su madre descubrió las puntadas de los galopines.



De tanto chapuzarnos, se nos llenaban de agua los oídos y, para sacar el agua, luego, nos estábamos desnudos como nuestra madre nos parió y, dale que le das, golpeándonos en el oído con dos piedrecitas...

Escarmentados del "panduro" y demás diabluras nos cuidábamos mucho de la ropa: a veces quedaba nombrado uno de

guardia y lo más frecuente era, ya desnudos, pasar la ropa, hecha un lío sobre la cabeza, hasta un islote del río.

De sitios para bañarnos habían, además de los nombrados, el antiguo muelle de la barca, el escurrior del molino, la estaca grande y la pequeña y el pozo de la azarbe.

En el baladre se bañaban los atrevidos y buenos nadadores. Allí el río formaba una estrecha y profunda corriente que socababa un alto ribazo, y había que tirarse tomando carrera. Salían del agua agarrándose a las ramas del baladre y trepando sobre el ribazo; después, chorreando agua y cubriéndose sus partes con una mano, se alejaban como veinte pasos hasta una higuera desde la que pillaban correntilla, santiguándose primeramente, y se tiraban de nuevo.

En el muelle de la antigua barca se bañaban los muchachos pequeños que no sabían nadar, porque era un sitio donde había poca profundidad. Los que ya sabían nadar un poco se bañaban en la **Estaca pequeña**, otros más adelantados y atrevidos en la **Estaca grande** y, por fin, los grandullones en **El Baladre**, que era un lugar temeroso...

El chapuzarse, o darse capuzones o zambullidas, era lo más divertido del programa





UN HUERTANO: PEPUSO EN «MARÍA DEL CARMEN»
(ACTOR FELIPE CARSI)

y había capuzones y saltos mortales desde el ribazo del Baladre o desde las altas ramas del Alamo, por san Fulano o san Zutano, por tí, por el otro, y por esto y por aquello, y por el padre y la madre y por la novia...

En cambio había muchachos temerosos del agua, a quienes sus padres los llevaban a bañarse, y de estos muchachos, algunos, por nada querían capuzarse ni meterse del todo en el agua: andaban en pelota, como zancudos pelados, dando saltos de un charco en otro. Los padres de estos muchachos se irritaban:

— Muchacho, métete dentro. Muchacho capúzate... ¡Muchacho, no ves que si no te mojas la cabeza, te van a salir pupas!...



Yo empecé a nadar un poco en la Estaca pequeña; pero tuve que ir a la boquera para soltarme del todo.

Llamábamos la Estaca pequeña a un corrental formado entre la orilla y un pequeño islote poblado de juncos. En el centro del corrental había como dos brazas en donde nos cubría o salvaba el agua a los muchachos pequeños. La azaña consistía en aventurarse braceando y pasar el

corrental. En aquel punto del río hubo alguna estacada y aún le quedaba alguna estaca, de lo cual debía venirle su nombre. Algo así era la **Estaca grande**, cerca del **Baladre** y en donde ya había una corriente más ancha y más profunda. En la **Estaca grande** ya se levantaba la orilla formando ribazo, allí empezaban los muchachos grandes y nadadores a tirarse saltos y volteretas y panzadas, para ascender a la suspirada y alta categoría de nadadores del **Baladre**.

En **El Alamo** y la **Peña grande** había que ser buenos nadadores y atrevidos, sobre todo en la **Peña grande**; pero en aquellos sitios no había concurso, como dijéramos, ni público selecto e inteligente: en el **Baladre** sí. En el **Baladre** había público de curiosos expectadores, muchachos y hombres todos, por supuesto, y, entre el público, algunos famosos nadadores que consagraban con su opinión favorable a los más valientes y aventajados de los que nadaban. Este público, de hombres y de muchachos, concurría todas las tardes, durante el verano, a las alturas del **Baladre**. Entre el público se veían ir y venir en cueros a los zangurullones, tapándose sus partes con una mano y discutiendo y apostando a que daban el salto mortal en el aire y a que se estaban debajo del agua

tantos y cuantos minutos. Las mozas y mujeres que iban a lavar o a sus quehaceres de la huerta, pasaban algo alejadas, mirando de soslayo y, algunas veces que los zangurullones hacían cínica ostentación de su desnudez, se tapaban los ojos con la mano y se alejaban refunfuñando:

— ¡Habrás visto sinvergüenzones!

Los hombres y muchachos reían a carcajadas y alguno decía, aludiendo a las mujeres.

— Si no les gustara, no echarían por aquí... Se tapan los ojos con la mano, pero abriendo los dedos...



El Alamo y la Peña grande pillaban lejos. Allí no iba público y allí no se nadaba por galas, sino por gran afición y por el gusto y la ilusión del agua. El Alamo y la Peña grande eran para los nadadores furtivos que, aunque pequeños muchachos, ya prometían por lo atrevidos y ágiles y resistentes, ser futuros famosos nadadores. En el Baladre y los otros lugares, casi todos en las inmediaciones del puente, había el peligro de las madres furibundas... Para ir al Alamo y a la Peña grande ya había que darse una caminata

y tomar una sofoquina con todo el chicharrero de la siesta, que era la hora en que a los muchachos más nos gustaba ir a nadar. A la siesta convidaba el fuerte calor, a la siesta solían dormir nuestros padres, y a la siesta se descuidaban los dueños de los huertos y era el momento de caer como bandadas de pájaros sobre los melocotones y los perales...



Cuando yo empecé a nadar en la Estaca pequeña, me pasó un chasco: me quise aventurar nadando donde el agua me cubría y sentí que me iba a fondo... Tragué bastante agua y pasé por la terrible sensación de ahogarme... de morir... ¡qué angustia! Un compañero mío, mayor que yo, dándome un tirón de un brazo, me sacó a donde ya se hacía pié. Fué un susto grande el que me llevé y estuve una temporada sin ir al río.

Contándole esto a uno de mis amigos me dijo:

— No seas tonto. Pa aprender a nadar no hay na como la **Boquera**.

— La **Boquera** me atemoriza con aquel corrental tan grande.

— Ahí tienes: pues lo mejor de la **Boquera** es el corrental. A mí me daba mie-

do también y luego vi que la Boquera engañaba.

— ¡Sí, engañaba!... ¿Y el hijo de la tía Paula cuando se tiró en la Boquera y se ahogó?

— No se ahogó: se mató porque se tiró de cabeza y se dió en una estaca.

— Es igual: se tiró y no volvió a salir. Lo buscaban en el fondo con sogas y ganchos y no daban con él... Me acuerdo yo... Luego apareció a los tres días, como tos los ahogaos, nadando muerto encima del agua...

— Si me acuerdo yo también: fuimos al entierro tos los zagales de la escuela y, los más grandes, se mudaban de cuatro en cuatro llevando el ataúd.

— Fué la música...

— Sí...

— Y, en la escuela, a la vuelta del entierro, el maestro nos reprendió y nos dijo que ya veíamos lo que salía de nuestra locura de ir a nadar sin permiso de los padres.

— Pero es que los padres no dan permiso.

— ¡En la casa de la tía Paula, cuando sacaron el muerto, se sentían unos alaríos!...

— ¡Si me acuerdo yo!... Fueron más grandes los alaríos, cuando vió la tía

Paula que traían al hijo encima de unas angarillas, tó hinchao y desfigurao... Yo estaba allí. Lo habían encontrao en la acequia - Alguazas atrancao en unos zarzales...

— Dá temor.

— Sí que dá; pero si por eso ya no fuéramos a nadar nunca... Te digo que como la **Boquera** no hay na pa aprender a nadar pronto.

Y me dió tantas seguridades y fué tanta la tentación de una siesta calurosa en que se asaban los pájaros, que al cabo me decidí, a ir, con éste y otros dos amigotes, a la **Boquera**.

Se iba a la **Boquera** por el Matar, siguiendo la senda junto al huerto de Clemente Gallego y atravesando unos bancales de pimientos...

La **Boquera** era un sitio delicioso. El río, contenido por la represa, formaba allí la embocadura de la Acequia-Alguazas y entraba, con vertiginoso corrental, casi todo entero en la ancha acequia. A esta embocadura o gran toma se llamaba la **Boquera**.

En el verano sombreaban la **Boquera** los cañaverales, higueras y granados... El río se deslizaba bajo un tupido toldo de verdes... Ya en la Acequia, se juntaba en muchos sitios la vegetación de

ambas orillas, entrelazada de campanillas blancas y azules, formando una bóveda de belleza fantástica, por la que el corrental se deslizaba mansamente rumoroso...

En el cañaveral de la Boquera había un claro a manera de escaño o de solio real alzado al borde de la embocadura de la acequia, formando dosel sobre este escaño el hermoso cañaveral de liceras, y sirviéndole de mullida alfombra la verde y fresca grama de la que el suelo estaba recubierto... Desde allí era soberbio el panorama de las extendidas aguas del río precipitándose sobre la represa en cascadas de blanquísimas espumas... Enfrente, sobre los terreros del río, blanqueaban las casitas de Churra... Allá abajo, a la sombra de los altos terreros, socabados, se veía la toma y la acequia de Caravija que se perdía en un oscuro cauce subterráneo...

En este escaño, o claro del cañaveral de la Boquera, era donde los muchachos se desnudaban y vestían, cuando se bañaban, y desde donde, dando un salto, se tiraban en medio del corrental del río que entraba en la acequia como una exalación...

Por lo imponente de la correntada, esto me parecía a mí sencillamente espantoso; pero, a la vez, me quedaba atónito

viendo que se arrojaban, al tremendo corrental, muchachos más pequeños que yo y que, después de dar unas brazadas en la Boquera, salían ufanos y contentos a la orilla para repetir de nuevo el salto.

— ¡Vamos! ¡Atrévete! — me decían — ¿No ves que es esto la cosa más sencilla? No tengas temor, no hay peligro. Verás como te alegras de probar.

No vacilé más tiempo, y seguí el ejemplo de los otros muchachos. Me quité las ropas rápidamente... Ya en cueros, una rachita de viento fresco agitó las cañas, que rumorearon como diciendo: "Anda, hombre!" y temblaron mis carnes desnudas en un espeluzno de frío... Entre el miedo y el fresquito aquél, estuve a punto de arrepentirme, pero por no aparecer cobarde, hice un ánimo y, cerrando los ojos, me santigüé y dí un salto arrojándome al corrental. Y aún no había caído en el corrental, cuando ya me ví de nuevo en la orilla dispuesto a saltar otra vez, lo mismo que hacían mis compañeros.

¡Bien decía aquel amigote mío que lo mejor era el corrental!

En el corrental había una gran profundidad de agua pero, con que diésemos unas brazadas, la misma corriente nos sacaba a flote y nos arrastraba a la orilla, donde ya sentábamos pié.

Era aquel terrible corrental como un gigantón espantoso de presencia, pero bondadoso e inocente que le gusta jugar con chicos... Nos dejaba saltar sobre sus espaldas de titán y se divertía asustándonos con furiosos resoplidos y echándonos de un empujón sobre la blanda e inofensiva arena de la orilla... Y el agua se marchaba, murmurante, acequia abajo, riéndose de las bromas del corrental...

No fué el inocente corrental quien mató al hijo de la tía Paula... fué alguna traidora estaca de los viejos estacados, en la que se golpeó, viniendo a encontrar la muerte...

Y esto lo comentábamos al vestirnos, metiéndonos con dificultad en las mojadas carnes los estrechos camisones.

Así aprendí yo a nadar o, mejor dicho, así perdí yo el miedo, que es lo que hace falta para aprender a nadar.



Una vez ya no fué la ilusión del agua: fué la locura del agua.

Se habían juntado unos muchachos a bañarse en la Balsa de la Virgen. La **Balsa de la Virgen** estaba en un huerto de uno de los muchachos, el más loco de todos.

La Balsa de la Virgen era una alberca grande que había para regar el huerto. Dando sombra a la balsa había una higuera grandona, también un gran albaricoquero y dos o tres melocotoneros. La higuera y los melocotoneros estaban que se hundían de fruta.

Los muchachos se pusieron a bañarse con todo el rechichero de la siesta, inmediatamente después de comer, y, sobre esto, le metieron mano a la fruta, y saltos van y saltos vienen y zambullidas o capuzones, uno detrás de otro, y salirse al sol en cueros y vuelta al agua y que me subo a la higuera y que me tiro de panza... en fin, una locura, una borrachera de agua!...

¿Y qué resultó? Pues resultó que el muchacho del huerto de la Balsa de la Virgen llegó a su casa con un dolor entripao y a las dos horas estaba muerto.

Decía un viejo en el entierro:

¡No son pocos los muchachicos enterraos en el camposanto de nuestro lugar, muertos, ahogaos muchos... de golpazos y de rampas, al tirarse de cabeza, no pocos... de solaneros, bastantes... de hincharse de fruta verde y de bañarse a la ves, muchísimos!...

Lícitamente, sin miedo a palizas y disgustos, he gozado también mucho del agua.

Mi padre era dichoso llevando a su mujer y a sus hijos a todas partes y, para quitarnos, a mis hermanos y a mí, de la tentación de ir con otros muchachos a nadar al río, nos llevaba él mismo. Muchas veces venía mi madre y nos bañábamos juntos toda la familia. En estos casos mi padre nos llevaba al **Pozo de la azarbe**. Pillaba un poco lejos, pero era un sitio encantador y apartado del tránsito de la gente.

Se llamaba **Pozo de la azarbe** a un gran desagüe de la acequia—Alguazas que daba sobre el río con su gran compuerta. Esta compuerta servía de regulador para que la gran acequia no llegase a rebalsar y, desde una altura de dos o tres metros, caía casi constantemente al río un hermoso salto de agua... Era una cascada bonita, de un metro de anchura y tres o cuatro de alto, que formaba en la orilla del río un pequeño lago de aguas bulliciosas y limpias. El pozo escavado por este salto de agua era el **Pozo de la azarbe**. La azarbe es la gran acequia.

Pues a este lugar nos traía mi padre y era para nosotros una verdadera fiesta.

Cuando íbamos a bañarnos al **Pozo de la azarbe**, era para pasar allí la mayor par-

te del día. Mi madre disponía una cesta con la merienda y mi padre preparaba los calabazones para enseñarnos a nadar.

Siempre era un día feliz... ¡Oh, qué alegría!

El Pozo de la azarbe estaba rodeado de mimbres y cañas y juncos y enneas... Las orillas y el fondo del agua estaban recubiertos de arena y de fino chinarro... Mi padre elegía una sombra agradable y dejaba bien instalada a mi madre con algún hermanito mío pequeño. Luego se bañaba con nosotros, procurando enseñarnos a nadar. Tenía una gran paciencia: nos hacía nadar, llevándonos con un brazo... se tiraba capuzones para estimularnos a capuzarnos también.

Mi madre, que era muy enérgica, solía gritar:

—Mira ese muchacho, no se moja la cabeza, capúzalo!

Aunque mi madre parecía tan dura, cuando salíamos del baño, venía muy tiernamente a taparnos con una sábana...

Cuando salíamos del baño los muchachos, nos recomendaban estarnos quietos a la sombra y entraba en el baño mi madre acompañada de mi padre... Mi madre se bañaba, serena y reposada, usando como bañador una limpia camisa blanca... Mi padre atendía a mi madre en el baño con

amos cuidados y con solicitud y cariño... Cuando salía mi madre del agua, mi padre la cubría con la sábana y le ayudaba a quitarse el bañador... luego le iba dando las prendas de vestir...

Después del baño merendábamos... A veces, mientras nosotros jugábamos, mi padre, tendido en la yerba, le leía a mi madre un libro...



Las muchachas, las mozas, las mujeres, también tenían la ilusión del agua... Pero esto era otra cosa. Por el recato, natural en ellas, la mayoría se bañaba de noche. Algunas que tenían huertos, por dentro de los cuales pasaba la acequia, iban a ellos con sus amigas al oscurecer. Ya se comprendía que iban a bañarse, al verlas pasar a esta hora en grupos alegres... Algunas llevaban a la cabeza un bultito de ropa con el bañador y la sábana para cubrirse. El bañador de casi todas era una blanca y amplia camisa. Ya oscuro, salía de algunos huertos la gran alegría de una gavilla de mujeres que se estaban bañando.

—¡Qué gavilla, canijo! — decía algún viejo, al pasar.—Luego dicen que las mujeres. ¡Habrás visto qué chillidos y qué

palabras!

Y algún otro viejo agregaba asintiendo:

—¿Las mujeres? ¡peor que los hombres, mil veces, si se les diera amplitud! Hay mozas de éstas que ¡ya! ¡ya!...

Y no era extraño que alguna moza, que en aquel instante iba también al huerto, exclamase al oír al viejo:

—¡Habrás escuerzo malino!

Una gran cantidad de mujeres se bañaba de noche en el río debajo del puente. Era un jubileo los días de gran calor. Desde que oscurecía, iba y venía una constante procesión por el carril y por el camino de la casica del barco. Iban en grupos: vecinas, amigas, familia... Al pasar y chillando, se hacían invitaciones:

—María, vienes?

—No puedo esta noche.

Y algún mozo chusco solía entrometerse diciendo:

—¿Quiés que vaya yo?

—¡Qué gracioso!—decía la muchacha, y se alejaba haciendo un mohín.

Algo de fantástico tenía el baño de las mujeres, de noche, debajo del puente. Desde el pretil mirábamos las muchachas, y algunos mozos y hombres se deslizaban y agazapaban, bajando por los estribos o machos del puente, para ver a las mujeres más de cerca.

En el agua que espejaba las estrellas afluían y refluían gentiles sombras blancas... Éra un hormigugar de sutiles gallardos fantasmas.... Unas cuchicheaban, otras reían, de pronto, ruidosamente... Se oía decir:

—¡A ver si te callas! Hay hombres arriba y nos van a conocer.

Esbeltas, finas, se deslizaban ráudas con sus camisas blancas largas como túnicas... Otras se encogían, por el fresco de la noche, y caminaban con pasitos temerosos, al pisar con sus piés desnudos el mojado chinarro.... Algunos piés y algunos brazos desnudos parecían en la oscuridad más blancos y finos que la muselina de las camisas...

Se murmuraba que algunas mujeres se bañaban completamente en cueros... Las había muy atrevidas y alegres y marimachos... A veces, de un rincón oscuro del río, de entre las matas de juncos o de entre las cañas, se escapaba un fuerte chillido...

—¿Qué le habrán hecho a esa?—solía decir, en voz baja, alguno de los mozos que estaban atisbando.

Algunas madres llevaban a sus nenes que andaban como angelitos en cueros entre las mujeres...

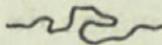
Se oía decir alguna vez:

—Oye! Mira que ese zagal ya es muy grande y tiene mucha malicia.

Había mujeres de una pudibundez extrema y las había despreocupadas. Y las había que se transformaban, con la alegría del baño, de muchachas modosas en diábolos encantadores...

—¡Pero mira ésta, que parecía que no las gastaba!

Las aguas bullían, las sombras blancas bullían, las risas bullían...



Ascendencia

MI ABUELA

MI abuela paterna tenía cerca de ochenta años y yo tenía diez. Mi abuela me quería mucho; me llevaba a su casa y yo dormía y comía con ella largas temporadas. Mi abuela estaba viuda desde hacía más de veinticinco años, y había criado y casado ocho hijos; era hacendosa, limpia y vivaz. Alquilaba una camarita o un cuarto y le gustaba vivir independiente. Aunque sus hijos e hijas le ayudaban un poco, vivía de su trabajo: hacía fajas para nenes

y emballenados para armadores o corpiños. Las fajas eran de algodón tejidas con moldes o agujas de acero. Los emballenados eran de lienzo crudo y en lugar de balleñas mi abuela les ponía cañitas hábilmente trabajadas. A mi abuela le gustaba mucho caminar e iba siempre con su cestita al brazo preparando sus emballenados o tejiendo sus fajas. De una y de otra cosa le encargaban y vendía.

Mi abuela no era una viejecita encorvada. Era—como decían—tiesa como un espárrago. Vestía refajo como las viejas castellanas y calzaba media parda y blancos alpargaticos de cara estrecha. Mi abuela — si se quiere — era primorosa. En su cuartito tenía infinidad de estampas y varatijas. No le gustaba que tirasen nada; lo recogía todo, apañaba los muñecos rotos y las estampas desgarradas. En el interior de la tapa del arca de sus ropas tenía pegados con pan mascado unos dibujos hechos por su hijo Miguel, que se murió joven y que se significó por cierta disposición artística. Mi abuela tenía en su cuartito de toda clase de yerbas curativas y de aceites y bálsamos. Tenía también una gran faltriquera llena de broches de todas clases y un gran alfiletero repleto de las más variadas agujas. ¡Y qué se yo! Josefa la de Blas — como la llamaban — tenía de

todo. Una yerba medicinal, un broche raro, un pedacico de zaraza extraña, ella los tendría. Pero no le gustaba que le trastearan las cosas. Se soliviantaba cuando los nietos o las vecinas iban a trastear en su pequeño museo de baratillo, que no otra cosa era aquel cuartito de mi abuela.

Mi abuela era muy recogida: un pedacito de leña, un hilo, un papel utilizable... ella todo lo ponía en su cestita y lo llevaba a su casa. Hacía excursiones a la huerta y al campo y venía con su cestita llena de frutas y de hortalizas y con su hacecito de cañas o de ramas para el fuego.

Yo recuerdo a mi abuela y reconozco en mi manera de ser, muchas condiciones de aquellas de actividad y aprovechamiento.

Y cuando estoy en mi casa y me veo rodeado por todas partes de estampas y cachivaches, me acuerdo del cuartito de mi abuela y me parece que la veo entrar tiesa como un espárrago y al brazo su cestita de cañas con sus emballenados y con un pedacito de leña que había encontrado en la calle.

MI ABUELO

YO no conocí a mi abuelo paterno; mi padre me hablaba de él.

Una vez mi padre me llevó a la "Fuente del vencejo" y me dijo: "A esta fuente me traía mi padre". La "Fuente del vencejo" estaba en un pequeño cerro. Cuando llovía se depositaba el agua en una roca ahuecada por dentro que tenía sólo un pequeño agujero exterior. El agua estaba allí fresca y limpia en una cisterna natural y había que extraerla haciendo una especie de sifón con un hisopo de matacabra, que era una planta de monte, flexible y apropiado. Se introducía el hisopo por el agujero de la roca y, moviéndolo para adentro y para afuera, salía el agua del interior de la roca a una piletita natural que había debajo al exterior, y ya podíamos beberla.

No recuerdo bien si mi padre me decía que aquel paseo a la "Fuente del vencejo" era tradicional de mi bisabuelo, pues mi padre me decía que siempre en la "Fuente del vencejo" rezaban un padrenuestro por el abuelo muerto. Yo creo que mi padre ya no rezaba... yo, menos. Mi abuelo Blas, seguramente que rezaba y asimismo mi bisabuelo... No sé bien si mi bisabuelo se llamaba el tío Antón Fermín.

De lo que mi padre me contaba de mi abuelo, recuerdo, nada más, que mi abuelo Blas se pasó la mayor parte de su vida de criado de confianza en la casa señorial del pueblo y que, cuando murió su amo, que

creo que era don Juan Llamas, apelaron los herederos a mi abuelo para que les dijese en dónde estaba escondido el oro, en distintos secretos y huecos de las paredes, según era costumbre. Y mi abuelo, como un bendito, fué entregando una a una las bolsadas de onzas sin padecer el más leve olvido. Pudo entregar la mitad y menos y hacerse rico él también; pero mi abuelo era lo que ha venido llamándose un hombre honrado a carta cabal. Sin embargo mis tías y otras personas no menos concienzudas, siempre que comentaban este proceder de mi abuelo, decían: "¡Qué tonto!"

Efectivamente a mi pobre abuelo le recompensaron los herederos dejándolo sin empleo. Tuvo entonces el pobre que dedicarse a traer a cuestras leña del monte y un día llegó echando sangre por la boca reventado por la carga...

Mi padre se quedó huérfano a los doce años, y entró de criadito en casa de unos parientes; mis tías—cinco mozas—se pusieron a servir también; y mi abuela se colocó de cocinera en el cuartel de la guardia civil para dar de comer a los guardias solteros.



Muchas veces he meditado sobre la vida de mi abuelo Blas, hombre a carta ca-

lal, bueno y honrado, y sobre la vida de mi abuela, vivaz, laboriosa y aprovechada, guiando y defendiendo aquel familión hasta ver sus hijas y sus hijos casados todos y todavía, queriendo, a los ochenta años, vivir independiente y sola haciendo emballados y fajicas de algodón...

MIS ABUELOS MATERNOS

NO conocí a mi abuela materna; murió más o menos cuando yo nací. Era de Molina, pueblo distante dos leguas del mío—pueblo de mucho pimentón y de mucha cebolla de cabeza. Mi abuela materna se llamaba Josefa Ruíz y era huertana. Pero a mi abuelo materno — Joaquín Tomás — lo traté mucho. ¡Qué bueno y qué simpático era mi abuelo Joaquín! Mi abuelo Joaquín había sido soldado de la guerra de la Independencia y estuvo preso de los franceses y fué con las legiones de Napoleón a pelear a Rusia... Contaba de hambres, de piés comidos por los hielos y de gentes hospitalarias a quienes se acogió en su miseria de pobre soldado prisionero...

Mi abuelo Joaquín fué molinero, era instruido, entendía de números, de mecánica... hacía relojes de Sol...

Yo era pequeñito cuando mi abuelo Joaquín vino a vivir a casa; ya era muy viejo y estaba ciego. ¡Pobre! Yo le servía de lazarillo. Mi abuelo Joaquín era muy bondadoso, muy paciente. Por las mañanas, en invierno, yo lo sacaba de la mano, al solecito... él me retenía tiernamente entre sus rodillas acariciándome, con sus manos temblorosas, palpándome y levantando su cabeza en una vacía mirada de ciego en éxtasis...

Mi abuelo Joaquín era alto, delgado, esbelto... Quiero recordar que, a pesar de estar ciego, se afeitaba solo.

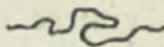


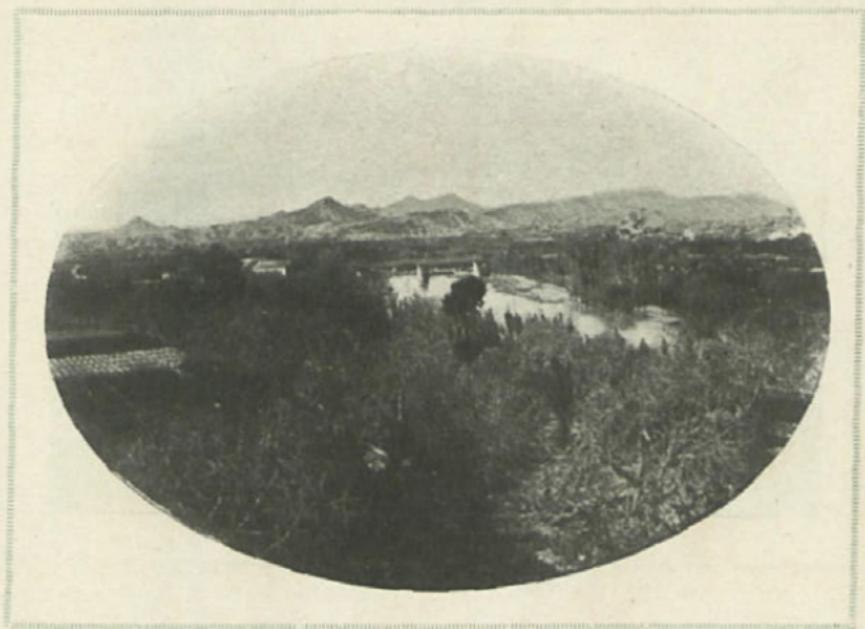
Una noche estaba sola en casa mi madre conmigo y con mis hermanitos; mi abuelo Joaquín ya se había acostado. Esperábamos a que viniese mi padre que había ido a la casa de un usurero del pueblo a hacer un documento, por cuyo trabajo le daban dos reales. De pronto mi madre se levantó y entró apresurada al cuartito en donde dormía mi abuelo Joaquín, como si lo hubiese sentido quejarse o llamarla, y enseguida salió del cuarto angustiada y llorando y se marchó a la calle dejándonos solitos a mis hermanos y a mí. A poquito

volvió mi madre con mi padre y entraron corriendo al cuarto y, al momento, se oyó llorar más fuerte a mi madre... Mi abuelo Joaquín se había muerto.

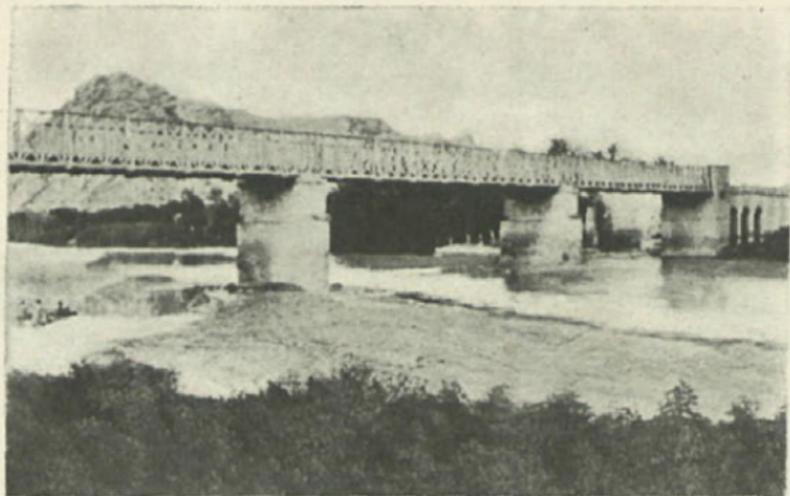


Creo que me escapé de casa cuando fueron a enterrar a mi abuelo Joaquín, y que ví, entre un corro de muchachos, cómo el sepulturero echaba azadonazos de tierra sobre el pobre ataúd.





MI PUEBLECITO, EL RÍO Y LA HUERTA... AL FONDO, A LA DERECHA, LOMAS DE «LA
SERRETILLA»; A LA IZQUIERDA, UN CONO PEQUEÑITO Y PERFECTO, «CABECICO AGUDO».
MI PADRE ME DECÍA: «MÍRALO: PARECE UN MONTONCICO DE TRIGO.»



EL PUENTE DE MI PUEBLO Y EL
"CABEZO DE LAS ZORRAS".

© Ayuntamiento de Murcia

Juan de Dios

el de los romances

MI padre fué tan aficionado a papeles, que se hizo vendedor de romances, oraciones y estampas de santos.

Yo recuerdo a mi padre y me veo en él: mi padre leía a Víctor Hugo, comentaba con entusiasmo la revolución francesa y por Navidad cantaba villancicos en la iglesia de nuestra aldea.

Yo acompañaba a mi padre en sus correrías por los pueblos a vender calendarios zaragozanos y romances. Ibamos, a

pié, desde Archena, a Mula, Bullas, Cehejín, Caravaca, Moratalla...

Eran siempre en invierno tales correrías. Llegábamos al anoecer a la posada. Comíamos un caldo de bacalao al calor del gran hogar. Mi padre hablaba con los arrieros: ya lo conocían, era bastante popular.

—Juan de Dios, léenos algo.

Mi padre leía muy bien: tenía una voz clara y fresca. Y se ponía a leer, al gran fuego de sarmientos o de ramuja de olivo, sentado entre los arrieros, aquellos romances que vendíamos a dos cuartos el pliego. De estos romances hoy releo algunos en el tomo N.º 158 de la **Biblioteca Universal**: “Santa Genoveva”, “Francisco Estéban el Guapo”, “Lisardo el Estudiante”, “Los nombres, costumbres y propiedades de las señoras mujeres” y otros, hacían las delicias del rústico auditorio. Al terminar la lectura siempre vendíamos algunos romances.

Esta lectura en público facilitaba mucho la venta y era el gran recurso de mi padre en la plaza del pueblo a la hora del mercado.

Poníamos nuestro puesto. Con clavos y cuerdas y unos pedacitos de caña que hacían de pinzas, colgábamos en una pared los romances y estampas. Yo, que entonces tenía de 11 a 12 años, guardaba el puesto mientras mi padre iba por el almuerzo:



era, generalmente, sardina fresca frita muy caliente y pan tierno. Hacía mucho frío y entrábamos en calor acompañándonos también de algún buen trago de vino.

Entonces mi padre decía a los rústicos que formaban corro frente a nuestros papeles:

—Caballeros, tengo el legítimo calendario zaragozano, tengo historias, romances y oraciones: “Blanca flor”, “Diego Corrientes”, “Los doce pares de Francia”... Voy a leerles el romance del “Maldito dinero”. Y leía:

Por tí, dinero, hay ladrones,
trampitas y matuteros,
cuadrillas de bandoleros,
alcahuetas y soplones.

.....
.....

¡Oh, dinero, cuánto vales,
quién te supiera guardar,
porque al rico lo enalteces
y al pobre lo abates más!

Luego leía alborozando el corro y atrayendo a las lugareñas "Los nombres, costumbres y propiedades de las señoras mujeres". Con este motivo los hombres y las mujeres se decían chilindrinas y soltaban risotadas. Leía también "Las ligas de mi morena", que amenizaban los mozos con algunas burradas. Finalmente los hombres compraban calendarios e historias de valentías, y las mujeres trovos amorosos, oraciones y estampas.



Nuestra vida era muy humilde. No siempre podíamos tomar en las posadas un cuarto con una cama que costaba una peseta. Dormíamos en los pajares. En Mula una

noche, estaba tan llena la posada, pajar y todo, que tuvimos que dormir al raso debajo de una descubierta porchada sobre un aparejo, jarma y demás, que nos prestó un arriero. Nuestros paquetes de romances nos servían de almohada. A media noche yo me desperté titiritando, había caído un escarchazo terrible y mi padre, bueno y amantísimo, quedándose sin abrigo me tapaba con toda la manta y se apretaba a mí dándome su calor... Y decía a mi protesta porque me daba toda la manta: "Yo el frío lo siento solo en tí, pobretico".

Por cierto que la manta, mojada por la escarcha y tiesa por la helada cruel, parecía el vidrio de los charcos helados y crugía al doblarse como si se quebrara... Yo me arrebujé apretado a mi padre, y recuerdo muy bien que, durante un rato largo, miré con abiertos ojos, aquel cielo impasible, cuajado de divinas estrellas, que a nosotros y a tantos pobres nos fustigaba ¡verdugo! con el implacable látigo del frío...



En un viaje a Moratalla hicimos a pié una jornada de más de ocho leguas: íbamos cansadísimos, lloviznaba, se nos hizo noche por caminos desconocidos, ladraban furiosamente en los cortijos los rabiosos masti-

nes... Yo no podía más y me iba quedando a la zaga. Mi padre se echó a cuestras ni mantita con el paquetito que yo llevaba,



para aligerarme de peso, y me animó con dulces palabras: "Anda, que ya falta poco. Aquellas son las luces de Moratalla". Efectivamente se veían las luces del pueblo en la altura de un cerro. Pero, como en el cuento de "irás y no volverás" se veía aquella lucecita pero no se llegaba nunca. Mi padre apretaba el paso y yo me seguía rezagando. Por fin me dijo que me tomaría en brazos. ¡Pobre padre! Yo no quise y saqué fuerzas de flaqueza. ¡Pero qué dolor de piés! La llovizna arreciaba y era muy helada. Era una lluvia de saetas que herían... punzaban y cortaban... Mi padre dijo: "Esto es nieve". Lo era porque las sierras cerca-

nas las viros por el día blancas las cumbres.

Al cabo llegamos despeados a Moratalla y en la posada mi padre pidió un cuarto con cama. "¡No faltaba más!—decía—Mañana con la venta nos resarciremos; este es un pueblo rico". No resultó así, pues al día siguiente no vendimos ni una estampa. Yo delante de nuestro puesto almorcé pan e higos secos, y los chicos que se acercaban cogían del suelo los pedacitos y pezones, que yo despreciaba, y se los comían. Muchas pobres gentes roían los tronchos de las coles tirados a la basura. "¡Vámonos cuanto antes, me horroriza esto!"—dijo mi padre.

El día era hermoso y despejado, aunque intensamente frío... Y, ya por las cañadas de Moratalla, camino de Caravaca, y habiendo entrado en calor con la caminata cuesta abajo, mi padre decía:

—Menos mal que hace sol, sinó desdichados de los pobres.



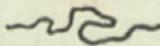
Yo recuerdo a mi padre y me veo en él: Los pobres, los débiles, el frío, las obras de Antonio de Trueba que fueron la biblia de nuestra casa, los romances populares que a mí me hicieron poeta y que nos dieron el pan del invierno...

Cuando de estas correrías llegábamos a casa, mi padre le decía casi siempre a mi madre:

—Mal que bien, traemos para comprar una saca de harina: ¡el pan de mis hijos!



Mi compañera que duerme el dulce sueño debajo de unas flores, ya cinco años, conocía mucho a Juan de Dios el de los romances. Mi Compañera decía: "No hay hombre más bueno que mi suegro". Y es que él fué siempre bueno para ella y para todos. Ella también fué de lo bueno que hay. Todo lo bueno se lo lleva Dios. Por eso tan pronto, a Juan de Dios el de los romances y a la Compañera, Dios se los llevó a su lado.





EL RÍO, LA HUERTA Y CABEZOS: A LA
IZQUIERDA «LOPE» Y A LA DERECHA
«CASTILLO DE LOS MOROS».



CEMENTERIO DE MI PUEBLO. EL CUARTO NICHOS DE LA PRIMERA FILA DE ARRIBA,
EMPEZANDO POR LA IZQUIERDA, ES EL DE MI PADRE.

© Ayuntamiento de Murcia

Mi pueblecito

Quijote de la cultura

El 29 de Septiembre de 1920, se celebrará en Archena (Murcia) el Centenario del Maestro de escuela Miguel Medina, que en esa fecha hubiera cumplido los cien años de edad.

Este Centenario del Maestro se celebra por iniciativa de los que fueron sus discípulos, secundados por el Municipio. Se inaugurará una escuela llamada "ESCUELA DEL MAESTRO MIGUEL MEDINA", y el terreno para esa escuela lo comprará el pueblo por subscripción popular.

Para ese Centenario (y como discípulo que fui del Maestro Medina — mi tío) me han pedido unas líneas: ¡ahí van estas palabras de mi corazón á mi pueblecito!

Querido pueblo mío:
Vas a celebrar el centenario de un pobre maestro de escuela. Es caballerosa y original esta empresa que acometes. An-

tes, pueblo mío, erigiste una estatua al propio maestro: ya fué una lanza que rompiste en tu serie de caballerosas empresas. Yo quisiera, pueblo mío, que siguyes por ese camino y que en tus aventuras caballerescas, como nuevo Don Quijote, ni te atemorizaran follones ni malandrines, ni te sacaran de tu gloriosa locura ni el cura ni el barbero.

Querido pueblo mío, esta hazaña tuya es ejemplar: como el Alcalde de Móstoles le señaló a España el camino del heroísmo y de una gloriosa independencia, así tú, pueblo mío, señalas a España un camino de cultura y de gloriosa redención. Haces en este momento, pueblo mío, una bandera de la enseñanza y del honor de la enseñanza. Defiende siempre esa bandera, pueblo mío, pues no hay más gloriosa bandera. Es tan gloriosa y es tan grande que puede cobijar al mundo entero. Es tan soberana esa bandera que, para salvarse el mundo, tendrán que someterse a esa bandera todas las demás banderas del mundo.

Sigue tu bandera, pueblo mío, vive por ella, muere por ella, y, como nueva Covadonga, álzate con ella, desde ese rincón del mundo, en gloriosa reconquista de la patria que gime cautiva en poder de los infieles...

Pueblo mío, te sonríes al oírme, vuelves a mí tus ojos compasivos y piensas: "Fiebre... locura... imaginaciones de poeta"...

No, pueblo mío querido: en todo caso será mi locura como la del hidalgo manchego: locura llena de divina razón.

Te digo que no hay bandera para ganar batallas, como la bandera de la enseñanza y de la cultura...

Te digo que la patria gime en el cautiverio de la ignorancia en poder de infieles enemigos de toda luz, de todo progreso y de toda libertad...

Y te digo que sigas tu bandera, y que vivas por ella y que mueras por ella, porque tengo la fe, pueblo mío, de que esa bandera será la que se alce sobre todas las banderas y sobre el mundo entero...

Vuelves a sonreír, pueblo mío... me miras incrédulo como niño que teme que lo engañen... Quedas con un gesto interrogante de mirada ingénua...

Escúchame, pueblo mío; voy a hablarte como a tí te gusta, claro, a tu manera y yendo derecho al grano.

Mira, pueblo de mi infancia, pueblo de mis versos, pueblo de "Murria" y de "Cansera": en tí y en todos los pueblos de España son el pan de cada día las alcaldadas. Pues bien, pueblo mío, pueblo de alcaldes

quijotes que erigen estatuas a los pobres maestros de escuela, te propongo que tus alcaldes hagan cada día una alcaldada sublime.

Yo, alcalde de Archena, diría:

“Ordeno y mando:

Nuestro municipio considerará deshonoroso que alguno de sus habitantes no sepa leer y escribir y será obligatoria e ineludible la enseñanza.

La mayor parte de los fondos municipales se destinarán a instrucción y a escuelas de artes y oficios.

Se obligará (bajo severas multas a beneficio de la misma enseñanza a concurrir a todos los habitantes del municipio a las escuelas de arte y oficios.

El municipio traerá del extranjero y mancomunará las mejores máquinas agrícolas e industriales y los mejores maestros.

Se establecerá un Museo Regional, recogiendo los enseres, útiles, herramientas, artefactos y ropas típicas del país. Este Museo será instructivo y útil, a la vez, en un sentido práctico facilitando los modelos para dar carácter genuino y local a los productos e industrias.

Así, por ejemplo, se podrán fabricar mantas, para tapicerías siguiendo los tintes de modelos morellanos o lorquinos.... se podrán fabricar colchas o cobertores con la misma pauta de los antiguos de Totana, de

Murcia, de Caravaca... Se podrán echar sayas originales para mujer, repitiendo los tipos de los pintorescos refajos estampados, rameados con bayetas o bordados con sedas de colores... Se podrán resucitar con aplicación moderna los bordados clásicos de lentejuelas sobre finos tejidos... Se podrá producir la seda e industrializarla en cinterías, pañolerías y rasos...

Pero todo esto y mucho más que os diría, no podrá ser sin la enseñanza obligatoria y creando en el pueblo una verdadera locura (¡divina locura!) de aprender, de perfeccionarse, de afinarse, de aplicar el tiempo a cosas bellas y útiles y provechosas.

Hagan en Archena una Exposición de pequeños industriales y de productos agrícolas... ¿En Archena? Se reirán. Que serían: Don Quijote hizo universal la Mancha y legendario El Toboso. Traigan a la exposición de Archena los pueblos comarcanos sus productos: vengán aperadores y talabarteros y carpinteros, y tejedores y alpargateros y alfareros y toneleros y pellejeros &.³ &.³ Y vengán los agricultores con cereales y legumbres y hortalizas y frutas especiales y traigan de sus plántales piés de naranjos y limoneros y piés de olivo... Y vengán los inteligentes y perseverantes en industrias y agricultura, y hablen en confe-

rencias prácticas y sencillas de los experimentos que hayan hecho en sus trabajos y de los resultados y ventajas obtenidos. Y todo esto dará enseñanzas efectivas de inmediato y producirá amor y entusiasmo por la producción y por el adelanto y perfeccionamiento. Y todo esto se traducirá en bienestar y en alegría de los espíritus.

Y esto es lo que yo "ordenaría y mandaría", si fuese alcalde tuyo, pueblo mío, haciendo cada día una alcaldada.

Y esta es la bandera que hoy levantas: Bandera de la Enseñanza y de la Cultura.... Sigue esta bandera, pueblo mío... vive por ella!... ¡muere por ella!... ¡Que es la más victoriosa y la más gloriosa de todas las banderas!



Pueblo mío: los pueblos como las personas han de armonizar sus manifestaciones con sus obras. Tú, pueblo mío, haces hoy una gallarda manifestación de cultura que te obliga a probar y a sostener tu gesto caballeresco. Mal se avendrían tu estatua y tu Centenario del Maestro con una cantidad de hombres y mujeres que no sepan leer y escribir, con un pueblo con señales de incultura y de atraso.

Una forma de celebrar seriamente y efi-

cazmente este Centenario es, como vas a hacer, pueblo mío, fundando una nueva escuela y llamándola "Escuela del Maestro Miguel Medina". Pero esta obra no debe quedar aquí. Los niños deben saber bien, no sólo el nombre de esa escuela, sino quién fué el Maestro Medina o el Maestro Miguel y cual fué su obra.

Además, pueblo mío, te has encariñado, no con un Medina, sino con varios Medinas, correspondiendo a lo que estos Medinas se han encariñado contigo, y ha de ser condición de cultura en tí conocer al dedillo la vida y milagros (llámense obras) de estos Medinas.

¿Pueblo mío, sabes bien quién ha sido Inocencio Medina Vera? Inocencio Medina Vera fué un noble retoño del Maestro Medina... Inocencio Medina Vera fué un genio del dibujo y de la pintura... Inocencio Medina Vera fué el único pintor murciano que ha dejado copiada la huerta de Murcia y copiado el huertano en cuadros y dibujos imperecederos, llenos de inspiración... Y tus hijos, hombres de raza mora, y tus hijas, mujeres hermosas como las huries del Profeta, vivirán perdurablemente porque Inocencio Medina Vera, nació en tí, vivió en tí (pues hasta ausente vivió en tí siempre con el corazón)... ¡Y murió en tí!

Ahí tienes, pueblo mío, los huesos del

pobre Inocencio, ¡del glorioso Inocencio!

Y el que desde aquí te habla, ¡nada menos que desde el otro lado del mundo! ya ves si sera tu hijo también, que te habla desde tan lejos como si lo hubieses de oír, y te dice tan de corazón estas cosas que, al decírtelas, se le remueven las entrañas.

Y este hijo tuyo, que te habla desde América, pueblo mío; este hijo tuyo que todo el empeño de su vida lo ha puesto en dejar tu alma retratada en páginas llenas de la luz de tu cielo y del encanto del paraíso de tu huerta; este hijo tuyo quiere tener la gloria de que las mozas de su pueblo canten las coplas que escribió Vicente Medina y que sepan los muchachos los versos de Vicente Medina y que sepan que Vicente Medina anduvo, como ellos, con alpargates, que vendió periódicos en los Baños, que fué a la escuela del Maestro Miguel, que subió a la torre de la iglesia a tocar la Matraca en Semana Santa, y que fué como ellos a nadar a la "Estaca grande", al "Alamo" y a "La Boquera".



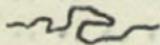
Pueblo mío, pueblecito mío, quiero que tengas una biblioteca pública, y un museo local, y un Banco Industrial-Agrícola, y

que mandes algunos hijos tuyos, al extranjero, pensionados, a estudiar idiomas y a perfeccionarse en trabajos industriales y agrícolas.... Quiero, pueblecito mío, que tengas una buena casa de salud, y un asilo de ancianos, y un Refugio de caminantes, y un Amparo de niños y de Maternidad... Y quiero, pueblecito mío, que no consientas la mendicidad ni la embriaguez, ni el desaseo... Quiero que trabajes y que idealices el trabajo y que te hagas célebre tanto por el genio de tue hijos como por las frutas de tu huerta y las conservas de tus fábricas...

Y siendo todo esto que quiero que seas, pueblecito mío, aunque celebres fiestas tan cultas y tan raras como esta del centenario de un pobre maestro de escuela, no aparecerás como el malparado caballero de la triste figura, sino como un arrogante y glorioso Quijote....



Pueblecito de mi corazón: No rompas lanzas que se quiebren como cañas, sino convierte en lanzas todas las liceras de tus cañares del río.



Indice

¡OH, HOMBRES! de Saavedra Fajardo	pág.	5
Patria chica y patria grande	,,	7
¡A la huerta!	,,	10
La canción de la huerta	,,	15
El rento	,,	23
Los jornaleros	,,	28
Un año de sequía	,,	32
Alma murciana	,,	39
La panocha encarnada	,,	42
¡El hambre es dura!	,,	50
La hora negra	,,	54
Hora de paz	,,	60
Medina fiel	,,	67
Cartagenerismo	,,	70
Viajando con el dedo	,,	74
¡Pobre patria!	,,	80

Desértoros	”	86
La tierra de uno	”	91
Las verdades del tío Juan	”	94
El habla será la patria	”	99
Hijo predilecto	”	106
La estatua al Maestro	”	108
Ciudad habitual	”	114
El triunfo de las naranjas	”	120
Quén fué “Mi reina de la fiesta”	”	127
¡ Toda una primavera!	”	133
Navidad	”	139
Los cenojiles	”	202
La ilusión del agua	”	209
Ascendencia	”	233
Juan de Dios el de los romances	”	241
La plaza de mi pueblo	”	204
Mi pueblecito Quijote de la cultura	”	249

Obras Completas de VICENTE MEDINA

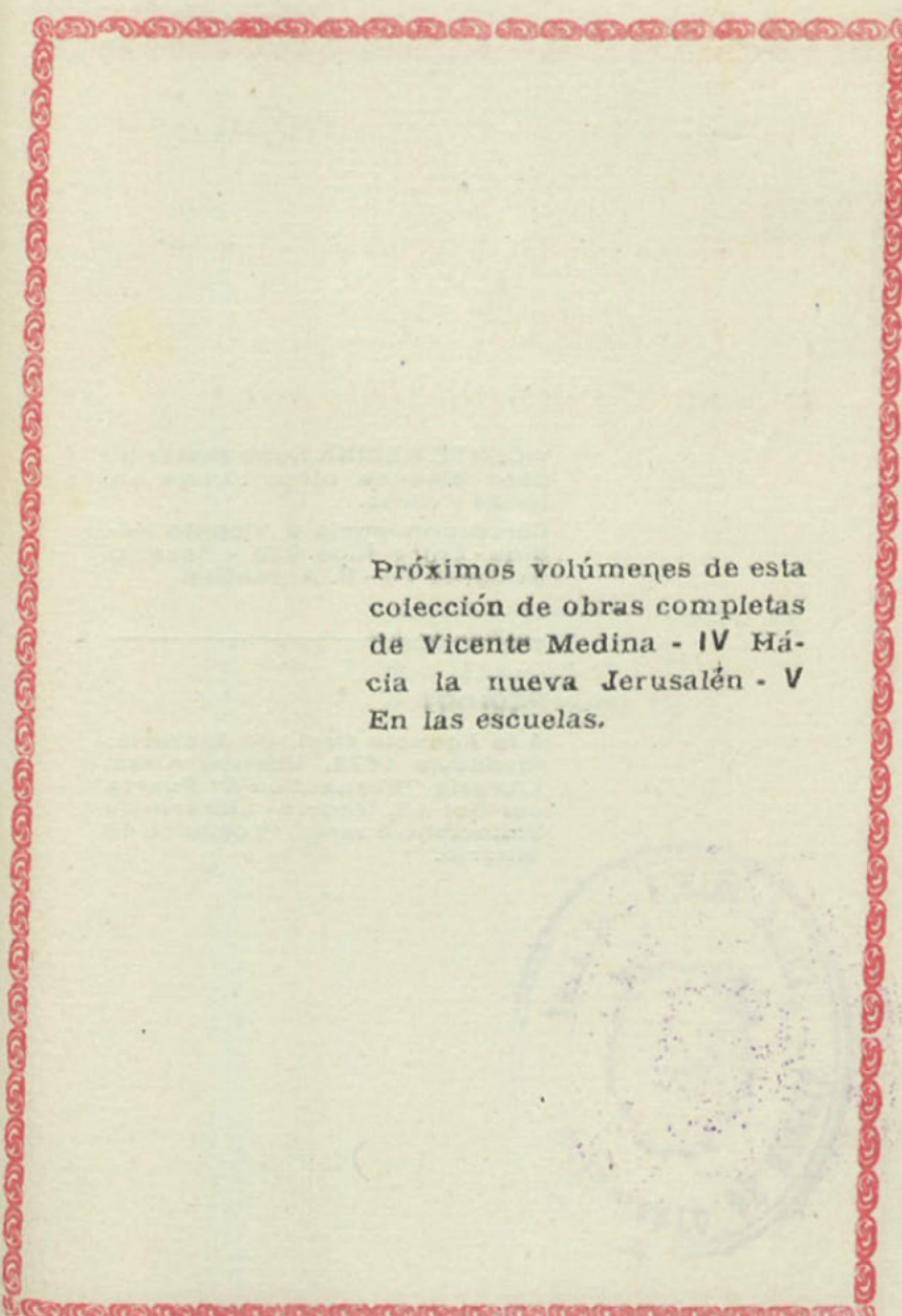
Volúmenes como el presente ya publicados

I VIEJO CANTAR (Versos de amor)

II ¡PADRE NUESTRO! (Breviario)

[Handwritten flourish]



A decorative border in red ink, consisting of a repeating pattern of small, stylized floral or scroll motifs, framing the entire page.

Próximos volúmenes de esta
colección de obras completas
de Vicente Medina - IV Há-
cia la nueva Jerusalén - V
En las escuelas.

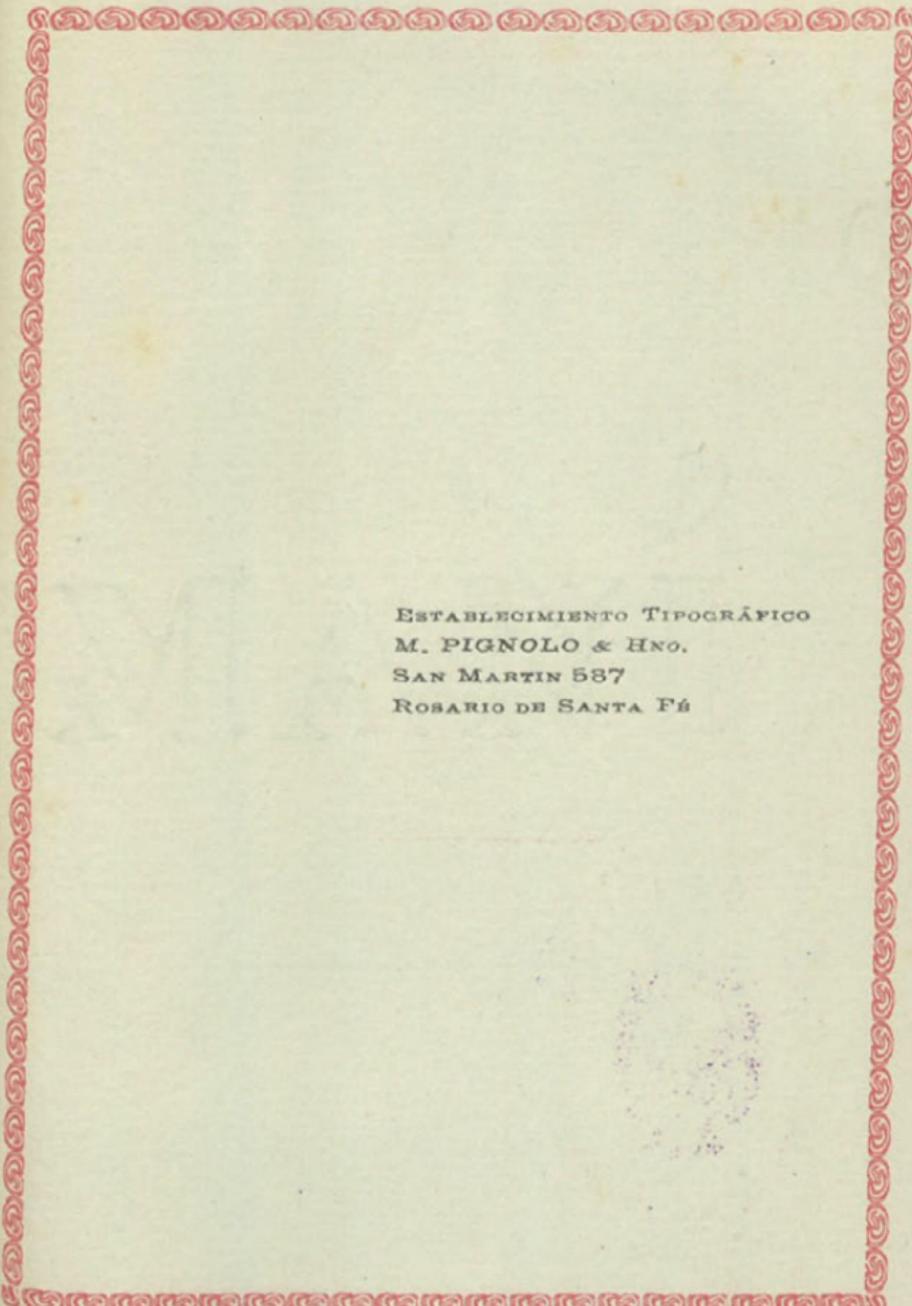
VICENTE MEDINA tiene material para algunos otros tomos en prosa y verso.

Correspondencia á Vicente Medina - Entre Ríos 958 - Rosario de Santa Fé - R. Argentina.

PEDIDOS

á la Agencia Gral. de Librería, Rivadavia 1573, Buenos Aires. Librería "Fernando Fé" Puerta del Sol 15, Madrid - Librería de Victoriano Suarez, Preciados 48 Madrid.





ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
M. PINOLO & HNO.
SAN MARTIN 587
ROSARIO DE SANTA FÉ

Obras de Vicente Medina

EN PREPARACION

I YA REGADA ESTÁ LA TIERRA
CON LA SANGRE DE LOS HOMBRES.

II HONDOS SURCOS HAN ABIERTO,
LOS TRABAJOS Y LAS PENAS...

III SEMBRADORES, A LOS CAMPOS
QUE ES EL DÍA DE LA SIEMBRA!...

Son tres volúmenes que contienen escuetamente las tendencias radicales del autor ante el desquiciamiento social: guerra, imperialismo, militarismo, nacionalismo.

Una buena parte del contenido de estos tres volúmenes forma el LIBRO DE LA PAZ con acopio de juicios notables e informaciones, tomados de la prensa.

EL LIBRO DE LA PAZ (La voz de los pastores) - *Prosas - Páginas de combate* que resumen el trágico momento de la actual guerra bárbara del mundo. Este libro es la amplitud del grito desgarrador que el autor lanza en sus **CANCIONES DE LA GUERRA**. Forma un grueso volumen de mil páginas.

LA COMPAÑERA Poema—Poesía. La obra más íntima del autor en donde se manifiesta su característica sentimental más honda y delicada.

AMAMOS LOS UNOS A LOS OTROS (Libro de escuela) Preciosa edición de lujo con emocionantes grabados de la guerra.

SIN RUMBO Versos escépticos.

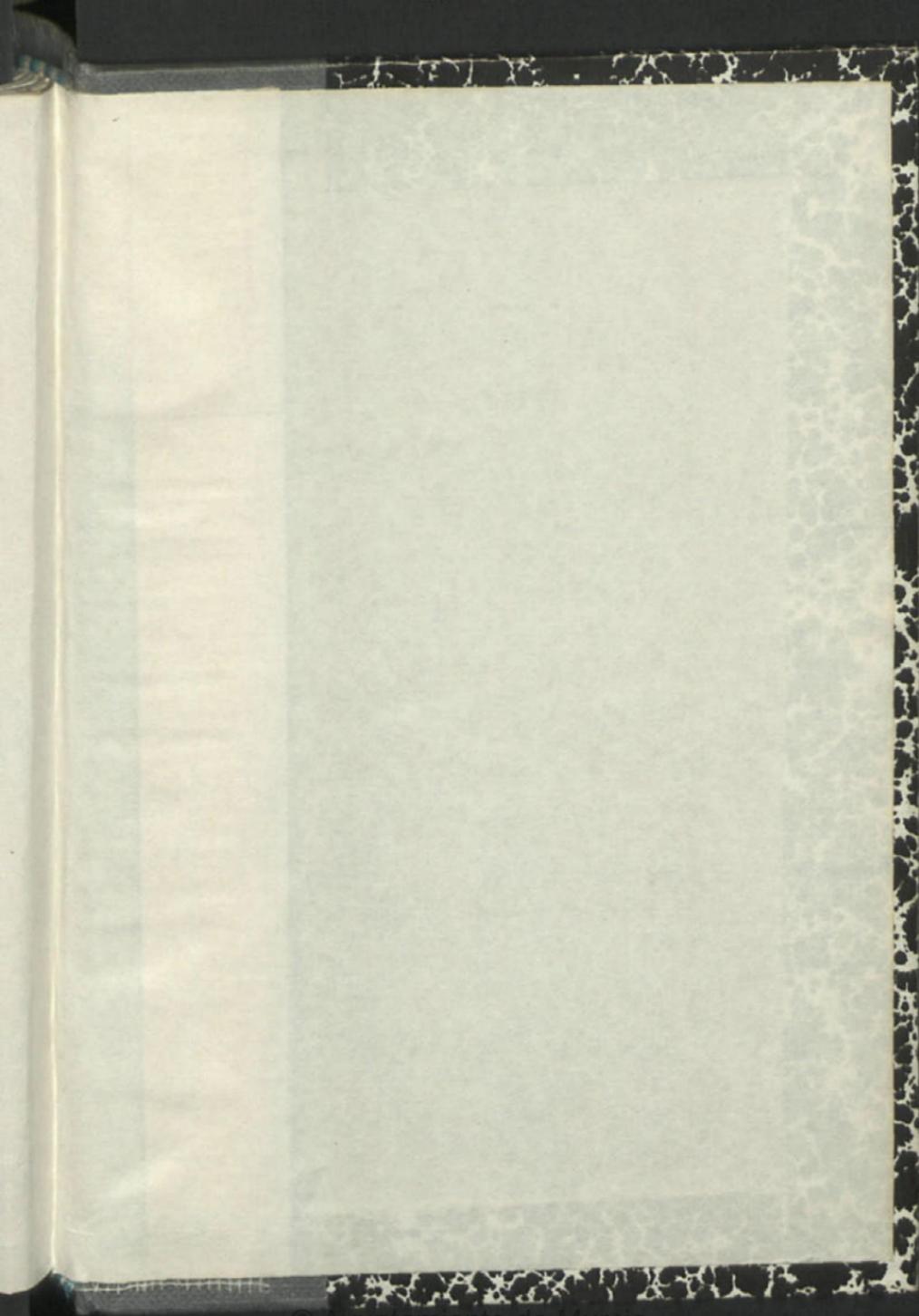
YO MISMO Autobiografía y preceptiva literaria.

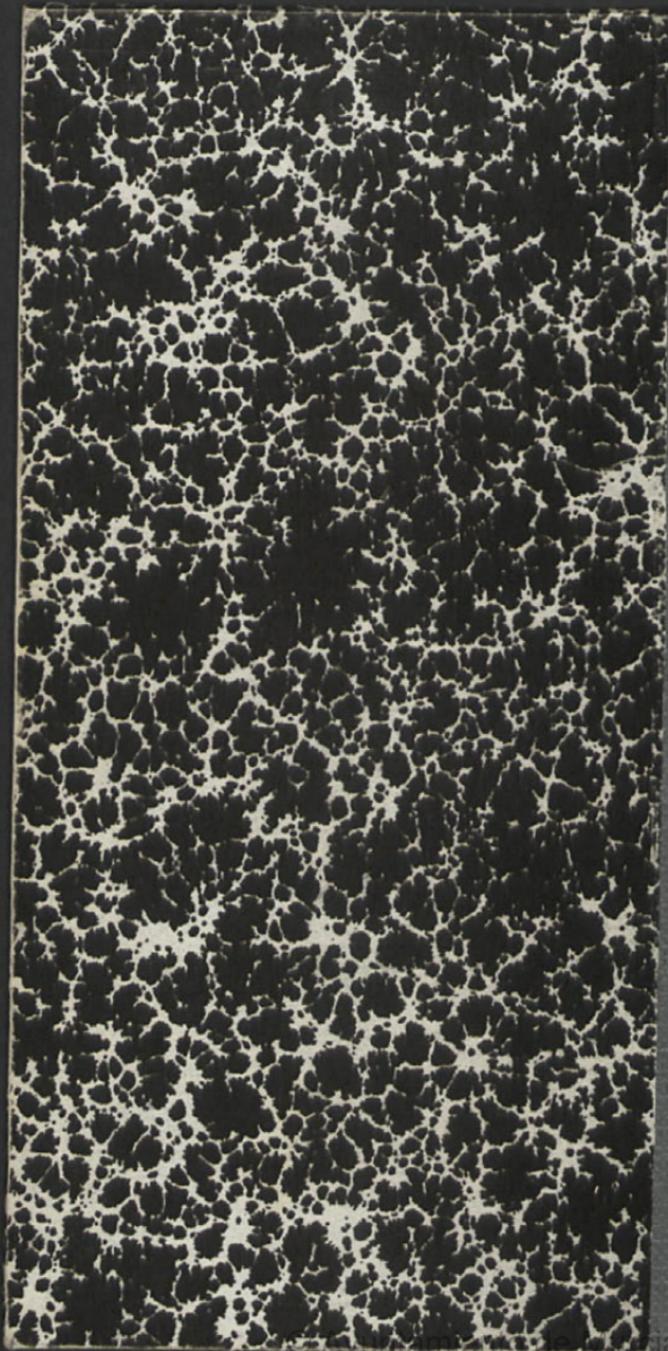
A LA BUENA DE DIOS Filosofía ligera.

PC
51









V. MEDINA

~~CONFIDENTIAL~~

PATRIA

CHICA

AYUNTAMIENTO
DE MURCIA
ARCHIVO

EST^E

7

TAB^A

F

N.^o

71